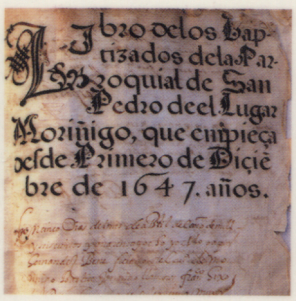
LA HUELLA QUE SOMOS







PATRIMONIO CULTURAL DE LAS VILLAS







LA HUELLA QUE SOMOS

PATRIMONIO CULTURAL DE LAS VILLAS

LA HUELLA QUE SOMOS

PATRIMONIO CULTURAL DE LAS VILLAS

Bernardo Cuesta Álvarez · Pedro Miguel Díez de Ulzurrun
Alfredo Encinas Martín · Quintín García González
Miguel Ángel Gullón Pérez · Juan Huarte Osácar
Luis Martín Figuero

C.R.E.P.A. LAS VILLAS
DIPUTACIÓN DE SALAMANCA
DEPARTAMENTO DE CULTURA · CENTRO DE CULTURA TRADICIONAL

DIPUTACIÓN DE SALAMANCA
CENTRO DE CULTURA TRADICIONAL
Serie Abierta / 20

1.ª *edición*
Julio, 2000
© Centro de Cultura Tradicional (DIPUTACIÓN DE SALAMANCA)

© *De los textos*
C.R.E.P.A. "Las Villas" (Bernardo Cuesta Álvarez, Pedro Miguel Díez de Ulzurrun, Alfredo Encinas Martín, Quintín García González, Miguel Ángel Gullón Pérez, Juan Huarte Osácar y Luis Martín Figuero)

© *De las fotos*
C.R.E.P.A. "Las Villas" (Alfredo Martín Encinas)

Diseño y realización
"Animac Diseño S.L." y Ángel Carril

ISBN 84-87339-59-X · *Depósito Legal* S. 683-2000

Impreso en España
GRÁFICAS VARONA
Polígono "El Montalvo", parcela 49 · 37008 SALAMANCA (España)

Información e intercambio
CENTRO DE CULTURA TRADICIONAL
DIPUTACIÓN DE SALAMANCA
Plaza de Colón, 4 · 37001 SALAMANCA (España)
Teléfono: 923 293 255 · Fax: 923 293 256

Quedan reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida,
por ningún medio de trasmisión, sin autorización expresa y por escrito del editor.

***CUANDO NACE**, el ser humano dispone de un conjunto de códigos individuales que le hace distinto del resto. Le hace persona. Uno de los signos con los que la naturaleza ha dotado al individuo para preservar su singularidad es el de las huellas dactilares, inalterable rasgo de identidad que perdura a lo largo de su camino vital. El propio cuerpo es testimonio de otras huellas que marcan también de manera indeleble la personalidad del ser humano: desde el complejo genoma hasta la casual cicatriz. Todo hace a la persona.*

De igual manera, la comunidad donde el ser humano habita va conformando sus rasgos con el transcurso de los siglos, gracias a la contribución de los muchos individuos que han formado parte de la misma, codificando las claves de identidad del entorno y haciendo pervivir el ser común.

Hace ya tres años, el Centro Rural de Educación Permanente de Adultos de Las Villas decidió iniciar un camino de reflexión en este sentido a través del proyecto La huella que somos, con el fin de conocer más en profundidad el legado histórico, etnográfico, medio ambiental y humano de su entorno y con ello poner al alcance de los ojos y las manos la trayectoria de las comunidades rurales de la zona de Las Villas. Y, más allá, poner todo ese patrimonio, también, al alcance de su interiorización y asunción como una herencia común que dota de personalidad propia a la comarca de Las Villas. Su asunción significará, con toda seguridad, su mejor preservación.

A este proyecto se sumó el Departamento de Cultura de la Diputación de Salamanca con el interés de apoyar una iniciativa que trataba de identificar lo común de un pueblo y que su experiencia ayudara a iniciar otros procesos de búsqueda y de reflexión en otras zonas de la provincia de Salamanca. Para ello, de forma conjunta, se diseñaron diferentes fases –ahora reflejadas en las distintas partes de este libro– que se correspondieron en los sucesivos años con una temática específica, permitiendo a través de exposiciones itinerantes por los municipios hacer partícipes a todos los habitantes de la zona del sentimiento de pertenencia a una comunidad, y también del sentimiento de propiedad de la misma. El trabajo culmina ahora con la edición de este libro que el lector tiene en sus manos y que quiere ser, cuando menos, el testimonio del legado de hoy para las generaciones próximas de Las Villas, y por extensión para los habitantes de la provincia de Salamanca.

Seguramente sólo cuando uno echa la vista atrás, tanto individual como colectivamente, se da cuenta de los errores y aciertos que como sociedad tenemos. Y eso nos debe ayudar a luchar por preservar una sociedad donde el respeto por el patrimonio, tanto el histórico como el etnográfico o el medioambiental, sea un valor que se transmita de generación en generación y se convierta así en un cordón umbilical que nos permita mostrar en cada momento La huella que somos

MANUEL MARTÍN MARTÍN
Diputado de Cultura
DIPUTACIÓN DE SALAMANCA

LA COMARCA DE LAS VILLAS

La comarca de Las Villas pertenece a la provincia de Salamanca, dentro de la Comunidad Autónoma de Castilla y León. Está situada a la izquierda de la carretera que partiendo de Salamanca lleva a Ávila, a una distancia de entre 20 y 30 kilómetros de la capital. Desde la Edad Media el territorio formó parte del alfoz de Salamanca, que estaba dividido en cuatro cuartos, estando incluidas Las Villas en el de Villoria, según documento fechado en 1323, que más adelante se denominará *cuarto de Valdevilloria*. Los pueblos objeto de nuestro estudio se hallan situados en la zona más occidental del referido cuarto de Valdevilloria y en contacto con La Armuña, la tierra de Alba y, al este, con la tierra y Campo de Peñaranda. Los municipios en los que hemos investigado para hallar nuestras huellas, son llaman Aldearrubia, Babilafuente, Cordovilla, Encinas de Abajo, Huerta, Moríñigo, San Morales, Villoria y Villoruela.

APROXIMACIÓN HISTÓRICA Históricamente no parece que haya habido demasiado acuerdo a la hora de delimitar la comarca de Las Villas. Acabamos de citar el documento en el que se la aludía como *Cuarto de Villoria*. Villar y Macías, por su parte, señalaba unos documentos del año 1414 en los que se mencionaba a esta zona como *Las Villorias*. En el año 1523 se hablaba de las *siete villas* como coto cerrado propiedad del Conde de Monterrey, que abarcaba los municipios de Villoruela, Huerta, Moríñigo, Cordovilla, Aldearrubia, San Morales y Babilafuente. Poco después, en 1561, aparecía Don Luis de Toledo como señor de las *Cinco Villas*. Posteriormente, en la división diocesana de arciprestazgos, se hablaba del de *Valdevilloria*, que comprendía Villoria, Villoruela, Babilafuente, Aldealengua, Cabrerizos, Huerta y Moríñigo. Tradicionalmente se ha hablado de las *cinco villas*, abarcando a Villoria, Villoruela, Babilafuente, Cantalpino y Arabayona. En la actualidad se va entendiendo comúnmente por Las Villas el perímetro comprendido por los municipios de Babilafuente, Cordovilla, Moríñigo, Villoria y Villoruela. Y esto se debe a su mayor cercanía geográfica, a la mayor interrelación social de estos pueblos y, sobre todo, a la común programación cultural de la zona. Como ya se ha puesto de manifiesto, en este trabajo nos referiremos al conjunto de los pueblos donde se ha desarrollado el proyecto *La huella que somos* con el nombre genérico de Las Villas.

LOS TIEMPOS ANTIGUOS Debido a su situación en un fértil valle, próximo al río Tormes, con abundancia de agua y resguardado por tesos en su parte nororiental, el territorio de Las Villas ha sido habitado desde tiempos inmemoriales. El vestigio más antiguo encontrado es un hacha tosca pulimentada, que fue donado a la "Colección Didáctica" del Seminario de Arqueología de la Universidad de Madrid.

En torno a 1940, al roturar un terreno comunal de Villoria para la creación de huertos familiares, en una extensión aproximada de un kilómetro cuadrado y a unos cuatro metros de profundidad, aparecieron numerosos vasos de *terra sigillata* de época tardo-romana. También en los municipios de Encinas de Abajo, Huerta y San Morales se descubrieron villas romanas de los siglos III-IV d. de C. en los lugares denominados *La Piñuela* y *El Cenizal*. Recientemente, en 1985, Miguel Figuerola y

Luis Angoso, dos jóvenes arqueólogos salmantinos, realizaron la primera fase de las excavaciones de lo que fuera el complejo termal de una villa romana que, por los hallazgos de mosaicos, frescos, cerámicas, monedas, etc., debió de ser de la época bajo imperial (ss. III-IV). El enclave de esta villa romana se encuentra en la finca denominada *El Hito,* en el término municipal de Villoruela. En distintos lugares de esta zona, al tiempo que se han ido trabajando las tierras han ido apareciendo restos de cerámica y abundantes monedas de la época romana apuntada.

LOS ÁRABES Y LA REPOBLACIÓN De la época visigótica no tenemos más indicios de posibles asentamientos que varias monedas encontradas en los mismos lugares mencionados. No ocurre lo mismo con el período árabe, de cuya cultura y estancia en estas tierras tenemos abundantes muestras, sobre todo arquitectónicas.

La comarca se encuentra en la ruta del mudéjar salmantino, que va desde Alba de Tormes hasta la abulense Madrigal de las Altas Torres. Es notable en toda la zona el influjo árabe en la construcción de edificios, tapias, murallas... especialmente en la utilización del ladrillo rojo compacto y la argamasa con cantos rodados. Es también línea fronteriza de moros y cristianos, como atestigua el nombre de algunos municipios próximos (Aldeaseca de la Frontera, Zorita de la Frontera), así como los restos de amurallamientos y existencias de castillos y fortalezas de los que consta memoria histórica y oral entre las gentes de nuestros pueblos. En el lenguaje, la influencia árabe ha dejado una huella indeleble en toda la zona. Baste recordar topónimos referidos a pueblos de la zona (Moríñigo) y cercanos (Alconada, Moriscos), y múltiples palabras que, aunque genéricas del español, son usadas frecuentemente en la zona: azud, jaraíz, almirez, alameda, arcabuz, aceña...

La primera repoblación se debió a la iniciativa de Alfonso VI, quien se la encomendó a Raimundo de Borgoña en toda esta cuenca del Duero, llegando hasta el Alfoz de Salamanca del que formamos parte. Esta repoblación debió de hacerse con gentes del norte (vascos) y huidos del sur (mozárabes). Por esta época, y debido a la reconquista y repoblación, comienzan a aparecer apellidos tan ilustres como los Maldonado, Zúñiga, Alba, Veraguas, etc., que se repartirán las tierras de Las Villas.

ÉPOCA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA En la Guerra de las Comunidades estuvieron muy directamente implicados los señores de Las Villas, sobre todo los Maldonado. A raíz de la decapitación de este movimiento, más señorial que campesino, muchos de los bienes, sobre todo de los Maldonado, pasaron a otras manos no menos señoriales. Por esta época se dan abundantes procesos de compraventa de bienes y tierras, como aparece en multitud de documentos históricos.

En el siglo XVII las tierras de Las Villas siguen repartidas entre señores nobles y eclesiásticos. Los documentos del archivo catedralicio son riquísimos en datos sobre posesiones y sus derivados aspectos: rentas, diezmos, primicias, contratos de compraventa, inspecciones, etc. Del primer cuarto de siglo (1604-1629) data un valioso documento que conservado en el Archivo Diocesano: un inventario del estado de los bienes y posesiones de la Iglesia en todos los lugares y aldeas de la diócesis. En él aparece Babilafuente como perteneciente al Conde de Monterrey. De este tiempo datan

también la construcción de la mayoría de las iglesias de la zona o reconstrucción de otras anteriores, todas ellas de piedra de cantería.

Documentos fundamentales para conocer con bastante detalle la situación histórica y forma de vida de la gente de nuestra zona en el siglo XVIII son el Catastro del Marqués de la Ensenada, los archivos parroquiales y el Archivo Diocesano de la catedral de Salamanca. Por todos los documentos existentes sabemos que las tierras seguían en manos muertas de señores, del cabildo y demás monasterios y conventos, los cuales incluso rivalizaban entre sí por una mayor posesión y hegemonía en las poblaciones. Para el pueblo llano todo eran contribuciones al señor y a la Iglesia.

El inicio del siglo XIX fue catastrófico para la comarca. Los ejércitos franceses, derrotados en los tesos de Arapiles, robaron y destruyeron en su retirada todo cuanto encontraron a su paso. Benito Pérez Galdós, Mesonero Romanos y otros autores conocidos reflejaron con detalle la acción destructiva de *la francesada*. Pascual Madoz, cuando hizo el repaso de la situación global de algunos de los pueblos de Las Villas –concretamente Babilafuente, Villoria y Villoruela–, terminaba diciendo: "En Junio de 1812 pusieron fuego los franceses a esta población al retirarse a Francia escarmentados de la campaña del territorio español".

Arrastrando los problemas del campo con la estructura cuasi medieval de la posesión de la tierra, se inicia el siglo XX con el negro signo de la emigración, que tendrá vigencia hasta nuestros días, pero que se hizo especialmente dolorosa en la década de los sesenta, época en que Las Villas sufrieron una auténtica sangría de gente joven que se vio obligada a buscar nuevas tierras para poder sobrevivir.

La guerra civil produjo daños irreparables en estas poblaciones, daños que persisten hasta hoy y que obstaculizan espacios importantes de organización y convivencia. El amplio y variado proceso de desarrollo cultural llevado a cabo en la zona en las dos últimas décadas, unido a las inversiones que las Administraciones han realizado en la mayoría de estos pueblos, han contribuido favorablemente a la dinamización y crecimiento de la comarca en muchos sentidos: mejora de servicios públicos e infraestructuras, reconstrucción del tejido organizativo y social, dinamización de distintos sectores productivos, etc. Aun así, son muchos y serios los temas que aún quedan pendientes de solución de cara al futuro: ¿qué va a ser de la producción agrícola de la zona en la nueva configuración de los mercados internacionales?, ¿qué perspectivas se le ofrecen a las zonas rurales en relación con el mundo urbano?...

LA POBLACIÓN DE LAS VILLAS Los primeros datos poblacionales de la zona se refieren a la primera mitad del siglo XVII. El autor del manuscrito *Libro de los lugares y aldeas del Obispado de Salamanca* contabiliza, en 1629, 150 "vezinos" en Aldearrubia, 205 en Babilafuente, 30 en Cordovilla, 24 en Encinas, 56 en Huerta, 28 en Moríñigo, 30 en San Morales, 230 en Villoria y 100 en Villoruela.

A partir de 1860 empezamos a obtener datos bastante completos de los núcleos rurales españoles. El censo nacional de ese año ofrece ya una amplia y detallada información sobre la población en ese momento, tanto en el aspecto cuantitativo como en el cualitativo.

A lo largo del período 1900-1981, la población de Las Villas prácticamente se ha mantenido estacionaria en cuanto a cantidades absolutas se refiere. La evolución de la misma describe las mismas oscilaciones que el resto de las zonas rurales de Salamanca y, en general, de España: un paulatino crecimiento en las primeras décadas (en unos pueblos antes y en otros un poco más tarde) y un rápido y progresivo despoblamiento, con fuerte emigración hacia los núcleos urbanos industrializados y al extranjero, en la segunda mitad de nuestro siglo.

A pesar de su cercanía geográfica y su afinidad en el modo de vida, a pesar de que en su totalidad la zona no haya experimentado grandes cambios poblacionales, cada uno de los pueblos no ha corrido la misma suerte que sus vecinos. Mientras los pueblos mayores (Babilafuente, Villoria y Villoruela) han mantenido o aumentado su población, los pequeños se han quedado prácticamente despoblados.

El año 1960 constituyó el cénit poblacional para la mayoría de los pueblos. Aunque en algunos el declive comenzó antes, de lo que no hay duda es de que a partir de esa fecha se produjo un generalizado y vertiginoso descenso que se mantuvo de forma ininterrumpida hasta el año 1980, aproximadamente. La primera fecha coincide con el despliegue industrial del país. La mecanización del campo y la demanda de mano de obra barata para los sectores de la industria hizo que se produjese una gran emigración desde el campo a los cinturones industriales de las ciudades y al extranjero. En la década de los setenta y, sobre todo, a principios de los ochenta, se produjo el fenómeno inverso: un mercado de trabajo saturado ya no aceptaba más mano de obra, muchas empresas comenzaban a cerrar sus puertas o reducían sus plantillas, las de los países de Europa no se libraban de la crisis económica y reducían sus contratos... y el paro comenzó a extenderse por todas partes. Esta situación crítica impidió que nueva gente dejara el pueblo y obligó a algunos a retornar al lugar que habían dejado hacía algunos años. Éste fue el motivo por el que, a partir de 1980, se constatara en algunos de los pueblos de Las Villas el inicio de una nueva recuperación poblacional. Otros, por el contrario, han seguido perdiendo población.

El censo de 1996 refleja una pérdida global de 118 habitantes en dos años. Frente a los 5.553 habitantes que había en 1994, se pasó a 5.435; cinco pueblos (Encinas de Abajo, Huerta, San Morales, Villoria y Villoruela) han visto disminuir su población, mientras que Aldearrubia, Babilafuente, Cordovilla y San Morales han crecido. Especialmente llamativo es el decrecimiento de Encinas de Abajo (69 habitantes menos) y Villoruela (58 habitantes menos); Aldearrubia, por el contrario, ha experimentado un aumento notable (28 habitantes más en sólo dos años)

PATRIMONIO CULTURAL DE LAS VILLAS



Iglesia parroquial (Siglos XIII-XIV)

VILLORIA

PATRIMONIO HISTÓRICO ARTÍSTICO

ARQUITECTURA

PIEDRAS CON HISTORIA Todos los pueblos de Las Villas giran en torno a la iglesia parroquial. Enclavada como una isla, sin viviendas ni edificios anexos, la iglesia fue, durante siglos, el eje del pueblo, el centro que unía a todos los vecinos. Esta estructura urbanística reflejaba el papel hegemónico de las ideas religiosas, y, en concreto, de la Iglesia católica en la sociedad española. Hoy, en ambiente más secularizado, a nuestros pueblos les están creciendo barrios que rompen las simetrías de otros tiempos y proclaman el pluralismo de la sociedad actual.

La iglesia parroquial fue por muchos siglos centro de los acontecimientos festivos y luctuosos, y en ella ha quedado escrita buena parte de nuestra historia. Sus piedras son sagradas no sólo por su destino, sino, sobre todo, porque son la memoria del pasado. Son piedras con historia. Son el patrimonio histórico y artístico más importante que poseemos. Por ello, cuando un visitante interesado en conocer la historia de nuestros pueblos, le aconsejamos que se acerque al templo parroquial.

Ante la iglesia parroquial de Villoria el visitante tendrá que remontarse al tiempo en que estas tierras eran testigo de las luchas entre moros y cristianos, ya que su torre y su ábside fueron, al decir de los estudiosos, parte de una fortaleza que existía en el lugar antes de que se integraran a la construcción de la iglesia hacia el año 1230. La primitiva iglesia, de una sola nave, se edificó uniendo con ésta la torre y el ábside. Si examinamos detenidamente la torre actual, podemos apreciar en ella la superposición de elementos diversos. Sólo desde su interior se percibe con claridad su primitivo destino de fortaleza. A media altura se distinguen las antiguas almenas. El ábside románico mudéjar llama la atención de los estudiosos por su forma irregular y, sobre todo, porque el espacio que existe entre los dos muros que lo conforman no son paralelos, y dan lugar a un verdadero camino de ronda.

Pero la antigua iglesia de Villoria siguió incorporando nuevos elementos arquitectónicos. En el siglo XVI se amplió con la nave y portada septentrional de estilo plateresco, y en el XVIII se realizó la nave meridional. Por último, ya en nuestro siglo, se adosó al templo el centro parroquial



Iglesia parroquial (Siglo XVI)

ALDEARRUBIA

ARQUITECTURA DE LOS SIGLOS XVI Y XVII Si la iglesia parroquial de Villoria es un bello compendio de la arquitectura religiosa de los siglos XIII al XVIII, el resto de las iglesias de Las Villas que se mantienen en pie, son dignos testimonios de la arquitectura clásica de los siglos XVI y XVII.

La de Aldearrubia es un bello templo renacentista. Sus pórticos de la fachada y de la nave meridional y su ligera elevación sobre el nivel del terreno que la circunda le dan un marco señorial. Su torre fue construida, como puede leerse en una de sus piedras, en 1741. Hermosos ventanales dan luz a la sacristía.

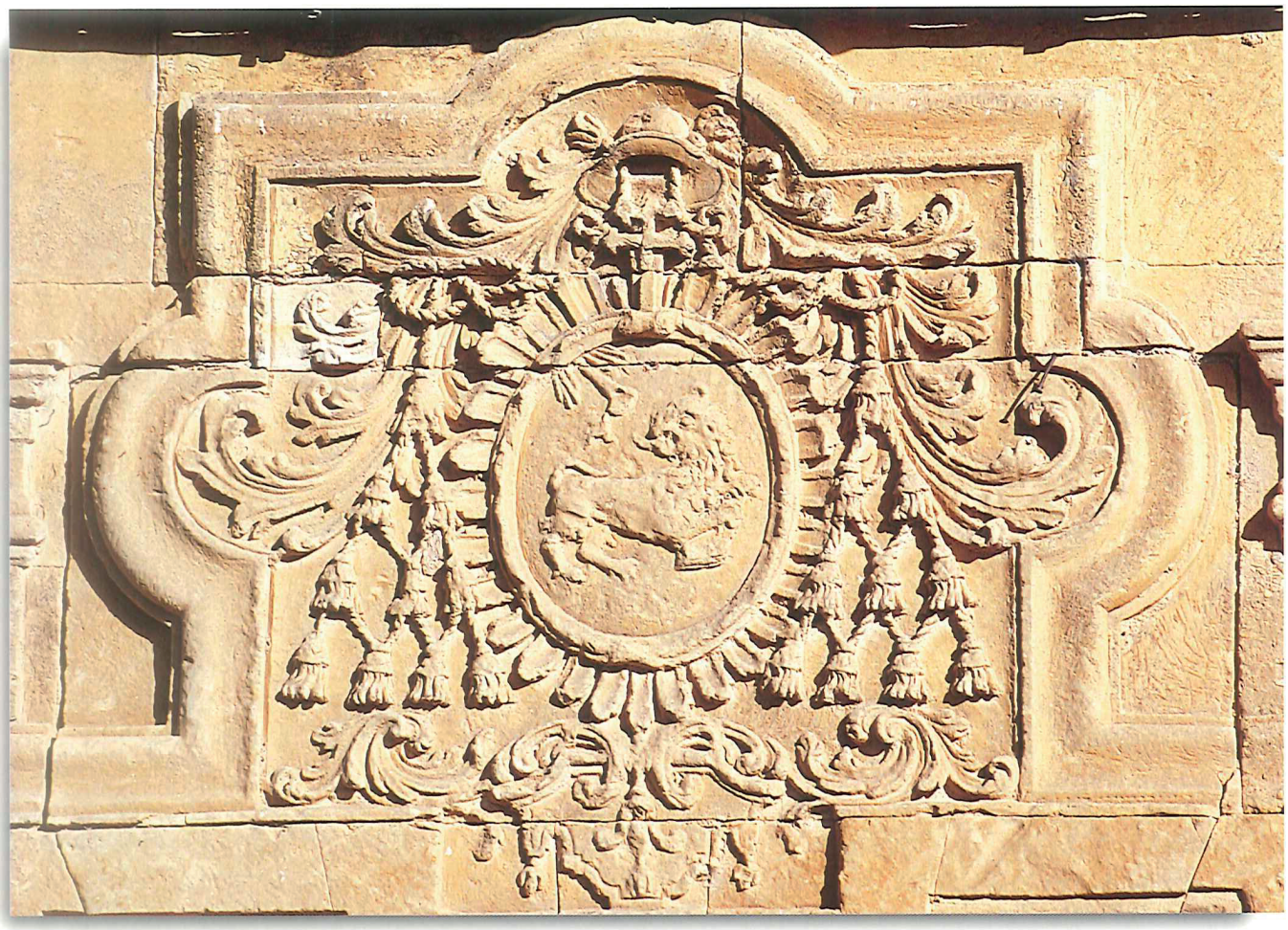
De la iglesia de Villoruela destaca la fachada-entrada del sotocoro. Fue mandada construir por el cardenal de Toledo Antonio Tavera, cuyo escudo está incluido en la misma. Es una obra plateresca cercana al maestro Miguel Aguirre.

La de Babilafuente es un amplio edificio de tres naves. La capilla mayor lleva bóveda de crucería, mientras que la nave central es de aristas, adornando los cascos con yeserías de punta de diamantes y ornamentación muy abigarrada. La portada principal del templo se abre a la plaza mayor. Según Antonio Casaseca, "...se trata de una de las portadas más armónicas de todo el plateresco salmantino y que quizá hay que atribuir a algún maestro cercano a Juan de Álava".

La pequeña iglesia parroquial de San Morales sorprende por la elegancia de su conjunto y su magnífica conservación tanto en su exterior como en su interior. Es obra del siglo XVII.

Casaseca escribe de la iglesia de Huerta: "Causa extrañeza ver cómo algunos de nuestros templos sufren reformas que dan al traste con lo que podría ser una magnífica iglesia. Uno de estos casos es el de la iglesia de San Bartolomé, parroquia de Huerta, en donde apenas si podemos distinguir algunos elementos de su primitiva fábrica".

Hace algunos años se realizó una costosa restauración en la iglesia parroquial de Moríñigo. En ella desaparecieron la torre y la sacristía, pero se ha podido salvar la nave central con sus bóvedas barrocas de luneto



Escudo del convento de los jerónimos o franciscanos

BABILAFUENTE

PATRIMONIO PERDIDO Como en tantas comarcas de Castilla y León, en Las Villas los grandes depredadores del patrimonio histórico artístico han sido el tiempo y el hombre. Dicho patrimonio alcanzó su mayor esplendor en los siglos XVII y XVIII. El siglo XIX y la primera mitad del XX han sido época de clara decadencia.

El siglo XIX comenzó en España con la guerra de la Independencia. El paso de las tropas francesas por los pueblos de Las Villas trajo consigo incendios, destrucción y expolios de una parte importante de su patrimonio histórico artístico. La desamortización de los bienes de la Iglesia, a su vez, dejó a ésta sin recursos económicos no ya para poder incrementar dicho patrimonio, sino también para mantener el entonces existente. A falta de mantenimiento, las iglesias y las ermitas de esta zona comenzaron a deteriorarse; en algunos casos, al no llegar las oportunas reparaciones, se derrumbaron y desaparecieron para siempre; en otros, la Iglesia se vio obligada a enajenar parte del patrimonio para salvar los templos.

Como consecuencia de estas circunstancias la comarca perdió la totalidad de sus ermitas. De las seis existentes en Babilafuente, de las tres en Villoria o de las dos en Villoruela no ha subsistido ni una sola. La iglesia parroquial de Encinas de Abajo terminó desapareciendo, después de que los párrocos del último tercio del siglo XIX reclamaran una y otra vez los recursos necesarios para repararla. Algo semejante aconteció con la iglesia de Cordovilla, que hubo de ser derruida hace una veintena de años. Se trataba, al decir de los expertos, de una bella iglesia neoclásica, cuyos planos fueron trazados por el ilustre maestro Juan de Sagarbinaga por los años de 1766. En Villoria, en el año 1863, fue derruida la parroquia de San Martín, una iglesia de tres naves que albergaba importantes tesoros artísticos que fueron diseminados por toda la provincia de Salamanca.

En otros casos el desastre no ha sido total, pero sí importante. La iglesia de Moríñigo perdió su torre y sacristía. La de Villoruela, perdió en 1977 la bóveda de crucería y su hermoso retablo mayor. En Babilafuente, la presencia del ejército francés supuso la pérdida de sus retablos e importantes joyas.

En las dos últimas décadas, una mayor conciencia de su valor social y el aumento de los recursos públicos y privados está permitiendo la recuperación y mantenimiento del patrimonio histórico artístico en Las Villas. En todas sus iglesias se han realizado importantes inversiones. Pero todavía queda mucho por hacer



Interior de la iglesia parroquial (Siglo XVI)

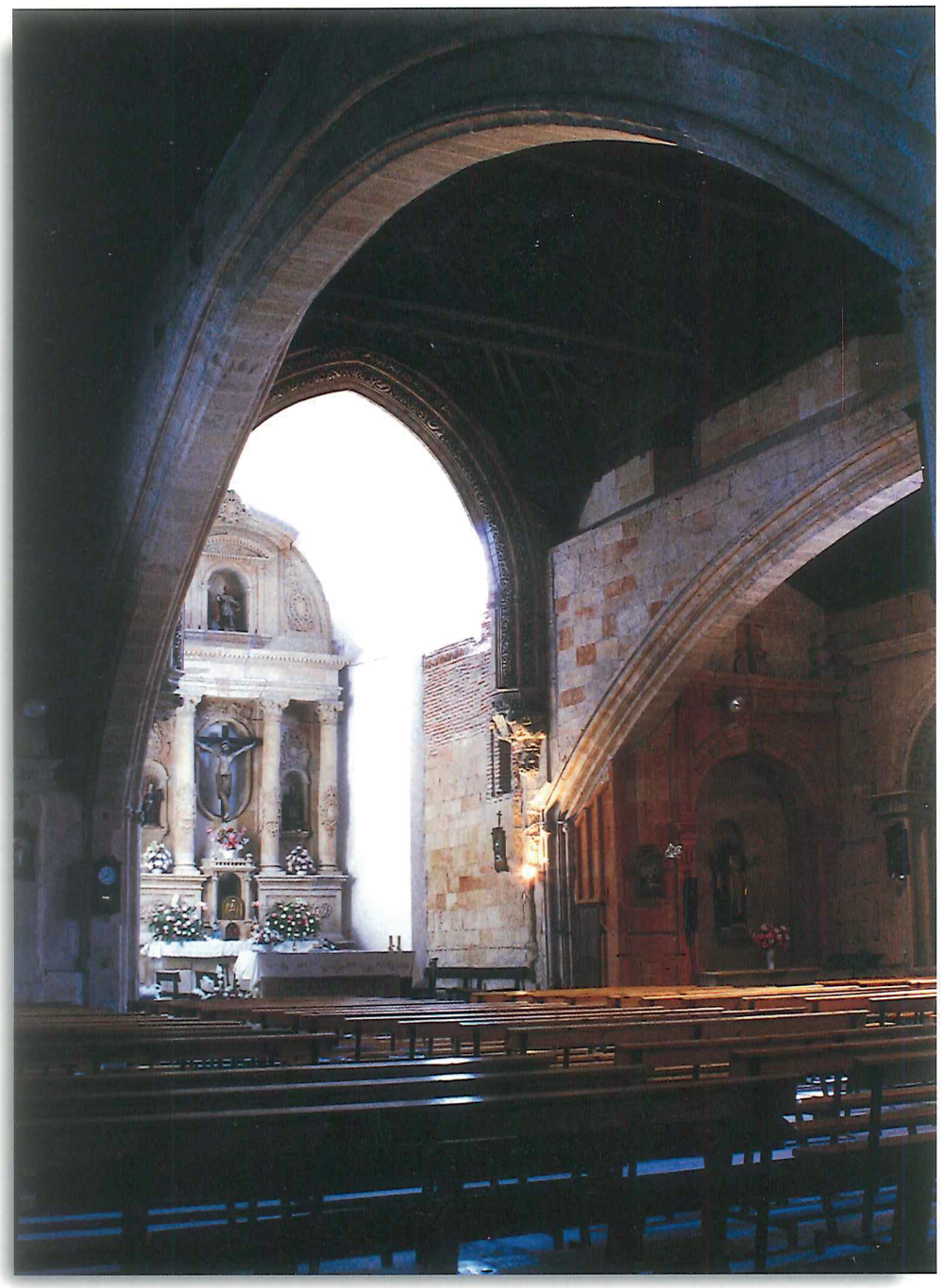
BABILAFUENTE

EN LA INTIMIDAD DEL TEMPLO Los templos se construyeron para el encuentro. Son espacios para el silencio y para el diálogo reposado. En su interior se celebran la vida y la muerte. Bajo sus losas descansan los restos de los antepasados. Si sus paredes hablaran, conoceríamos en profundidad las angustias y las alegrías de los pobladores de esta comarca salmantina. El incesante parpadeo de sus velas, la policromía de sus santos y hasta el frío que todo lo envuelve durante gran parte del año, ¿no nos invitan a entrar dentro de nosotros y a escuchar?

Nuestros pueblos han cuidado con mimo el interior de sus templos, pues este espacio era el reflejo de su espíritu. No obstante, el tiempo, la codicia y desidia de los humanos y, sobre todo, la falta de recursos económicos los han ido despojando en bastantes casos, como hemos subrayado anteriormente, de sus mejores galas. En la actualidad sólo las iglesias de San Morales y Villoria conservan los artesonados de sus naves principales. El de San Morales fue lastimosamente repintado hace algunos años. El de Villoria lleva en el arrocabe la inscripción: "Vallesa me fecit, año 1570". Al visitador episcopal del siglo XVII le llamaba la atención la iglesia de Villoria porque estaba "muy curiosamente enmaderada". En la iglesia de Villoruela las tribunas laterales conservan un artesonado bellamente decorado que merecería una digna restauración.

En la estructura interna de las iglesias de Las Villas llaman la atención los magníficos y elegantes arcos que sostienen las naves centrales de Aldearrubia, Babilafuente, Villoruela y Villoria, y los arcos de triunfo con que se abren las capillas mayores. Entre estos últimos destaca el de la iglesia de Villoria, que por el preciosismo de su labrado es de lo mejor que existe en la provincia de Salamanca. En la iglesia de Babilafuente merece destacarse la bóveda de crucería de la capilla mayor.

En casi todos los templos de Las Villas las imágenes se han visto desplazadas de sus lugares originales debido a la introducción de nuevas devociones. Es frecuente observar cómo imágenes modernas de las vírgenes de Fátima o Lourdes y del Sagrado Corazón han desplazado de su lugar en los retablos a imágenes antiguas que ocupaban en ellos sus respectivos lugares. Pero no sólo es frecuente que las imágenes hayan sido arrancadas de su emplazamiento, sino también repintadas, cuando no revestidas, perdiendo con ello su prestancia y originalidad



Interior de la iglesia parroquial (Siglos XIII-XIV)

VILLORIA

MIRANDO A ORIENTE Todas las iglesias de Las Villas, a excepción de la de Encinas de Abajo construida en el presente siglo, están orientadas al este. De oriente viene la luz del cristianismo: Jesús, el profeta de Nazaret. La capilla mayor de nuestras iglesias, que es el espacio de las mismas más al este, alberga el retablo mayor.

En la actualidad la única iglesia que carece de retablo mayor es la de Villoruela. Lo tuvo hasta el 18 de diciembre de 1977 en que la capilla mayor se derrumbó y quedó prácticamente destruido. Era uno de los mejores retablos de la provincia de Salamanca. La inexperiencia de las autoridades, ante la urgencia de fondos para la reconstrucción, y la negativa de Bellas Artes a hacerse cargo de la restauración por el pronunciado deterioro de las tablas, condujo a la venta del amasijo de restos. Posteriormente una empresa de inversiones en arte restauró doce de ellas. Dos de éstas fueron recuperadas, en forma casual, por la parroquia en 1997. El maestro Juan Montejo, en el siglo XVI, fue el autor de estas tablas de sabor rafaelesco.

En Babilafuente el retablo actual poco tiene que ver con la estructura primitiva de la iglesia. El retablo original se destruyó cuando las tropas francesas, después de utilizar la iglesia de cuartel, le prendieron fuego el 21 de julio de 1812. De acuerdo con el libro de cuentas, en el año de 1814 el duque de Alba entregó dinero para la compra de un nuevo retablo mayor. Una tradición antigua afirma que el actual fue traído del convento de los franciscanos de Alba de Tormes. Se trata de un retablo con elementos valiosos, pero de escaso valor de conjunto.

Villoria posee uno de los pocos retablos de piedra de la provincia. Se trata de un retablo con muchos elementos ornamentales rococós, pero que anuncian ya el neoclásico. En sus pedestales puede leerse la inscripción: "Se hizo esta obra a expensas de la testamentaría de Isidro Sánchez Barro. Año de 1796".

El retablo mayor de Huerta, de estilo barroco, fue realizado en 1749 y estuvo con anterioridad en la antigua parroquia de Encinas de Abajo. También el retablo mayor de la iglesia de Moríñigo es barroco, de finales del XVI o principios del XVII.

En el de San Morales podemos leer la siguiente inscripción: "Doróse este retablo y se pintó esta capilla siendo beneficiado de ésta don Caietano García y mayordomo del Santísimo Manuel Francisco Regas". El año en que se realizó parece que ha sido borrado. Se trata de un hermoso retablo barroco en el que se han cuidado mucho los detalles.

El retablo mayor de Aldearrubia está realizado en piedra, al igual que los dos laterales. Los tres parecen de la misma época. El del evangelio lleva la fecha de 1577 y es el de mejor acabado. El de Encinas de Abajo es obra de principios del siglo XX y no contiene mayores calidades



Claustro del monasterio de las MM. Trinitarias (Siglo XVI)

VILLORUELA

PALACIOS, MONASTERIOS Y VIVIENDAS La arquitectura civil de valor histórico artístico no es ni abundante ni suficientemente significativa en la zona de Las Villas. En la mayor parte de los casos se trata de restos de antiguos palacios o monasterios.

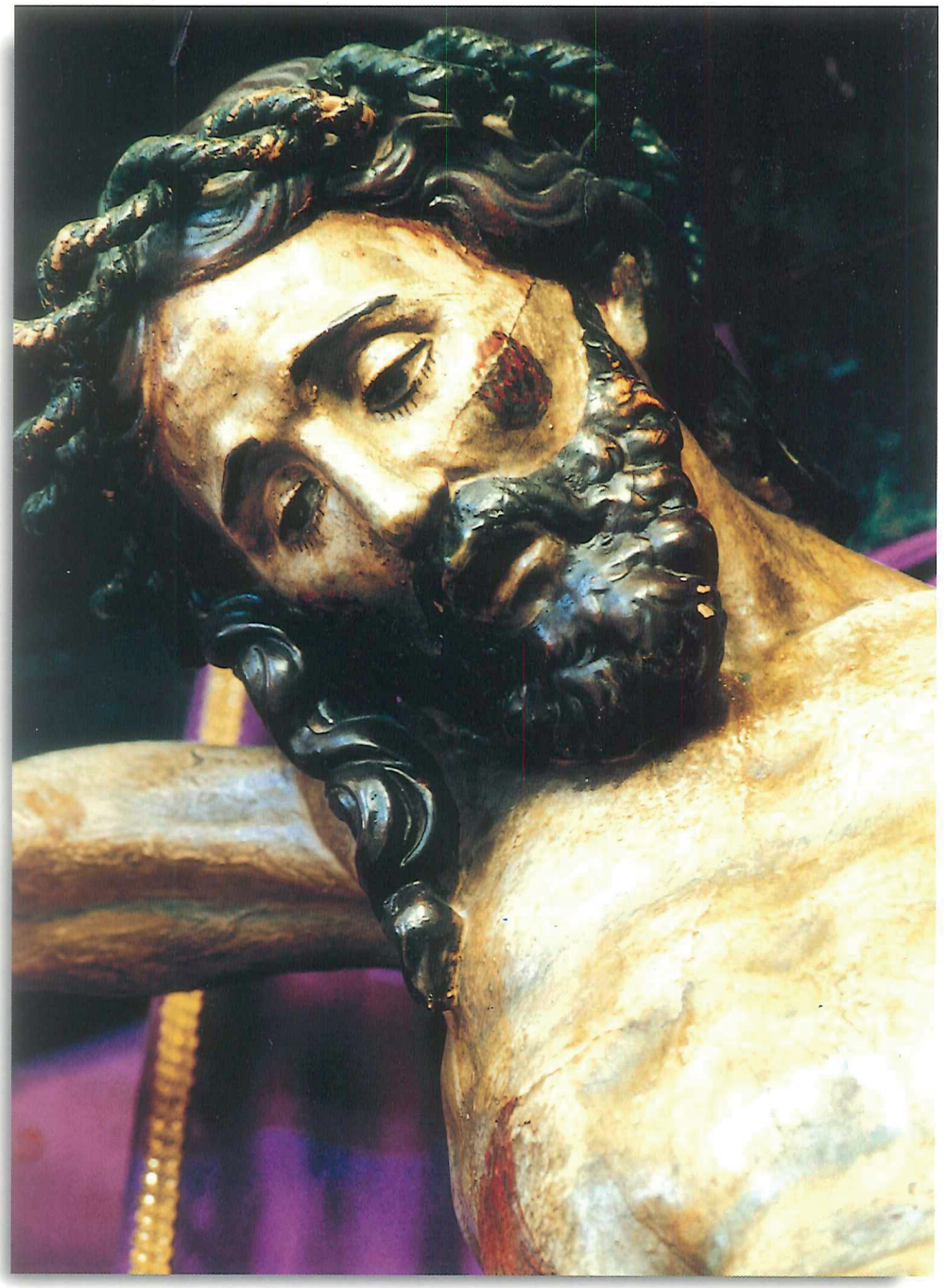
En Babilafuente, en la plaza mayor, queda el *arco* o pasadizo que unía el palacio de la casa de Alba con la iglesia parroquial. En la calle Camino de Alba nº 2 existe un edificio de planta baja y piedra de sillería, en cuya portada se puede admirar un bello escudo con borlas arzobispales. Es probablemente obra del siglo XVII y debió pertenecer al pequeño convento que jerónimos o franciscanos descalzos tuvieron en la villa. Existió también en Babilafuente un hospital bajo la advocación de Santa Catalina, cuyo emplazamiento exacto hoy se desconoce.

El arzobispo de Toledo don Juan Tavera, que pasaba temporadas de descanso en Villoruela –además de financiar la construcción de una de las portadas de la iglesia parroquial–, se construyó aquí un palacio. Del mismo se conservan en la actualidad parte de la fachada y las soberbias bodegas abovedadas con piedra de cantería.

El fuego del año 1959, que destruyó una parte importante del monasterio que las MM. Trinitarias tienen en Villoruela, respetó el pequeño claustro del mismo. Se trata sin duda de la parte más antigua del monasterio, construido en 1510. El deterioro de la antigua estructura ha obligado a realizar en él diversas reformas. A pesar de todo, es un rincón que por su sencillez y armonía es digno de conocerse.

Aparte de estos detalles que nos hablan de edificaciones civiles de calidad en fechas lejanas, existen en la zona otras construcciones que llaman la atención, bien por la calidad de los materiales en ellas empleados, bien por la dignidad de su construcción. Así ocurre en Babilafuente con el edificio situado en la calle Dr. Rocandio nº 22, en cuya portada se encuentra tallada la siguiente inscripción: "In Nomine Cristo", debajo el anagrama A, y encima un pez doblado sobre sí mismo. Según Casaseca pudiera tratarse de una vivienda del siglo XVI. Existe en la población, además, una serie de casas realizadas en piedra tallada y que son sin duda del siglo XIX. En una de ellas, en la calle La Torre nº 2, leemos la fecha de construcción: 1861. Sin duda este conjunto de edificaciones responde a construcciones que debieron acometerse en la localidad después de la intensa destrucción llevada a cabo por las tropas francesas. Por último, existen 22 casas construidas a principios del presente siglo con piedra tallada en puertas, ventanas y esquinas, y ladrillo sólido caravista. Son viviendas, algunas de ellas de doble planta, que llaman la atención por su solidez y buena factura. La proliferación de este tipo de casas a principios de siglo no sería explicable sin un período de cierta bonanza económica en la población. Posiblemente la compatibilidad del trabajo agrícola con los numerosos tejares de la época expliquen el fenómeno.

Aldearrubia es otra de las poblaciones de las Villas que destaca por sus numerosas viviendas realizadas en piedra de sillería. El perfecto acabado de las mismas habla del buen gusto de sus habitantes. En este caso el fenómeno parece explicarse por la existencia en tiempos no muy lejanos en la localidad de maestros canteros con canteras propias



Cristo de la Esperanza (Siglo XVI)

VILLORUELA

LOS CRISTOS DE LAS VILLAS La imagen del Crucificado preside desde hace siglos las celebraciones religiosas de los pueblos de Las Villas. Es la imagen que más abunda en sus iglesias y, en general, son tallas de notable calidad artística.

En la parroquia de Villoria existe un Cristo románico. Se trata de una talla del siglo XIV que hoy se encuentra colocada en la parte central del retablo mayor. Es una obra del arte popular; en ella se presenta a Jesús en la cruz, con los ojos abiertos y con espinas tallados, muy toscos, sobre su larga cabellera. En Aldearrubia hay una talla antigua de Cristo crucificado; se encuentra en muy mal estado de conservación y es de difícil datación.

Sin duda las tallas más logradas del Crucificado son las existentes en Aldearrubia y Villoruela. Ésta, conocida como el *Cristo de la Esperanza*, es del siglo XVI y representa a Jesús muerto, con la cabeza caída hacia la derecha y paño atado a la izquierda. El de Aldearrubia, probablemente del siglo XVII, es un Cristo todavía vivo, con la cabeza levantada hacia la izquierda y con gesto implorante. También en Aldearrubia este Cristo lleva la advocación del *Cristo de la Esperanza*. En sus respectivas fiestas estas imágenes son sacadas en procesión, en cuyo transcurso los niños pequeños son sentados sobre las andas para que el Cristo los acoja bajo su protección.

En la iglesia de Huerta existe una talla procesional en perfecto estado de conservación. Representa a Cristo ya muerto, la cabeza ligeramente inclinada, boca entreabierta y ojos cerrados. Es obra de finales del siglo XVI o principios del XVII. Otra talla procesional de valor la encontramos en Villoruela en la iglesia de las MM. Trinitarias. Se trata de un Cristo vivo en la cruz, con los ojos abiertos dirigidos en actitud orante hacia el cielo. Es una bella imagen, posiblemente realizada con motivo de la apertura del monasterio en 1510. De un tamaño un poco más reducido, existe también en Villoria otra notable imagen de Cristo crucificado.

En casi todas las iglesias de la zona existen otros Cristos de tamaño más reducido, pero de no menor calidad. Algunos de ellos están bajo la advocación del *Cristo de la buena muerte*, y suelen utilizarse en el acompañamiento de los enterramientos. Entre ellos cabe señalar los de Encinas de Abajo, Moríñigo, Villoruela, Villoria y Babilafuente.

Existen en la zona, por último, dos hermosas tallas de *Cristo Resucitado*, ambas del siglo XVII, una en la Iglesia de Moríñigo y otra en la de Babilafuente; una pequeña talla de *Jesús Nazareno* en Aldearrubia, probablemente del XVIII; un *Cristo atado a la columna*, del XVI, en Babilafuente; y en Encinas de Abajo, un *Niño Jesús*, del XIX



Virgen de la Vega (Siglo XVI)

VILLORUELA

IMAGENERÍA MARIANA Son los moradores de Las Villas gentes de profunda devoción a María, la madre de Jesús. A lo largo del año se suceden las novenas, rosarios, fiestas y procesiones a un sinnúmero de advocaciones marianas. Las iglesias acogen una amplia imagenería, en general de escaso valor artístico.

En ocasiones las relaciones propias de los pueblos vecinos han quedado reflejadas en sus luchas históricas por la posesión de una imagen mariana. Los pueblos de Villoria y Villoruela fueron protagonistas, en torno a la fiesta e imagen de la *Virgen de la Vega*, de un acontecimiento que consignamos tal como lo recoge el periódico *Agora o nunca* de Villoruela en su número 10 (septiembre de 1992), en crónica firmada por Mª Ángeles, Rosi y Yoli:

> La Sra. Juana (90 años) nos contó la siguiente historia, que luego nos corroboraron la Sra. Florencia y el Sr. Quico: "La Virgen de la Vega (de la que en su tiempo fue mayordoma) se encontró en lo que ahora se llama la vega, y donde años más tarde construirían una ermita... Aquí venía a celebrar misa San Simón de Rojas, capellán de las monjas de Villoruela, de quien se cuenta que paró un toro que se había escapado de la fiesta de Villoria con sólo decir ¡Detente, animalito!".
>
> Parece ser que la tierra donde se encontró la Virgen era término de Villoruela y Villoria, y por eso se decidió que quedara medio año en un pueblo y medio en otro. Cuando se cumplían seis meses, se salía en procesión hacia el Coto, que era ocupado por el pueblo que primero llegara con el pendón. Allí, tras una oración, se procedía al intercambio de la Virgen y también de algunos insultos por parte de los muchachos; incluso, a veces, había alguna que otra pelea.
>
> Cuando la Virgen estaba en manos de quien le tocaba, cada uno marchaba a su pueblo con un muy especial despido: los de Villoria decían a los de Villoruela que sólo le dábamos de comer (a la Virgen) mondajas de mimbre, y los de Villoruela a los de Villoria que sólo le daban de comer patatas.
>
> Para ver si lo mismo se contaba en Villoria, nos acercamos allí y, no sin llevarnos algún rezungo, nos dijeron lo mismo. Pero las discrepancias comienzan a la hora de explicar por qué está la imagen de la Virgen aquí. Mientras los de Villoria dicen que se la robamos o que nos la cedieron por acuerdo del Ayuntamiento y del cura (don Tomás), los de Villoruela dicen que la tenemos aquí porque los curas de los dos pueblos riñeron y no se les volvió a llevar.
>
> En fin, ellos celebran la fiesta, pero nosotros tenemos la Virgen.

La imagen de la discordia es del siglo XVI y se encuentra instalada actualmente en el lado del evangelio de la capilla mayor de la iglesia de Villoruela. Los de Villoria celebran la fiesta de La Vega llevando en procesión otra imagen del mismo siglo y que representa a *La Virgen con el niño*. Del mismo siglo existe otra imagen en Moríñigo.

En San Morales y en Aldearrubia veneran imágenes de *La Virgen del Rosario*. La de San Morales es una bella talla probablemente del siglo XVII; la de Aldearrubia puede ser del siglo XVIII. En la iglesia de Babilafuente, sobre la guardamalleta de la hornacina, existe una pequeña imagen de *La Inmaculada*; es del siglo XVII y de bella factura



San Antón Abad (Siglo XVI)

VILLORIA

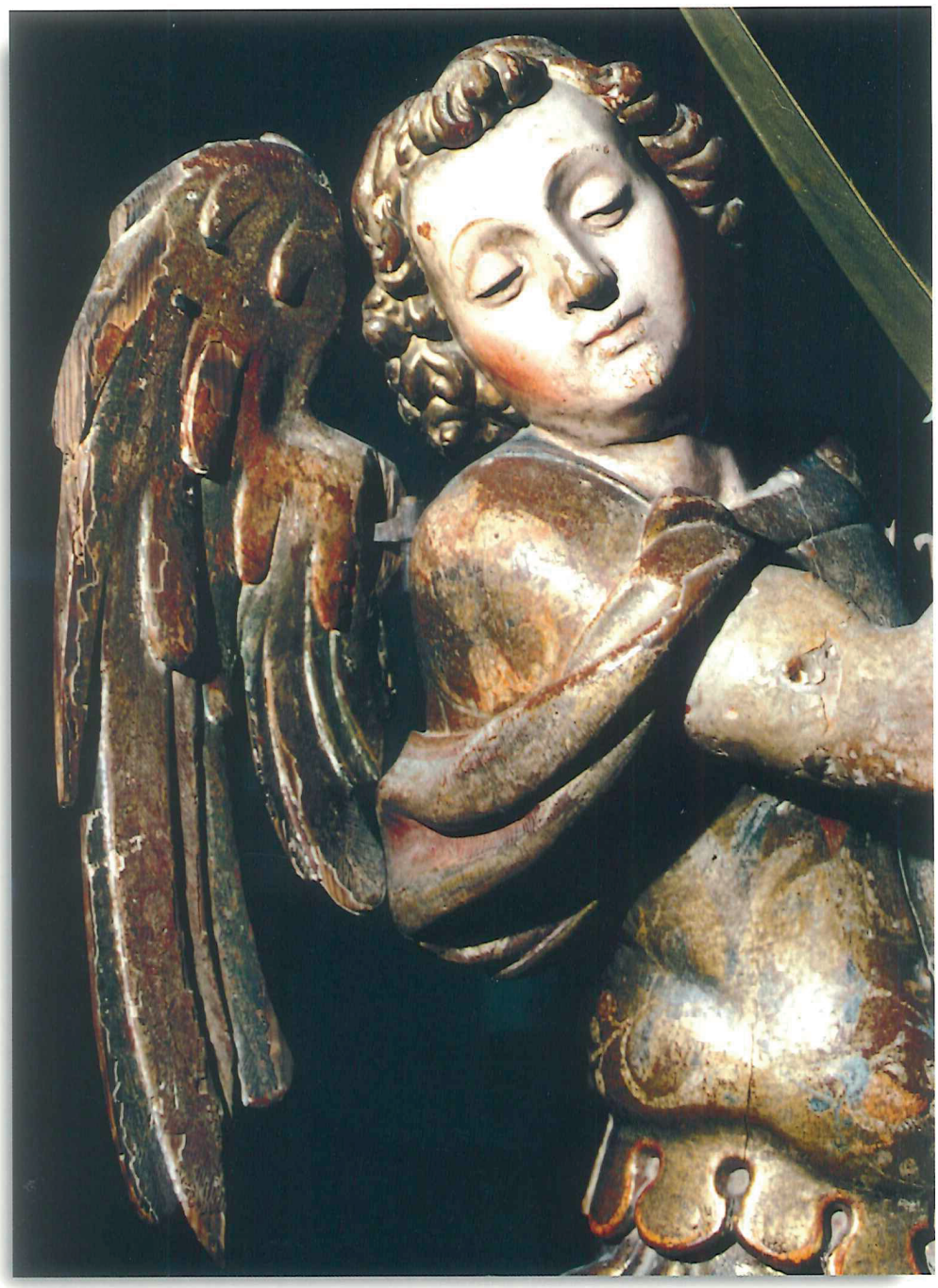
LA MULTITUD DE LOS SANTOS La imaginería en Las Villas es generosa con los santos. La tradición santera del catolicismo español viene de lejos. Hemos contabilizado en las iglesias de Las Villas 33 tallas de santos realizadas entre los siglos XVI al XIX. Una del siglo XIV; cinco del XVI; ocho del XVII; trece del XVIII y seis del XIX.

El conjunto es bastante significativo y es una buena muestra de la escultura salmantina, sobre todo si le sumamos la numerosa y espléndida colección de Cristos e imágenes de la Virgen. El románico está representado por la popular talla de *San Bartolomé* que preside el retablo mayor de la iglesia de San Morales. Del siglo XVI destacamos el *San Pedro* de Villoruela y el de Moríñigo, el *San Sebastián* de Villoruela y la *Santa Bárbara* de Moríñigo.

La imaginería del XVII es la que nos ofrece las tallas más hermosas. Los expertos atribuyen a la escuela de Pedro Hernández la *Santa Águeda* de Babilafuente y el *San Antón* de Villoruela. El cartel de la exposición sobre el patrimonio histórico artístico de Las Villas ofreció la posibilidad de admirar la bella imagen de *San Antón* que se conserva en la iglesia de Villoria.

Del siglo XVIII es del que se conserva el mayor número de imágenes en la zona. Destacan por su calidad y belleza el *San Miguel* de Villoruela, el *Santiago Matamoros* de Cordovilla y la pequeña imagen de *San Antón* de Babilafuente. Por último, del XIX se conserva una serie de tallas que no tienen demasiado valor; quizás la de más mérito sea la del *Niño Jesús* de Encinas de Abajo.

A la vista de esta rica tradición artística en la imaginería de los santos, llama la atención la definitiva ruptura con la misma a partir de finales del XIX. En este período, han sido las imágenes de la Virgen, bajo la advocación de *Fátima* y *Lourdes*, y la del *Sagrado Corazón*, realizadas en escayola y de pésimo gusto artístico, las que han acaparado los altares de muchas iglesias



Santo Ángel de la Guarda (Siglo XVIII)

VILLORUELA

EL SANTO ÁNGEL DE LA GUARDA En la comarca de Las Villas quedan todavía algunos restos de una institución muy extendida en otros tiempos: las cofradías. Casi todos los santos cuyas imágenes se conservan en las iglesias tuvieron en su honor una cofradía. De esa manera, la imagen del santo era algo más que un objeto de la devoción de los creyentes; era, también, símbolo de la identidad de determinados grupos humanos que se constituían en cofrades de San Antón, San Sebastián, San Judas, etc. Hoy la mayor parte de las cofradías que perviven, languidecen. La excepción es la *cofradía del Santo Ángel de la Guarda* de Villoruela.

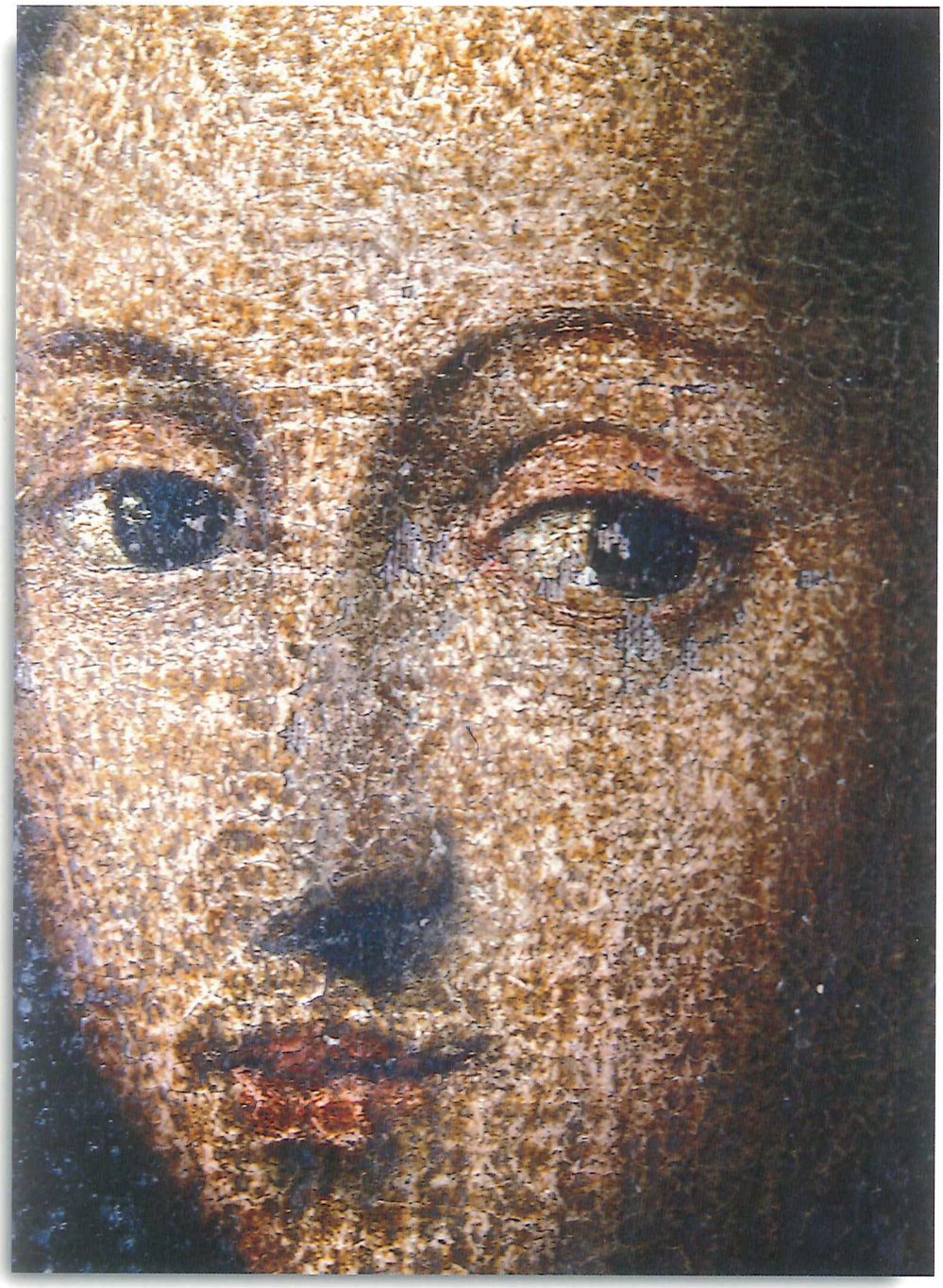
Las ordenanzas de la cofradía del Santo Ángel, conservadas hasta hoy, son del año 1772, en que se refundó la ya existente. De acuerdo a estas ordenanzas sólo pueden ser cofrades los varones y éstos no pueden sobrepasar el número de 33. Otra de sus ordenanzas más interesantes dice: "Otrosí ordenamos y mandamos a los cofrades que el cofrade que estuviere enfermo, estén obligados los cofrades a visitarle y si fuere pobre y muriese, sea obligado nuestro cabildo a darle mortaja y enterrarle a nuestra cuenta; y la obligación es de rezarles la estación del Santísimo". Como permite entender esta ordenanza, la cofradía era una especie de seguro frente a la muerte, a la vez que fomentaba la caridad entre sus miembros.

Para conseguir el buen entendimiento y el respeto entre los cofrades, dice una de las ordenanzas: "Otrosí ordenamos y mandamos que si algún cofrade se levantase en pie para hablar sin pedir licencia al señor alcalde, pague dos reales de multa".

La fiesta principal de la cofradía se celebra el primero de marzo, y los actos de la misma están todos ellos debidamente reglamentados. El día antes, *Vísperas* en la iglesia y, a continuación, convite en la casa del mayodormo. Tanto la salida de la iglesia como el ingreso en la casa del mayordomo deberán realizarse bajo la vigilancia del mayordomo por estricto orden de antigüedad en la cofradía. Al final del convite todos los cofrades recibirán una bolsa conteniendo castañas pilongas, un par de bizcochos y una naranja, con el fin de que los cofrades, todos varones, hagan partícipes de la fiesta en su casa a sus respectivas esposas y familiares.

El día de la fiesta, tras la misa y la procesión, los cofrades se reúnen en cabildo en la sacristía de la iglesia. Allí se discuten y aprueban los acuerdos de la cofradía. A continuación un nuevo convite, en el que una vez más al cura le servirán una taza de chocolate con bizcochos. Por la tarde rezo del Santo Rosario y a continuación el cambio de varas. Es éste un momento emotivo en el que el mayordomo que termina y el que empieza expresan sus sentimientos y deseos. La fiesta termina con un nuevo convite en la casa del nuevo mayordomo.

Pudiera pensarse que las cofradías fueron los pasatiempos cuando no existía radio ni televisión. Nada más lejos de la realidad. Las cofradías fueron estructuras sociales que permitieron la convivencia democrática en los pueblos y solventaron ciertos riesgos personales o familiares a partir de la ayuda mutua



Santa Lucía (detalle) (Siglo XVII)

BABILAFUENTE

PINTURA

IMÁGENES MÁS QUE PALABRAS La pintura ha sido durante muchos siglos el mejor medio para transmitir la cultura popular. En tiempos en que la escritura y la lectura estaban reservadas para unos pocos en la sociedad, la pintura permitía transmitir en forma eficaz los elementos más significativos de la cultura. Pero lo importante de la pintura, como medio de comunicación, es su capacidad para ser vehículo no sólo de conocimientos, sino también de sentimientos y actitudes.

El cristianismo, que nació con profunda veneración por la palabra viva, es decir, por una palabra que no sólo transmite conocimientos sino que busca ante todo incorporar profundos sentimientos, actitudes y comportamientos, percibió desde los primeros años de su existencia las grandes posibilidades que la pintura ofrecía para la transmisión del mensaje del Profeta de Nazaret. Pronto los templos cristianos buscaron espacios en los que plasmar en luz y en color el amor de Jesús y sus discípulos por los pobres y por el universo.

La Historia de la Salvación, la Historia Sagrada, llenó los retablos y se instaló en las vidrieras. La vida de los santos, en especial de los santos patronos, fue representada en sus momentos más significativos. De esta forma el creyente que accedía a la iglesia no sólo recordaba los misterios más importantes de su vida, sino que además la pintura, a través del color y las formas, le invitaba a sintonizar con el Espíritu del profeta de Nazaret.

Los templos de nuestros pueblos también fueron un espacio en el que muchas generaciones interiorizaron el mensaje de Jesús y de sus más insignes seguidores a través de expresiones pictóricas. ¿Qué persona de las generaciones anteriores a la televisión no guarda en su memoria alguna imagen del templo de su pueblo que le impresionó desde muy niño?

Por desgracia, en el último siglo, nuestros templos han sufrido un gran expolio. Por una parte, la institución eclesiástica dejó de percibir los recursos económicos que en otros tiempos le permitían enriquecer permanentemente el patrimonio de sus iglesias; y, por otra, le faltaron recursos incluso para mantener el patrimonio existente. En no pocas ocasiones para defender lo esencial se enajenaron los objetos del templo que eran más apetecidos por los compradores y más fáciles de desprender de las iglesias. Estas ventas, que no siempre fueron lo suficientemente transparentes, explican muchas ausencias en nuestras iglesias, y presencias del patrimonio religioso en manos de museos privados o públicos



Anunciación (Siglo XVI)

BABILAFUENTE

HISTORIA DE LA SALVACIÓN La Historia de la Salvación comienza con Santa Ana, madre de la Virgen María, si nos atenemos a la pintura existente en los pueblos de Las Villas. En el altar mayor de la iglesia de Babilafuente, según se mira a la izquierda, podemos contemplar, en un cuadro de gran tamaño, a *Santa Ana enseñando a leer a su hija la Virgen María*. Se trata de un cuadro de calidad y cercano a la escuela del maestro Carreño. En la misma iglesia la figura de Santa Ana vuelve a aparecer en las pinturas murales del lado de la epístola. En el retablo ubicado en el mismo lado de la epístola de la iglesia de Villoria, Santa Ana está representada tras la imagen de la Virgen del Rosario, en el cuadro central. En Villoruela, el retablo del evangelio también contiene pinturas de San Joaquín y Santa Ana.

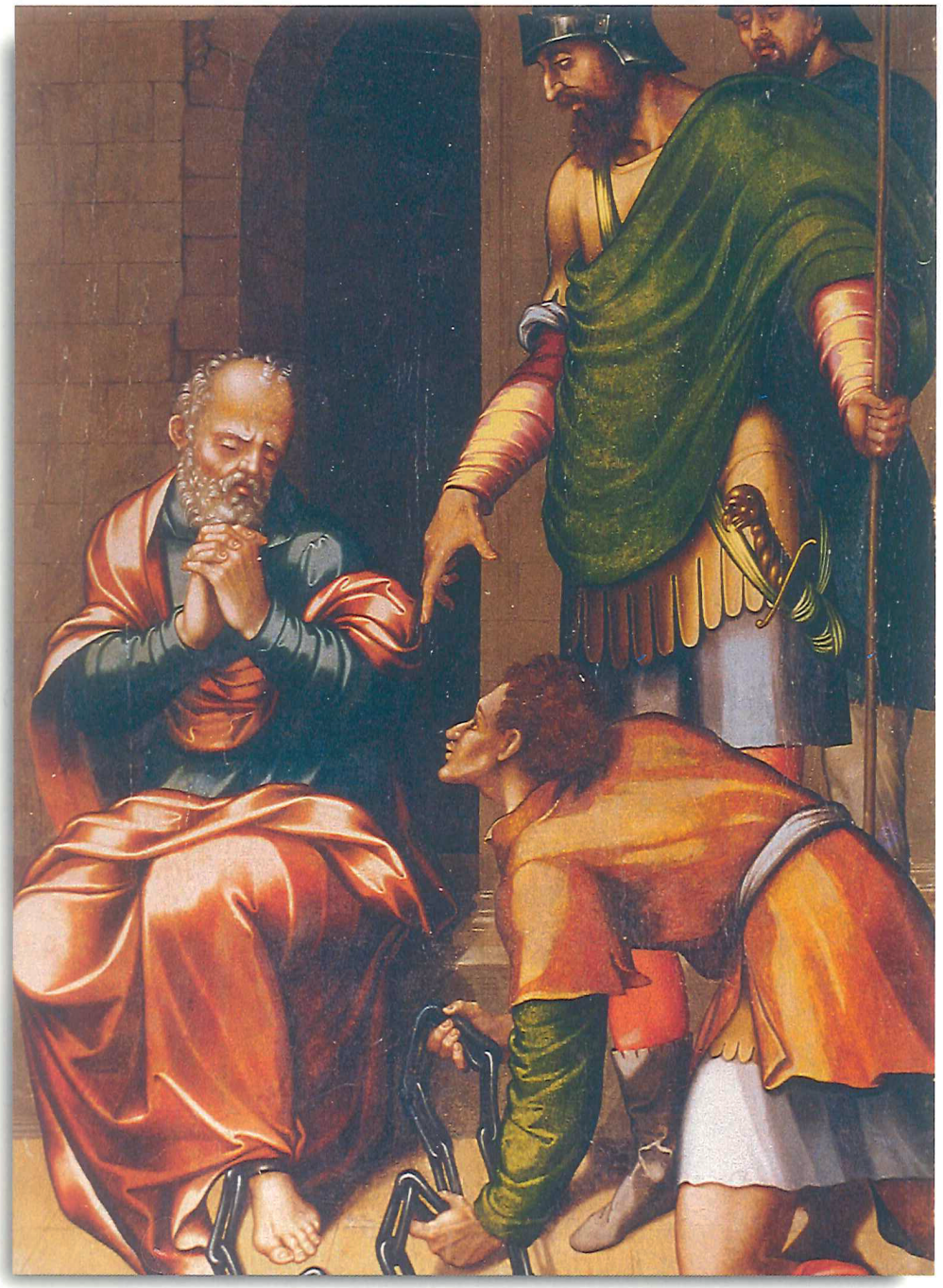
El misterio más representado, como ocurría también con la escultura, es el del Calvario. Dicho acontecimiento ocupa el lugar central de las pinturas murales existentes en la iglesia de Babilafuente, a las que acabamos de hacer referencia –unas pinturas de finales del siglo XVI, posiblemente realizadas por Martín Cervera o Pedro de Parada–. En esta pintura llama la atención el que sólo esté pintada la cruz y no el Crucificado. En Moriñigo, en la parte superior del altar mayor, existe un *Calvario* que fue recientemente restaurado. Como todo el retablo, es obra del siglo XVIII. En esta misma iglesia existe, hoy en la parte posterior de la nave del evangelio, una *Dolorosa*. Es copia de la de Tiziano y tiene escaso valor; no así el marco rococó, que es de buena calidad. Esta obra es también del XVIII.

En la iglesia de las MM. Trinitarias, en Villoruela, en el retablo de la epístola existe un *Calvario* ocupado en la parte central por una talla del Crucificado, siendo el resto pintura. En su parte inferior se recogen escenas de la Pasión. Todo el conjunto, según reza la inscripción, es obra de 1633. Estas pinturas no parecen de gran valor artístico. El mismo retablo está coronado por un *Descendimiento* que es de mayor mérito. En el conjunto son de gran valor el Crucificado y el magnífico marco tallado que rodea el Calvario.

En San Morales, en la parte superior del retablo que en la actualidad ocupa el Sagrado Corazón, existe un cuadro que representa al *Nazareno*. Se trata de una obra del XVIII.

En Babilafuente, en la parte posterior del lado del evangelio, existe un pequeño retablo con tres tablas de calidad. En ellas se representan *La Anunciación*, *La Presentación en el templo* y *El Calvario*. Son obras que recuerdan el estilo de Rafael y realizadas en el siglo XVI. Han sido retocadas no hace muchos años.

Por último, en el desaparecido retablo mayor de la iglesia de Villoruela existían las siguientes tablas de la vida de Jesús: *La Circuncisión*, *La Huida a Egipto*, *La Transfiguración*, *La Resurrección del Señor* y *La Asunción de la Virgen*. Todas ellas fueron restauradas y se desconoce su destino actual. La parroquia dispone de reproducciones fotográficas que fueron exhibidas al público con motivo de la exposición sobre el patrimonio histórico artístico de Las Villas



San Pedro (retablo desaparecido)

VILLORUELA

VIDAS EJEMPLARES La presencia de numerosas imágenes y pinturas en las iglesias cristianas tiene como objetivo presentar a los creyentes modelos a los que imitar. Como hemos visto, es la imagen del Crucificado la que predomina en los templos de Las Villas. Al Crucificado acompaña siempre la imagen de María, su madre. La devoción de nuestros pueblos a la Virgen está atestiguada por su reiterada presencia en sus iglesias.

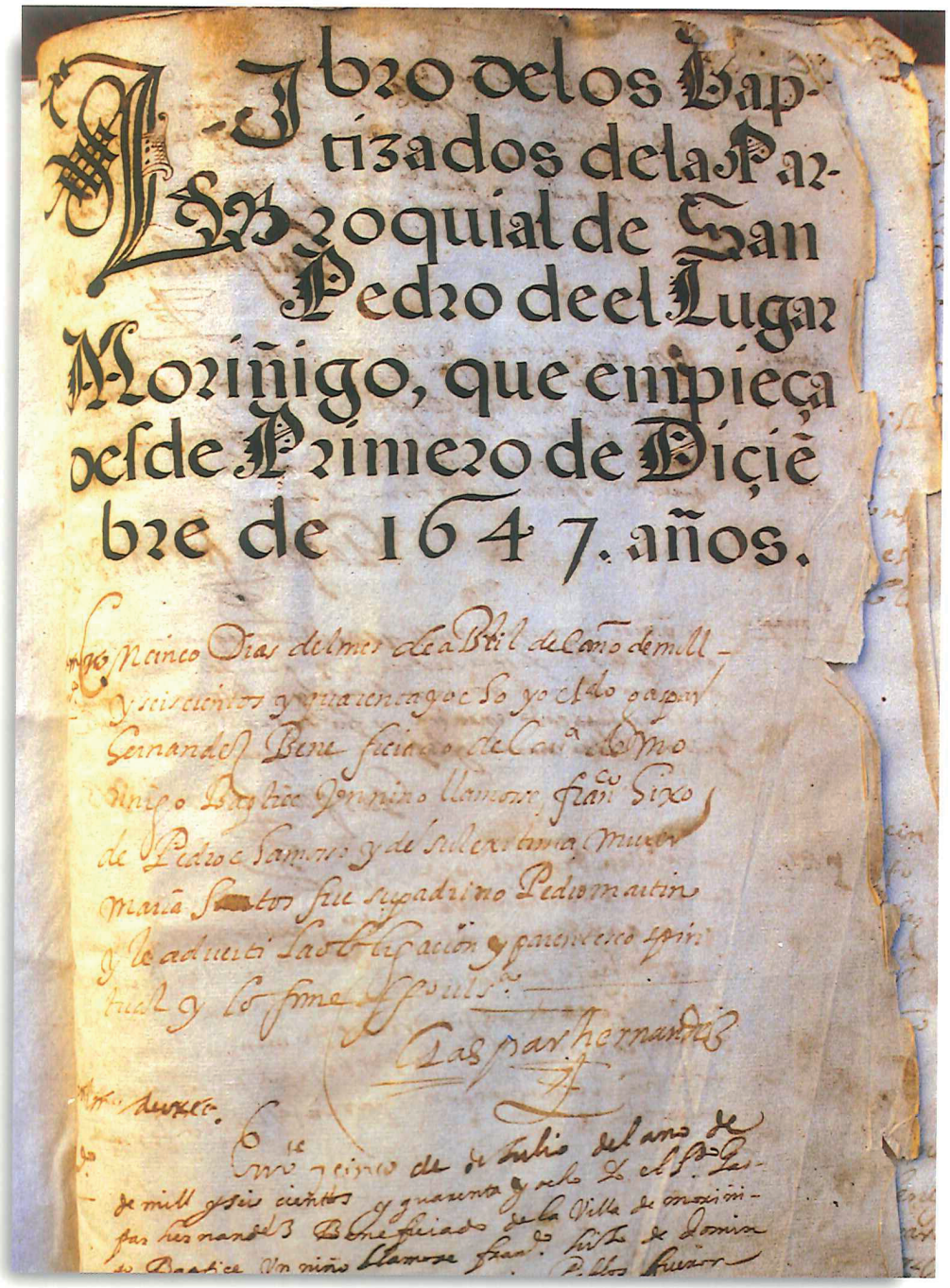
Las pinturas de nuestras iglesias reflejan dos grandes motivos: por un lado, las personas que vivieron cerca de Jesús; y por otro, una serie de santos que por diversos motivos se hicieron populares.

Entre los santos cercanos a Jesús tienen relevancia en Las Villas los apóstoles Pedro, Bartolomé y Santiago, y entre las mujeres Santa Ana, la madre de la Virgen, y Santa María Magdalena. Entre los santos populares destacan San Antonio Abad, San Sebastián, Santo Domingo de Guzmán y San Roque. Entre las santas: Santa Bárbara, Santa Águeda y Santa Lucía.

Dos retablos importantes de la zona muestran respectivamente la vida de Pedro y la de María Magdalena. El perdido retablo mayor de Villoruela representaba escenas de la vida de Pedro: su vocación, la transfiguración, la pesca milagrosa, sus negaciones y su muerte en la cruz invertida. En el retablo lateral, el de la epístola, de Villoria, se representa *María Magdalena lava los pies a Jesús* y *La resurrección de Lázaro*. Este último motivo está descrito en tres cuadros.

Estos dos relatos en imágenes son testigos no sólo de la habilidad pictórica de sus autores, sino también de su capacidad para escoger los momentos más significativos de la vida de los personajes representados.

Existen en Las Villas, además, algunas otras pinturas sueltas que destacan por su calidad. Merece especial atención el pequeño cuadro de *Santa Lucía* que está ubicado actualmente en el presbiterio de Babilafuente. En él destaca la profundidad de la mirada de la santa y la sencillez de sus líneas. En la misma iglesia, en el retablo mayor, hay dos grandes cuadros: el ya citado de *Santa Ana enseñando a leer a la Virgen* y el de *San Buenaventura*. Ambos son obras del siglo XVI; el de San Buenaventura es de la escuela andaluza. También tienen calidad el cuadro que remata el retablo mayor de la iglesia de las MM. Trinitarias en Villoruela, *Revelación de la Orden a San Juan de Mata*, y el que remata el retablo del evangelio de la iglesia de San Morales que parece representar *El martirio de San Bartolomé* o, según otros, San Lorenzo. Ambas obras son del siglo XVII


Libro de los Bautizados de la Parroquial de San Pedro de el Lugar Moriñigo, que empieça desde Primero de Diçiembre de 1647. años.

Folio inicial del primer libro de bautismos (detalle)

LA MEMORIA DE NUESTROS ANTEPASADOS Un pueblo es un conjunto de familias. Cuando se tira de la cuerda se descubre que éstas se cuentan con los dedos de una mano. Remontando la historia, descubrimos las conexiones entre todos los pueblos de Las Villas. Si navegamos por los árboles genealógicos, los hilos de la urdimbre se van aproximando hasta reducir nuestros antepasados a un puñado de personas.

La ventaja que tenemos los moradores de Las Villas es que podemos hacer retroceder nuestra historia y conocer quiénes fueron nuestros antepasados. ¿Hasta cuándo? En tiempos de los Reyes Católicos, el Cardenal Cisneros ordenó que todas las parroquias llevaran registro de los bautizados. Posiblemente las intenciones del Cardenal no eran del todo evangélicas, pero su ordenanza ha sido sumamente beneficiosa para la historia. No todos los beneficiarios de las parroquias de aquel entonces cumplieron con el mismo celo la orden del Cardenal y por ello la fecha de apertura de los libros bautismales en las parroquias no es la misma. La apertura de estos libros trajo con el tiempo la necesidad de abrir otros libros. Así, en las parroquias se iniciaron libros para registrar los matrimonios, las defunciones, las obras de fábrica, de Régimen de la parroquia, de cofradías, etc.

El tiempo ha sometido a todos estos registros a diversas vicisitudes: incendios, inundaciones, polillas, deterioro, pérdidas, robos, etc. Sin embargo, hay que reconocer que el conjunto de documentos que se ha conservado evidencia el gran cuidado que de los mismos han tenido durante siglos los encargados de su custodia. La existencia de esta amplia documentación es la que nos permite ir reconstruyendo la historia de nuestros pueblos. Estos documentos son la memoria de nuestros antepasados. En fechas no muy lejanas el Obispado de Salamanca reagrupó en el Archivo Diocesano los libros más antiguos de la diócesis; por ello, algunos pueblos de Las Villas no los tienen en la actualidad en sus respectivos archivos parroquiales.

El primer libro de bautismos abierto, de los que hoy se encuentran en nuestras parroquias, es el de Villoruela, que se inicia en 1509 inscribiendo a Diego, hijo de Francisco y Mónica. En Babilafuente se abre con la inscripción, el 15 de junio de 1573, del bautismo de Alonso, hijo de Juan Rico e Isabel Borrequero. En Moríñigo se abre el primer libro en diciembre de 1647 y se consigna el primer bautismo el 25 de julio de 1648. La apertura del primer libro de bautismos de Villoria lleva la fecha del 2 de febrero de 1674.

El número de libros de bautismos refleja, aproximadamente, el volumen de población de cada uno de los pueblos. Villoria tiene 19 libros de bautismos, Babilafuente 14, Villoruela 11, 6 en Moríñigo, Cordovilla y San Morales; Aldearrubia 10 y 7 en Encinas de Abajo y Huerta respectivamente



Del libro de la fundación del monasterio de las MM. Trinitarias (Siglo XVI)

VILLORUELA

PERSONAJES DE NUESTRA HISTORIA En la maraña que son los árboles genealógicos de las familias de nuestros pueblos, todos los eslabones de la cadena son importantes. Si se suprime uno, la cadena se rompe y pierde sentido. Pero en este gran árbol existen eslabones, personas, que han alcanzado notoriedad por algún motivo especial. De todos ellos ha quedado constancia en los libros parroquiales. A modo de muestra recogemos algunos de ellos.

Felipe II en Villoruela. En el libro 1º de bautismos de la parroquia de Villoruela, en su folio 38, 1º arriba, se dice: "Manifiesto sea a todos la presente vieren y leyeren cómo en el año de mil quinientos e veinte e siete años a veinte e dos días del mes de mayo nasció el hijo del Emperador Dn. Carlos muy Serenísimo Rey y Emperador e de la Serenísima Reyna e Emperatriz nuestros Señores e llamóse el Príncipe de Castilla Dn. Felipe e por ser verdad yo el bachiller Tomás (o Toribio) Rodríguez lo firmé". Esta inscripción ha dado lugar a largos debates sobre el lugar de nacimiento de Felipe II.

Antonio Ruano Carrionero, obispo de Canarias y Salamanca. El visitante de la catedral nueva de Salamanca, en la segunda capilla a la izquierda, si se ingresa por la puerta principal, puede leer en lo alto el siguiente letrero: "Esta capilla es del Ilustrísimo Señor Don Antonio Carrionero, obispo de Canarias y Salamanca. Natural de Babilafuente. Deste obispado 1628". En esta capilla, mandada construir por el citado obispo, está su sepulcro y el de otros miembros ilustres de la familia. El obispo de Salamanca había nacido en Babilafuente en 1554.

Don Fernando Gallego Herrera, ingeniero de caminos, canales y puertos. Nació en Villoria en febrero de 1901. Realizó los estudios básicos en los Agustinos de Calatrava de Salamanca y los estudios superiores en Madrid. Trabajó en Barcelona y desarrolló proyectos de vanguardia. Destacan dos proyectos por su originalidad: el 3 de noviembre de 1928 presentó ante el rey Alfonso XIII el proyecto de un paso submarino por carretera, ferrocarril y peatonal bajo el estrecho de Gibraltar; el segundo proyecto lo llevó a cabo en una finca de su propiedad en Villoria. Se trataba de un avión de despegue y descenso vertical.

José Sánchez Rojas, escritor. El padre, Andrés, y el abuelo, Francisco, del popular escritor José Sánchez Rojas nacieron en Moríñigo. José nació en 1885 en Alba de Tormes, donde su padre ejercía como abogado; murió, en Salamanca, a la temprana edad de 46 años. Discípulo de Unamuno, ejerció su profesión de escritor al margen de todos los convencionalismos de la época, lo que le ocasionó no pequeñas dificultades y le obligó a vivir pobremente



Cáliz. MM. Trinitarias (1615)

VILLORUELA

ORFEBRERÍA EN LAS VILLAS El culto en las iglesias cristianas, tal como se ha venido realizando desde hace siglos, ha necesitado una serie de utensilios: cruces, cálices, patenas, vinajeras, candelabros, custodias, crismeras, etc. Unas veces utilizando recursos propios y otras como fruto de donaciones de cofradías o de particulares, las iglesias de Las Villas han consignado en sus inventarios la existencia de obras valiosas, realizadas en su mayor parte en plata por ilustres maestros orfebres de la región. La revisión de los inventarios existentes en las parroquias de la zona nos ilustran cómo estas pequeñas obras de arte se encargan, se pagan, se inscriben en sucesivos inventarios y, en ocasiones, desaparecen sin dejar rastro.

En la actualidad todavía conservamos una notable colección, quizás no demasiado numerosa pero sí valiosa, de estas pequeñas joyas que nos han legado nuestros antepasados. He aquí las más significativas.

Se conservan *cruces procesionales* de plata en las parroquias de Babilafuente, Moríñigo, Villoria y en el convento de las MM. Trinitarias de Villoruela. La mayor en tamaño es la de Babilafuente, que en su medalla del centro tiene un Crucificado en el anverso y un San Miguel en el reverso. Esta cruz perteneció a la iglesia de San Miguel de Ledesma. Babilafuente había tenido hasta dos cruces de plata, una de ellas grande con los doce apóstoles en la peana, pero que desaparecieron, igual que sus dos custodias de plata, a raíz de la presencia de las tropas francesas en la iglesia durante la guerra de la Independencia. Las cruces de Villoria y de las MM. Trinitarias de Villoruela ofrecen tales semejanzas que sin duda son obra del mismo orfebre del siglo XVII. La de Moríñigo es obra más trabajada, pesa 55 onzas y fue realizada en 1751.

Las *custodias* de Villoria, Villoruela, Moríñigo y Cordovilla son todas del XVIII. La de Moríñigo de 1749. La de Villoria es de estilo rococó, y la de Villoruela, de 1714, es de gran sencillez y belleza; está coronada por la cruz trinitaria, pues perteneció al convento, pasando a la parroquia en circunstancias no conocidas.

En todas las parroquias encontramos *cálices* y *copones* antiguos de plata y de distinto valor artístico. Destaca el cáliz de plata dorada, de 1615, de las MM. Trinitarias de Villoruela. El preciosismo y el equilibrio de su decoración hacen de él una verdadera joya de la orfebrería salmantina.

Conservan *incensarios* y *navetas* de plata en Encinas de Abajo, Cordovilla y Villoria. La de Cordovilla lleva la fecha de 1732. Las tres obras manifiestan bastantes semejanzas, siendo la de Encinas de Abajo por su tamaño y acabado la que más llama la atención.

Por último, en Moríñigo y Villoria existen *crismeras* de plata. De hechura muy diferente, ambas revelan buen gusto. Villoria es la única iglesia que ha conservado un bello *relicario* del siglo XVII



MOBILIARIO, PÚLPITOS Y PUERTAS Posiblemente todas las sacristías de las iglesias de Las Villas estuvieron en otros tiempos dotadas de cajoneras destinadas a guardar las vestiduras para el culto. En la actualidad sólo Babilafuente, Villoruela y Aldearrubia conservan cajoneras antiguas. La de Babilafuente es barroca y fue realizada en 1780 en nogal por el tallista Juan Lucas de la Torre; la de Villoruela, realizada en nogal, se destruyó parcialmente al derrumbarse el ábside de la iglesia en 1977. Se pudo salvar una parte que se encuentra en buen estado de conservación. La de Aldearrubia se encuentra muy desvencijada.

La única sillería-coro que existe en la actualidad en esta zona se encuentra en la iglesia de las MM. Trinitarias de Villoruela. Se trata de una obra sencilla, de estilo renacentista y realizada en nogal. Destacan en ella las tallas de la silla central, rematadas con el escudo propio de la orden trinitaria. Parece que en el paso por estas tierras de las tropas francesas, en la guerra de la Independencia, destrozaron parte de la obra.

Un elemento importante en las iglesias en tiempos pasados era el púlpito. Desde él se dirigía la palabra al pueblo reunido. Estaba situado siempre en un lugar estratégico que permitiera escuchar la prédica a todos los presentes. Las bóvedas de las iglesias tenían como una de sus finalidades amplificar la voz del predicador. Desde que se incorporaron a las iglesias los modernos equipos de megafonía los púlpitos han perdido su utilidad. De los que se conservan en las iglesias de Las Villas, el de Villoruela es el de mayor calidad artística. Se trata de un púlpito octogonal realizado en piedra, con paneles rococós labrados y dorados. Tiene la siguiente inscripción: "Se doró y pintó siendo beneficiario el señor don Blas Salvador. Año 1779". El púlpito de Villoria es de piedra, barroco de 1755. El de Moríñigo, de hierro cilíndrico, compuesto por barrotes torneados, podría ser el de la antigua parroquia de San Martín de Villoria.

La confección de puertas y cancelas de las iglesias solía ser una buena ocasión para el lucimiento de carpinteros y herreros de la comarca. Los trabajos de mayor calidad que se conservan en Las Villas son la puerta de la epístola de Villoria y la puerta y cancela de la iglesia de San Morales. En la de Villoria merecen resaltarse los detalles de la puerta: clavos, cerradura y herrajes en general, mientras que en la de San Morales llama la atención la cancela por su óptima conservación y elementos decorativos



Campana de la iglesia parroquial

BABILAFUENTE

AL TOQUE DE CAMPANA El toque de campana ha regulado durante siglos la vida religiosa y social de nuestros pueblos. Situadas en lo más alto de la torre de la iglesia parroquial, las campanas marcaban el horario de cada día y anunciaban a los habitantes del pueblo los acontecimientos principales de la vida de la comunidad.

Repicando anunciaban la fiesta, *doblando* comunicaban que un miembro de la comunidad había fallecido. Si terminaban con dos redobles, el muerto era mujer; si terminaba en tres redobles, había muerto un varón. El vecindario sabía distinguir si la misa que anunciaban las campanas era misa del Santísimo o de la Vera Cruz. Si el *repique* era intermitente, todo el mundo, armado de calderos, salía corriendo de sus viviendas en auxilio de la propiedad que ardía. Si la campana sonaba al poner la *mariseca*, todos saltaban de alegría porque en la fiesta habría toros.

De tanto usar las campanas se rajaban con alguna frecuencia. Entonces había que volver a fundirlas porque el pueblo sin campanas perdía el norte. La fundición se realizaba con frecuencia en el mismo pueblo y a los maestros fundidores les gustaba dejar su huella en las campanas. Así, en la campana de *Nuestra Señora* en el pueblo de Villoruela podemos leer: "Fundida en 1898 por Manuel Ballesteros Lastra e hijo, siendo párroco D. Pedro Vicente y alcalde D. Jerónimo Cortés".

Debido a la importancia social que tenían las campanas en el pueblo, quedaba grabado en ellas no sólo el nombre del cura sino también el del alcalde. Todos los vecinos estaban orgullosos de que las campanas de su pueblo se oyeran en el pueblo vecino, o más allá.

No hay iglesia sin campanario, y no hay campana sin historia. La campana del *Cristo de la Esperanza* es conocida popularmente en Villoruela como la *Ronca* debido al sonido que emitía cuando estaba rajada. Cuenta el pueblo que se rompió el 5 de junio de 1899, al tocarla con ocasión de venir el señor obispo de Salamanca a visitar a las monjas trinitarias. Se volvió a fundir en 1900, volviéndose a romper y a refundir en 1987.

Si se realizara una revisión pormenorizada de los libros de fábrica de las iglesias de Las Villas encontraríamos que las campanas se remontan, al menos, a las fechas en que éstas se construyeron. Desde entonces no hubo año ni día en ningún pueblo en que su sonido no haya llevado algún mensaje a todos sus habitantes



Arquitectura tradicional

SAN MORALES

PATRIMONIO ETNOGRÁFICO

LA CASA La vivienda ha sido, antes más que ahora, el corazón de la familia, el lugar donde realmente se hacía y compartía la vida. Como espacio obligado de encuentro diario, día y noche, en ella se tejían esos lazos imborrables de la carne y de la sangre, de la pertenencia común a la misma cepa. La vivienda identificaba a cada una de las familias del pueblo.

Si bien la organización interna de la casa reflejaba a su manera los gustos y preferencias de los moradores, en cuanto a su estructura externa existían unos moldes y patrones bastante comunes que caracterizaban la vivienda tradicional de esta zona. En la edificación dominaba un modelo de estructura arquitectónica estrechamente relacionado con la actividad agraria. El núcleo habitado de nuestros pueblos solía aglutinarse en torno a la plaza, dominada por la iglesia. De él salían las calles, como los radios del eje en la rueda del carro.

La casa tradicional de labradores en Las Villas solía ser amplia y de dos plantas. La planta baja, dedicada a la vivienda propiamente dicha, solía ser muy húmeda; por eso se almacenaba el grano arriba, a pesar del esfuerzo que suponía subirlo y bajarlo en costales o sacos. La planta alta, el sobrao, almacenaba el grano sobrante de la cosecha, sirviendo también como trastero.

Como materiales de construcción de las paredes se utilizaban el tapial, tierra prensada, y el adobe. Para la fachada principal, sin embargo, se recurría al ladrillo macizo y a la piedra de Villamayor, aunque se aprovechaban en ocasiones las piedras del derrumbe de algún monumento del lugar. Los suelos de toda la casa eran de baldosas de arcilla cocida, excepto el del portal de la entrada, empedrado con cantos pequeñitos. El techo era de madera y la cubierta de teja de arcilla cocida sobre cuartones de madera cubiertos de barda.

La mayoría de estas viviendas tenía un portal amplio y, a cada lado, un recinto con alcobas para dormir. Junto a la cocina, la estancia más familiar de la casa, estaba la despensa, situada al norte para que los alimentos se mantuvieran siempre frescos. En ella se guardaban los alimentos para abastecerse todo el año: la matanza, las legumbres y el pan que amasaban para varios días y lo guardaban en tinajas de barro



Corral

VILLORIA

DEPENDENCIAS El hombre de estos pueblos estaba acostumbrado a espacios amplios. El hecho de vivir todo el día al aire libre en permanente contacto con la naturaleza y la necesidad de contar con animales domésticos para sus tareas agrícolas le hacía compartir la vivienda con otras dependencias contiguas. Todo ello conformaba un espacio homogéneo, capaz de configurar en las gentes un modo de sentir, de vivir y de concebir la vida. El diálogo con la naturaleza y con los animales era algo inherente a su personalidad. La calefacción natural del ganado dentro de la casa venía a ser como una pequeña parábola del grado de sintonía y comunicación recíprocas a que puede llegar el hombre con sus animales domésticos. De su obligado concurso para el desarrollo de las labores del campo y para la manutención de la familia nacía un trato connatural con los mismos. Los animales *domesticaban* de algún modo el talante de sus dueños y despertaban en ellos una especial sensibilidad para integrarse armónicamente en su entorno natural.

En las casas de labor, aparte de las dependencias domésticas para la servidumbre de criados y sirvientas, estaban también las agropecuarias. Todas ellas, de planta baja, eran necesarias para el desarrollo de la profesión agraria. El corral, generalmente adosado a la vivienda, era el patio central que las aglutinaba. Albergaba tres o cuatro tenadas para el refugio de los bueyes o vacas de trabajo, atados a los pesebres, donde comían la paja y el pienso de las algarrobas molidas. En la parte central, sin techumbre, se almacenaba el estiércol de los animales, que servía de abono para la tierra. También contaba con un pozo para abastecimiento de la casa y con una pila para beber el ganado.

Las caballerizas de mulas, caballos y burros tenían en los establos sus respectivos comederos. En el pajar se almacenaba la paja, utilizada para alimento y cama del ganado, y para calentar el hogar. La paja de "garrobaza", de la que comían las ovejas y se alimentaba la lumbre, era guardada en el garrobero. Cada casa tenía sus animales domésticos para el consumo diario: gallinas, cerdos, cabras, conejos, ovejas, etc. Por supuesto en ninguna podía faltar el gallinero, por ser los huevos uno de los alimentos básicos de la dieta diaria.

La casi totalidad de las familias cultivaban su pequeño viñedo. Una vez prensada y pisada la uva en los pilones del lagar, el mosto destilado era depositado en las cubas y tinajas de la bodega, hecha de ladrillo o de piedra. A pesar de estar de manera oficial prohibido, algunas familias ocultaban furtivamente un precioso alambique para destilar el aguardiente. En Babilafuente hubo incluso una fábrica de tan sabroso licor



Carro pintado

MORÍÑIGO

EL SECANO, CULTIVO TRADICIONAL La agricultura fue siempre la actividad principal de estos pueblos. Hace 50 años en Las Villas los cultivos eran de secano. Se sembraba fundamentalmente trigo, cebada, avena, centeno, algarrobas, lentejas y garbanzos. Las escasas extensiones de regadío producían patatas y hortalizas para el abastecimiento diario; lo sobrante se vendía en el mercado de Peñaranda de Bracamonte y pueblos limítrofes. Mención aparte merece el cultivo de la vid para el autoconsumo familiar: las uvas para hacer vino y las vides y cepas para alimentar el fuego.

El abonado de la tierra, que se hacía principalmente con el estiércol procedente del ganado de labranza y de las ovejas, era más bien escaso. Los abonos minerales eran poco conocidos y usados. Si bien no todas las tierras eran iguales, el agricultor estaba generalmente acostumbrado a la siguiente rotación de cultivos: sembraba en la misma tierra dos años seguidos y el tercero la dejaba descansar como barbecho. De la cosecha obtenida, parte se destinaba como semilla para la siembra siguiente, que era intercambiada por los agricultores para no repetirla en las mismas fincas; otra se reservaba para la alimentación familiar y del ganado; en la mayoría de los casos, al no ser generalmente la propiedad de la tierra de quien la labraba, se guardaba otra parte para pagar la renta o aparcería; finalmente, lo que sobraba, si es que algo sobraba, se vendía.

Entre los muchos aperos de labranza cabe reseñar el *arado común* o *romano*, que servía para remover la tierra y acondicionarla para la semilla. Sus piezas principales eran el timón, la cama, el dental, la reja, las cuñas, las orejeras y la mancera o esteva. Menos la reja, que era de hierro, el resto era de madera. El *lovato*, dotado de vertedera doble y giratoria, supuso un avance bastante considerable. Era de hierro y acero, menos el timón y las manillas, que eran de madera. Finalmente llegó el *braván*, con doble vertedera pero de mucha más envergadura que el lovato. Tiraban de él dos parejas de bueyes y era usado para labores profundas y para tierras muy fuertes.

Para la recolección eran necesarios otros aperos. El *carro* de dos ruedas, utilizado para transportar todo tipo de materias. El *trillo* para triturar la paja extendida sobre la era. La *tornadera* para remover la mies y triturarla mejor. La *cambiza* para recogerla. Otros accesorios comunes eran la hoz, los horcones, las horcas, el rastro, el bieldo, la bielda, la pala de madera y la criba



Regadío por aspersión

CORDOVILLA

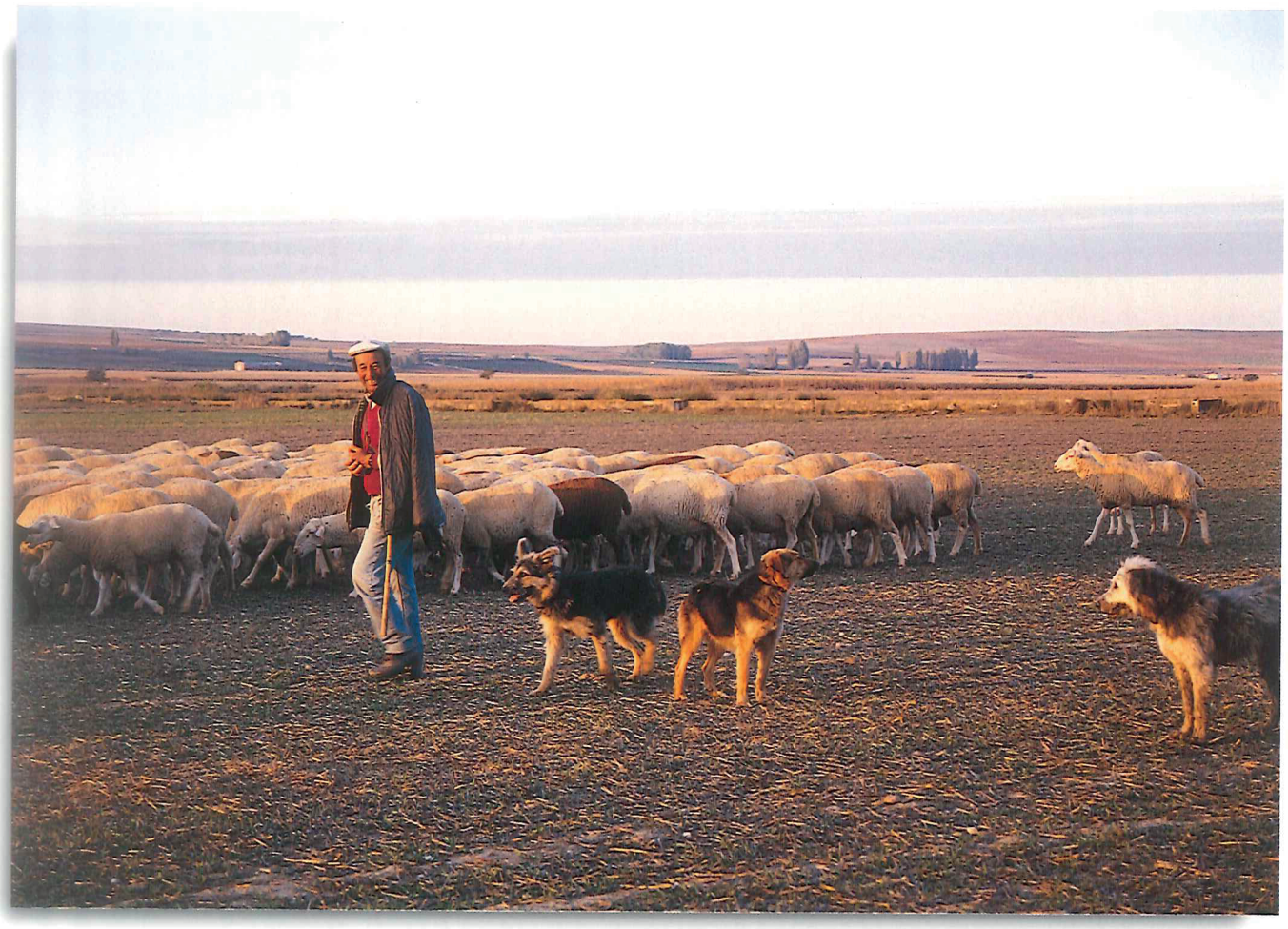
REGADÍO El regadío tradicional provenía del agua de los sondeos, escasos y poco profundos, que era artesanalmente extraída mediante el cigüeñal y, posteriormente, mediante la noria. Después de superar innumerables dificultades, la concentración parcelaria de los años sesenta supuso un paso importante en la renovación de la agricultura.

Pero fue la incorporación tecnológica de una infraestructura básica de regadío la que cambió cualitativamente el panorama de esta zona potenciando los cultivos de la patata, remolacha, maíz y girasol. Aprovechando el agua del pantano de Santa Teresa se hizo en 1967 el canal de Babilafuente. La rentabilidad económica que suponía la canalización del agua impulsó la construcción del actual canal de Villoria, acabado en 1987, y cuya extensión de regadío por aspersión es de aproximadamente unas 5.300 hectáreas. Era la primera parte de un proyecto más amplio, el así llamado canal de Villoria-La Armuña, en la actualidad en fase muy avanzada de construcción, que supondrá de inmediato otras 5.000 hectáreas de regadío.

Y de la mano de la tecnología vino también la no menos creciente y avanzada industria de la maquinaria agrícola. Hacía acto de presencia el tractor, símbolo orgulloso de la nueva imagen campesina. Se sumaron a todo ello los importantes avances científicos y genéticos en la mejora de semillas, herbicidas, fungicidas, abonos minerales, etc., que contribuyeron notablemente a la mejora de los cultivos.

Aparte de la transformación de secanos en regadíos, todos estos factores colaterales han ido dibujando un nuevo rumbo y estilo en las explotaciones agrícolas, que requieren una renovada mentalidad y un fuerte reciclaje en los hábitos de trabajo de quienes quieran seguir con el cultivo de las tierras. Aunque no está siendo fácil asumir este inevitable proceso, las nuevas generaciones de agricultores saben que necesitan actualizar su formación profesional si quieren entrar en la dinámica del nuevo sistema competitivo de mercado. La agricultura de la zona ha pasado, en apenas 50 años, de ser una economía prácticamente de subsistencia a una economía de mercado.

Fruto de todos estos cambios y de la consiguiente necesidad de trabajar conjuntamente en la modernización del campo es la Cooperativa "Las Villas del Tormes", creada en el año 1993 y que cuenta actualmente con unos 140 socios



Pastor al atardecer

BABILAFUENTE

EL PASTOREO No vivimos en los tiempos de la *Mesta*, aquella poderosa organización medieval de ganaderos que alcanzó su máximo esplendor cuando la oveja *merina* rentaba fuertes ingresos económicos por su fina y rizada lana. El derrumbamiento del mercado de la lana y el imparable empuje de los agricultores en el cultivo de los antiguos pastizales supuso el declive definitivo de una forma de vida pegada a la tierra y con la vista siempre puesta en el cielo. En muchos sitios se han perdido las huellas de las antiguas *cañadas*, por las que transitaban los rebaños conducidos por el *manso*, macho castrado y amaestrado por el pastor para guiar el rebaño, que con su *zumbo* o cencerro grande marcaba el rumbo del rebaño.

Las tareas del pastoreo entrañaban un lento y largo aprendizaje en la soledad del campo. Apoyado en su cayada y con la *morrala* al hombro, y acompañado de sus fieles perros *careas* y *mastines*, le esperaban al pastor toda suerte de inclemencias. Conocedor de cada una de sus ovejas, habrá de *melar* todo el rebaño marcándolo con la divisa untada en alquitrán. Tendrá que preparar también un pequeño *aprisco* para las ovejas, construido generalmente con *cañizo*, donde hará su vela nocturna con el perro mastín de presa o *cachorro*. Dormirá en las tierras, a no ser que llueva mucho o nieve. Un pequeño *bardo* en medio del campo le servirá de cobijo cuando arrecie el mal tiempo, protegido de la lluvia y el frío por una zamarra de piel de oveja y unos buenos *franjones* o pantalones de cuero. Y le tocará emigrar, durante la *transhumancia*, para trasladar los rebaños desde los pastizales de invierno hasta los *espigaderos/agostaderos* de verano.

Antes de que lleguen los calores del estío, cuando las ovejas bajan la cabeza y *amorran*, tendrá lugar la faena del *esquileo* o *motila*, en la que el pastor usará moreno o ceniza para curar las posibles heridas. Con la venta del *vellón* de cada oveja intentará amortizar algunos de sus gastos. En la temporada de celo, cuando las ovejas *amorecen* y los sementales pueden *cubrirlas*, controlará el ritmo de la procreación por medio del *mandil* o tela para impedir que los sementales las preñen. Al nacer los corderos tendrá que multiplicar su atención y trabajo velando por cada parida y nacido.

En la comarca de Las Villas, hasta hace relativamente pocos años, sólo existían las ovejas *comuneras*. Eran rebaños en los que la mayoría de los labradores tenían sus ovejas. Cada uno se encargaba de llevar las suyas al *Corral del Concejo* o bien al aprisco/*rede* del campo, donde esperaba el pastor comunero para juntarlas y sacarlas a pastar/*carear*. Por la tarde las recogían sus amos y las llevaban a sus casas. En verano remataban la rede para abonar las tierras, quedándose el mejor postor con ella durante una semana.

Hoy, el rebaño tipo de esta zona está integrado por unas 500 ó 600 ovejas de raza *castellana* o *entrefina*, manejadas por un pastor y varios perros. Su alimento habitual es el aprovechamiento de los rastrojos de cereales, patata, remolacha y prados comunales. Los piensos compuestos y la comida en casa se deja para los meses crudos del invierno



Fragua

VILLORUELA

EL HERRERO La tradicional estampa castellana del herrero en la fragua, ceñido con la *badana*, una especie de mandilón de cuero, resulta cada vez más obsoleta. Como verdadero artesano especializado en la forja, va ejecutando con proverbial paciencia la compleja gama de trabajos que comporta el forjado: caldeo, soldadura, modelado, tratamientos y acabado. Las cuatro paredes ennegrecidas por el humo pero iluminadas por viejos ventanales son testigos mudos de su maestría artesanal entre el fuego de la chimenea y el golpe a golpe sobre el yunque. Vicente en Villoruela y Manolo en Villoria son todavía hoy magníficos especialistas que llevan la profesión en sus venas, ilusionados por revelarnos sus secretos.

Tres son los elementos básicos en toda fragua: el fuego para calentar los materiales que se van a trabajar, el aire para mantener vivo el fuego y la pila de agua para templar o endurecer el hierro y el acero. El fuego, encendido con carbón de brezo o de piedra y avivado por el *fuelle*, es removido por el *hurgón*, mientras que con el *espetón* se va apartando el *moco* o la escoria.

Una vez preparado el material a la temperatura adecuada por el calor del fuego y la refrigeración del agua de la pila, el herrero va machando la pieza sobre el hierro acerado de la *bigornia* o sobre el *machón* macizo. Son muchos y muy variados los instrumentos que necesita para modelar y configurar cada objeto. El *acotillo*, el *destajador* y el *mazo* constituyen otras tantas variedades del martillo para doblegar la férrea y obstinada resistencia del metal. Los duros golpes secos de la *tajadera* o los martillazos con el *cortafrío* sirven para el cortado, cincelado o agujereado del material. En la obtención de las láminas son usadas las *tenazas, alicates* y *cizallas*. El acabado del modelado requerirá, finalmente, diversos tipos de *limas* para configurar el objeto deseado.

Imposible reseñar todas las piezas que realizaba el herrero, como los aperos de labranza: rejas, arados, picos, azadones, podaderas, cultivadores, tornadores, norias, cinchas, arcabuces de noria... El modelado de los aros para las ruedas de los carros, en el que necesitaba también de la ayuda del carpintero, requería una especial habilidad. Entre los utensilios para el hogar estaban las tenazas, badiles, tijeras para el fuego, trébedes, calderas, sartenes, llaves, cerraduras, herrajes de puertas y ventanas, picaportes, verjas... Dedicaba también bastante tiempo al herraje del ganado. Todos estos trabajos eran remunerados, como en el caso del médico, por medio de igualas.

La fragua era el lugar de encuentro de los pocos hombres que durante el día permanecían en los pueblos. Allí pasaban sus ratos de ocio entretenidos en mil dimes y diretes que han sido objeto de muchos romances, jotas, charradas y cancioncillas en las que sale a relucir la figura del herrero. El buen humor de la picaresca popular pudo dejarnos de este modo pequeños retazos de su tradición oral



Tejiendo mimbre

VILLORUELA

ARTESANOS DEL MIMBRE Hablar de mimbre en Salamanca es referirse de inmediato a Villoruela, pueblo de secular tradición artesanal en ésta y otras fibras vegetales. Desde tiempo inmemorial, los habitantes de este pueblo de Las Villas –muchos de ellos sin tierras– descubrieron en la artesanía un buen complemento para la agricultura. Cestos, cuévanos, aguaderas... eran utensilios que el agricultor necesitaba a diario para llevar la comida al campo, para dar de comer a los ganados y para recoger los productos de la tierra (uvas –abundantes en la zona–, patatas, etc.). Así comenzó el oficio y así se desarrolló durante años –quizás siglos– en Villoruela.

El mimbral silvestre, que conformaba el paisaje con los cereales y el viñedo, sirvió de materia prima a los artesanos, que la modelaban en bruto con singular maestría y destreza, y colocaban en los mercados locales y regionales en carros, a lomos de caballerías y, en muchas ocasiones, a pie y sobre sus propios hombros.

A mediados de los años sesenta, la artesanía del mimbre sufrió una transformación radical. El declive de la agricultura tradicional y, sobre todo, la apertura de nuevos mercados en la industria del mueble, abrieron en Villoruela una etapa nueva en su historia y en la vida de sus gentes. Los nuevos mercados demandaban nuevos y variados objetos: sillas, sillones, tresillos, mesas, armarios, estanterías, etc.; nuevos diseños en las piezas y en los tejidos: teladas, enrejados, bombeados, etc.; introducción de nuevas materias primas: al principio, distintas variedades de mimbre y, poco a poco, otras fibras vegetales, muchas de ellas importadas, como el bambú, la manila... Todas estas demandas exigen a los artesanos mayor especialización y nueva distribución del trabajo. El artesano que planta y cuida la mimbre, que la trabaja y que él mismo la vende, desaparece y, por el contrario, surge toda una red de especialistas para cada uno de los pasos del proceso: cultivadores de mimbre –normalmente fuera de Villoruela–, transportistas, almacenistas, trabajadores artesanos especializados en la fabricación de unas piezas determinadas... Esta especialización permite abastecer los nuevos, amplios y cada vez más exigentes mercados nacionales e internacionales.

Esta expansión del sector, conocida como "boom del mimbre", atrajo a nuevos trabajadores de Villoruela y de otros pueblos vecinos (Cantalpino, Villoria y Babilafuente), quienes –bajo la guía de algún familiar o de algún experto artesano– aprendieron el oficio y abrieron así una puerta para ganarse la vida. El crecimiento fue continuo hasta finales de los años ochenta, época en la que los mercados comenzaron a saturarse de productos artesanales venidos de Oriente (especialmente de Taiwán, China, Tailandia e Indonesia) a bajos precios, por lo que la artesanía del mimbre comenzó en España un proceso de recesión que aún no ha concluido.

En este apartado dedicado a la artesanía del mimbre y otras fibras vegetales no podemos dejar de mencionar a los fabricantes de sillas de enea que siempre han existido en la comarca de Las Villas. Quedan pocos y ya están jubilados, pero su buen hacer artesanal aún se puede ver en sillas y sillones de muchos de los hogares de nuestros pueblos. Ángel, de Moríñigo, y Felicísimo, natural de Cantalpino y afincado en Villoria, y su hijo, son aún presencia viva de unas gentes que han sabido aprovechar este recurso natural criado en desagües y zonas encharcadas, la enea, para convertirlo en arte al servicio de los hombres



Carpintero

MORÍÑIGO

OTROS OFICIOS La agricultura, la vivienda y los servicios eran tres sectores que generaban en los pueblos diversos trabajos y oficios. En su conjunto, evocan cierto parentesco con los mercados artesanales medievales. Cada oficio tenía perfectamente asignada su tarea y entre todos autoabastecían las necesidades fundamentales del pueblo. En más de un trabajo era necesario el concurso en cadena de varios oficios. Carpinteros y herreros eran de los más solicitados.

La necesidad de responder a las demandas diarias convertía a los artesanos en auténticos especialistas en su materia. Se requería para ello una larga experiencia en el aprendizaje, transmitida generalmente de padres a hijos. Albañiles, carpinteros, panaderos, molineros, zapateros, barberos, sastres, tenderos, hojalateros, parteras, músicos... no son sino un pequeño muestrario de una larga lista de talleres prácticos, en los que se volcaba de forma permanente la sabiduría popular.

El largo y complejo proceso en cualquiera de estos oficios revela todo un profuso mundo artesanal de verdaderos profesionales, entregados en cuerpo y alma a su trabajo. Muchos de sus secretos son todavía hoy celosamente compartidos dentro del ámbito familiar con un alto grado de satisfacción y orgullo. Las escasas personas que continúan en estos menesteres añoran un pasado reciente casi en vías de extinción e ilustran con auténtica emoción y maestría los mínimos detalles de su complejo y elaborado sistema de trabajo.

Junto a esta pléyade de especialistas en los oficios más básicos, necesarios y comunes a todos los pueblos, había también personas innovadoras y emprendedoras, capaces de diseñar nuevos horizontes de futuro. Eran gentes con iniciativa que plasmaban su ingenio en proyectos muy concretos y que dejaron su impronta en la historia particular de cada pueblo. Babilafuente, por ejemplo, aprovechando en parte su estación ferroviaria, desarrolló un pequeño complejo industrial con el balneario, las tejeras familiares y sendas fábricas de ladrillos y de harinas. Tejares y ladrilleras que se dieron también en San Morales y Aldearrubia, pueblo éste renombrado por sus buenos canteros de la piedra de Villamayor. De todos es conocida la singular dedicación del pueblo de Villoruela al trabajo de la mimbre. Los vecinos de Villoria recuerdan todavía al Sr. Raimundo Martín, "Mundo", que dinamizó la vida social del pueblo con un salón de cine y baile y con un tentadero de vaquillas. La familia de "Los Santos", del mismo pueblo, después de emigrar algunos de ellos a Estados Unidos, introdujo la tracción motorizada en la agricultura de la zona y fue también pionera en el transporte de personas y mercancías con "La Rubia".

Son algunos botones de muestra del fino ingenio popular que han dejado huellas imborrables en el perfil social de cada pueblo y que ya forman parte de la historia de sus gentes. Mancomunados por el buen hacer de unas manos hábiles y trabajadas, sus diferentes objetos artesanales, más allá de la utilidad concreta, son otras tantas reliquias de la capacidad creativa de los pueblos, manifestada en la variedad de formas y detalles artísticos



Elaborado de perronillas

BABILAFUENTE

COCINA DE ANTAÑO La cocina tradicional diaria no se prestaba a muchos ensayos y probaturas. La escasez de alimentos y la falta de tiempo no lo permitían. Se abastecía fundamentalmente de los frutos de la cosecha y de los animales criados en casa. La matanza, junto a las gallinas y la leche, constituía el sustento básico de la familia durante la mayor parte del año. Aunque cada familia estaba acostumbrada a sus gustos y sabores caseros, por lo general, los ingredientes de los platos básicos eran bastante comunes en todos los pueblos de la zona. La comida, bastante monótona, variaba sobre todo en los días en que se repicaba fuerte.

Para el desayuno, nada más levantarse, era habitual el rescaño de pan con aguardiente. En la matanza, los hombres solían tomar una buena copa de aguardiente con vainillas, perronillas o mantecadas. En las fiestas y celebraciones especiales, un plato de chanfaina.

Para el almuerzo, sopas de ajo y torreznos, con un huevo para los hombres. A veces se comía farinato y, en contadas ocasiones, patatas cocidas. En la matanza, sopas de ajo con pimentón *colorao* y cominos en una gran cazuela de barro, donde todos metían la cuchara, junto al hígado frito del cerdo, mezclado con la sangre sancochada sobrante de las morcillas.

En la comida de todos los días no podía faltar el cocido. El primer día de la matanza era acompañado de berza, quedando para el día siguiente las sobras y unas ricas patatas con sangre y cominos. Los días festivos eran frecuentes las judías pintas y la tortilla de patatas con ensalada. Otras veces acompañaba al primer plato de menestra una buena paella con pollo –algunas veces con conejo–, jamón, huevo cocido, aceitunas, pimientos rojos y azafrán. El Viernes Santo era costumbre comer huevos rellenos de escabeche o sólo con la yema, el perejil y el ajo.

En la merienda era frecuente el pan con la cebolla; para los más privilegiados había también aceitunas y chorizo. Cuando había huertos se hacía ensalada de tomate y cebolla.

El primer plato de la cena solía ser de patatas, casi siempre solas, y alguna vez de arroz. Para el segundo se recurría a la morcilla, farinato, chorizo o panceta adobada, o a los huevos fritos y a la tortilla de patatas. Ya era menos frecuente el pescado o los guisantes con carne y arroz. La noche de la matanza se cenaba casi siempre pollo o conejo casero y una sabrosa cazuela de "bacalao *rebozao*". Los domingos y festivos se comenzaba con un plato de judías blancas con huevos cocidos picados o bien con oreja reciente, para terminar con el bacalao.

En la repostería, bastante variada, era frecuente el arroz con leche, que se ponía a veces de segundo plato en la cena. Los días de fiesta, natillas o flan. Roscas de sartén, flores y suspiros de monja por Santa Águeda y carnaval. Buñuelos de viento y castañas cocidas o asadas por los Santos. Capones de higo y nueces en Navidad. En la vendimia era típico el arrope: mosto cocido con trocitos de melón, calabaza o higos sin madurar. Se usaba de postre o para merendar, en rebanadas de pan.

Vino, aguardiente mezclado con café y diversos licores de hierbas, todo ello casero, regaban los menús familiares



Matanza

VILLORIA

MATANZA La alegría, el humor y la convivencia en torno al tajo y al calor de la lumbre, penetrados por los fuertes olores de la sangre, las tripas y los adobos, envolvían la ceremonia de la matanza en un misterioso halo de humo y de fiesta. Cada familia del pueblo engordaba uno o dos cerdos para la matanza. Los más antiguos dicen que podía durar hasta ocho días. El número de animales sacrificados ascendía conforme fueran más o menos pudientes los amos. Había casos en que eran degollados un buey o una vaca y hasta diez cerdos, para lo que contrataban otras tantas personas, dirigidas siempre por un *mondonguero*.

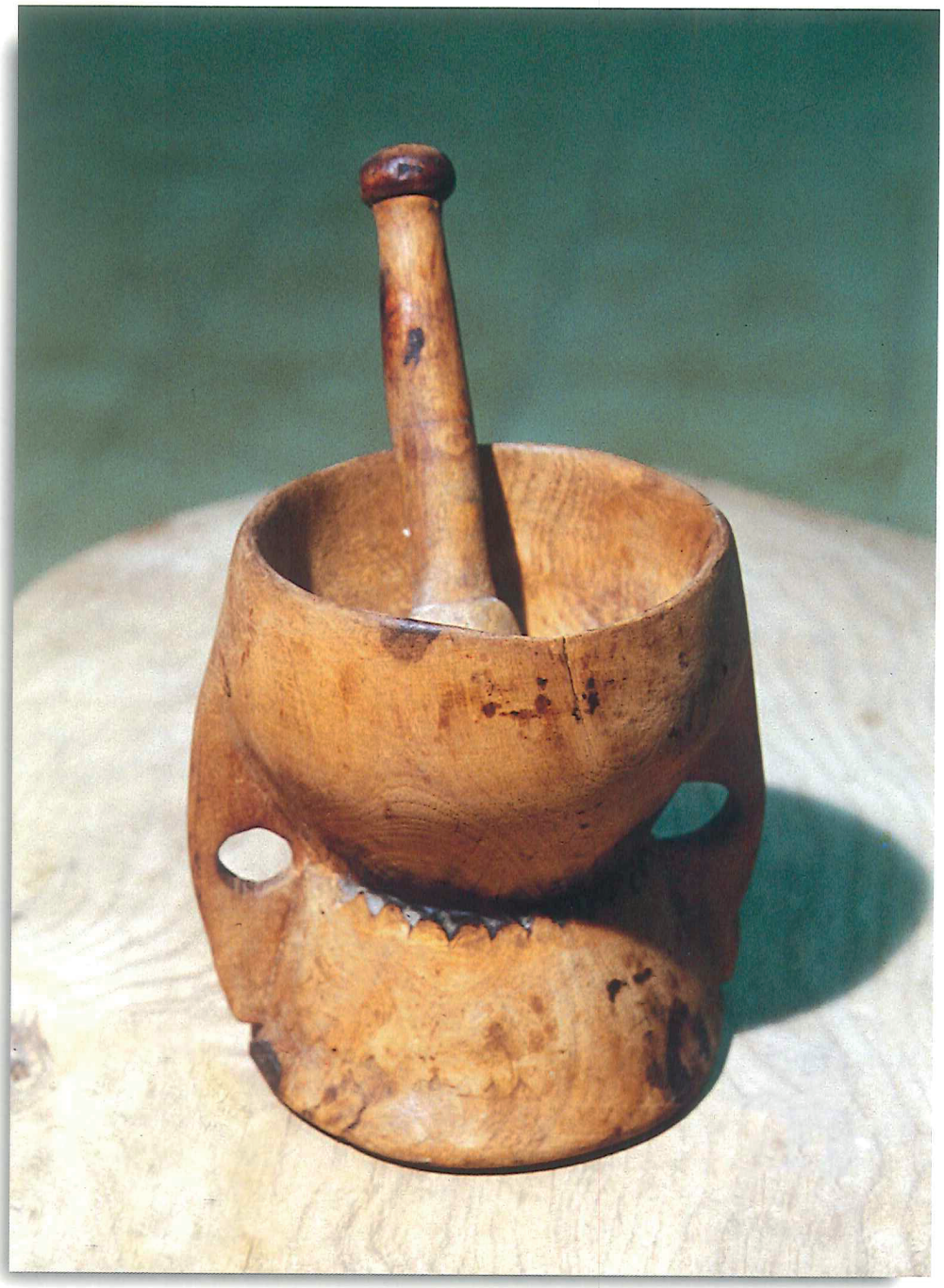
Los cerdos, alimentados durante la primavera y parte del verano en los rastrojos, eran después encerrados en pocilgas y cebados con cereales. Las familias más humildes recurrían a los desperdicios caseros, las mondajas de patatas o los *collarbos* del campo. La víspera era requisito imprescindible tener la pocilga bien limpia y el marrano en ayunas. Al amanecer, acudía el grupo familiar con el tajo y cuchillos en busca del cerdo para sacrificarlo, en el corral o en la calle. Una de las mujeres recogía en un barreño de barro el chorro de sangre moviéndola constantemente para evitar la coagulación y vaciándola después en otro, preparado con el pan hecho sopas para las morcillas. El *caldo baldo*, agua de la cocción de las morcillas, se aprovechaba para el consumo familiar y de los vecinos.

Muerto el marrano y reconocido por el veterinario local, era chamuscado con las pajas de vencejos o las *gamarzas*, mientras las mujeres pelaban los pies, las orejas y el rabo. Una vez bien lavado, era colocado de nuevo sobre el tajo, donde se le abría en canal para sacarle las tripas. Finalmente era extendido sobre una escalera de madera a fin de que, inclinada sobre la pared, fuera expulsando toda la sangre y se enfriara. Era el momento del descanso para el almuerzo.

A continuación los hombres comenzaban a *escarnar* el cebón, al mismo tiempo que las mujeres preparaban y lavaban las tripas. Tras la comida y una buena tertulia de sobremesa, los hombres separaban bien la carne de los huesos. Todo era aprovechado. Los huesos los conservaban metiéndolos en adobo. La carne, una vez clasificada para el chorizo, la longaniza, el salchichón y el farinato, la picaban y metían en su respectiva artesa. Entretanto las mujeres fregaban, embutían las morcillas y arreglaban las carnes antes de dejarlas reposar durante la noche. Se cerraba la jornada con la cena y una pequeña velada, amenizada con historietas, chistes, disfraces y buenos tragos de aguardiente.

Las mismas mujeres se reunían al día siguiente, antes de amanecer, alrededor del brasero de cisco, para embutir las carnes en las tripas y para elaborar el adobo de los lomos, costillas, *picos* y *potras*. Seguidamente los hombres colgaban los chorizos en los sobraos y las mujeres preparaban los farinatos. Tras el reposo de la comida, mientras las mujeres fregaban todos los utensilios –barreños, artesas, máquina de picar y embutir, tajos y demás accesorios–, los hombres preparaban en la caldera la manteca que servía para conservar el embutido en recipientes u ollas de barro y también para hacer los *chicharrones*, las perronillas y los mantecados.

Acabada la faena, sólo quedaba esperar que el *mondongo*, con un "buen tiempo", curase



Mortero

HUERTA

MOBILIARIO Y ENSERES DE LA CASA En la cocina, alrededor de la lumbre, se hacía la mayor parte de la vida familiar. Pero mantener la lumbre de la chimenea llevaba su trabajo. No siempre era fácil disponer de garrobaza, paja de trigo, leña de los pinares y montes, sarmientos y cepas de la vid, etc. para alimentar el fuego. En la chimenea colgaba siempre de los *llares* o cadena de hierro un caldero, donde se calentaba el agua para todo el día y se cocían los alimentos para los animales. Las brasas de la lumbre, avivadas con el fuelle, eran removidas con el badil y las tenazas. En las trébedes de hierro se ponían al fuego diferentes vasijas de barro o porcelana. Unas parrillas y planchas de mano servían para calentar a la lumbre diversos objetos.

Para sentarse junto a la chimenea había unos tajos que hacían de taburetes o bien unos escaños de madera. En el tajador, con la hachilla, se cortaban las carnes. Las sillas y la mesa, llamada tocinera, con un cajón grande para guardar mil cosas, ocupaban un espacio destacado. En la pared, unas alacenas de madera, profusamente decoradas. Las arcas de madera servían para guardar la matanza, el pan y otras muchas cosas. Mientras algunas cocinas tenían fregadero, en el que se colocaban los barreños de cinc, en otras se fregaba la loza en barreños sobre el suelo. Aparte de la llama de la lumbre, la cocina era alumbrada por algún candil de aceite o carburo, por el quinqué, la palmatoria o el farol.

Entre los utensilios de la cocina estaba la vajilla de porcelana y la cerámica decorada; los cubiertos de hierro y alpaca; los pucheros de barro y porcelana; platos, fuentes, largueros, tazas, sartenes de hierro con tres patas; aceitera, mortero, almirez, molinillo, chocolatera, colador, ralladera, espumadera, etc. Tampoco faltaban los moldes para la repostería, el cofre para las especias, el barril, el asador de castañas, la calabaza para llevar la bebida al campo, la romana para pesar en kilos o libras, la máquina de embutir, la artesa para envolver las carnes y amasar, la caldera para los chicharrones... Para amasar, una mesa con torno, artesa, varillas, cedazo y tablas.

En el dormitorio o alcoba la cama solía tener un catre de hierro y un jergón de paja o colchón de lana. Un calentador de cobre, con mango largo, servía para ahuyentar el frío de las sábanas en el crudo invierno. La ropa se guardaba en el arca o baúl. Para lavarse y asearse se usaba el palanganero con su palangana de porcelana o hierro, su respectivo jarro para el agua y el espejo.

La limpieza de la casa requería una serie de productos: jabón hecho con sosa cáustica y grasa de los cerdos; cal para encalar y desinfectar las paredes; piedra y arena para abrillantar las sartenes, cubiertos y pucheros. Los membrillos hacían de ambientador. El laurel y el romero servían para ahuyentar los insectos. Como útiles de limpieza eran usados el baral para desollinar la chimenea, el estropajo de esparto, el barreplatos y la escoba.

Otros objetos caseros eran las cantareras con sus cántaros para el agua y las tinajas de barro, esparcidas por cualquier espacio de la casa



Juego de pelota

ALDEARRUBIA

CALENDARIO AGRÍCOLA Y FESTIVO Para el agricultor, el ciclo natural del año se abría y cerraba con el otoño. Era la estación en que se hacía la sementera temprana de las lentejas, algarrobas, centeno, trigo y cebada, y en la que se recogían los últimos frutos de la cosecha con la vendimia. Decían los antiguos que las espigas tenían una *carrera* más si se sembraba el trigo el día de Santa Teresa y la cebada en la semana de las ánimas. La vendimia tenía lugar en torno a San Miguel, a finales de septiembre.

Las lluvias y heladas del invierno paralizaban casi por completo las labores del campo. Los labradores salían a los montes y pinares de alrededor para acarrear leña o recoger retamas y gamarzas. No sólo para calentar el hogar y defenderse del crudo invierno, sino también para alimentar el horno del panadero, donde llevaban el pan amasado en las casas. Era también la época oportuna para preparar convenientemente las herramientas que se utilizarían durante el año.

La primavera exigía la escarda y la siembra tardía de los garbanzos, guisantes y avena, así como la preparación de las huertas y los primeros riegos con los cigüeñales y, más tarde, con las norias. En el verano se multiplicaban las labores y era necesario contratar a temporeros de fuera para la siega y la recolección. Y es que muchos del pueblo habían tenido que emigrar ante la escasez de trabajo durante el resto del año.

Pero el hombre del campo, plenamente identificado con su trabajo, sabía también disfrutar de la vida. Acabada la vendimia, con las bromas juveniles de los populares lagarejos, comenzaban a preparar en casi todos los pueblos a finales del otoño y durante el invierno obras de teatro para ponerlas más tarde en escena en fechas o fiestas principales. La cultura popular era eminentemente comunitaria. Igual que la lumbre de la chimenea de campana acurrucaba en las noches frías a todos los miembros de la familia, así también el escenario convocaba a todo el vecindario para disfrutar de unos momentos colectivos inolvidables. Se pasaba revista pormenorizadamente a la vida diaria del pueblo en muchos "mentideros públicos". Aparte de las tabernas, las tiendas y los corrillos de las esquinas, dos eran respectivamente los espacios más propicios y habituales para el comadreo de las mujeres y el chismorreo de los hombres: los lavaderos y la fragua.

La obligación de la misa dominical al son de las campanas facilitaba de forma habitual el encuentro posterior de todos. Más allá de su sentido religioso, constituía sin duda el acto social más relevate de la semana. Junto a esta cita semanal, el agricultor esparcía también su calendario de fiestas, especialmente en el invierno, para acompasar el trabajo con el tiempo libre y expresar así su cultura y sentido de la vida sin demasiadas líneas fronterizas entre lo profano y lo religioso. El calendario agrícola y festivo marcaba de este modo el ritmo cotidiano y manifestaba el sentir de sus gentes. Era como una liturgia o escenificación permanente en la que iba mostrando gradualmente los repliegues y matices más íntimos de su alma popular



Viacrucis del Viernes Santo

VILLORIA

FIESTAS POPULARES Trabajo y fiesta, las dos caras de la moneda. Para el hombre del campo, acostumbrado al sol, el viento y la lluvia, la tierra es como el espejo del alma. Abre el surco y sueña caminos. Arroja la semilla y siembra el corazón. Entierra sudores y esfuerzos, y fructifican espigas y esperanzas. Inmerso en el rito anual de la tierra, celebra sus tristezas y alegrías. Cuando la tormenta arrasa la mies, se le parte el alma. Cuando recoge los frutos, bendice el pan de la vida. Lamenta y llora, ríe y canta. Lee e interpreta en los ciclos de la naturaleza los sinuosos procesos de su propia historia.

En la fiesta aparca el labrador penas y calamidades, surcos y luchas. Descorcha el vino y la alegría, acoge y hospeda. Todos tienen cabida en el espacio abierto de la plaza y en la mesa redonda de la casa.

Múltiples y recurrentes son las llamadas para invitar a la fiesta. La experiencia del propio desarrollo personal: bautizos, primeras comuniones, bodas y entierros le acompañan desde su nacimiento hasta la muerte. Alentado por su hondo sentido religioso, el hombre rural acoge también de buen grado el calendario litúrgico oficial, sobre todo en los momentos estelares de la Navidad y la Semana Santa, si bien los tamiza e interpreta desde su peculiar experiencia religiosa. No sólo eso. Complementa y compagina las fechas establecidas con las de su propio calendario local.

Cabe reseñar, como pequeños mojones que señalizan la marcha y el ritmo colectivo de estos pueblos, algunas de las fiestas más importantes. En enero los Reyes y San Antón (fiesta de los Quintos). Febrero trae a San Blas, las Candelas, Santa Águeda (patrona de las mujeres casadas) y los Carnavales. En marzo y abril San José y las tradiciones populares de la Cuaresma y la Semana Santa. Entre San Marcos (25 abril) y la Santa Cruz (3 mayo) las rogativas por los Buenos Temporales. En mayo, además de ser el mes de las flores, dedicado a la Virgen, está San José Obrero, el jueves de la Ascensión y San Isidro (patrono de los labradores). En junio el Corpus, el Sagrado Corazón y San Pedro. En julio Nuestra Señora del Carmen y Santiago Apóstol. En septiembre la Virgen de la Vega. En octubre la Virgen del Rosario, Nuestra Señora del Pilar y Santa Teresa (patrona de las jóvenes). En noviembre los Santos y las Ánimas. En diciembre la Inmaculada y la Navidad.

Aparte de todo ello, una forma de estrechar los lazos de pertenencia y comunión con el respectivo pueblo ha sido siempre la solemne y ceremoniosa celebración de las fiestas patronales. En la actualidad, si bien no siempre se respeta la fecha original, se festeja el patrocinio de los siguientes santos: la Asunción (Aldearrubia), San Bartolomé (Huerta y San Morales), San Roque (Babilafuente), Santiago Apóstol (Cordovilla), Santo Domingo de Guzmán (Encinas de Abajo), San Antonio de Padua (Moríñigo), la Virgen de la Vega (Villoria) y el Cristo de la Esperanza (Villoruela)



Dengue (detalle)

VILLORUELA

INDUMENTARIA TRADICIONAL A diario, el hombre llevaba un pantalón de pana negra o parda. La camisa de sarga y confeccionada en casa, con tirilla y canesú, muy ancha. El chaleco, casi siempre del mismo corte, era de tejido más o menos fuerte dependiendo de la estación. Blusa muy ancha o blusón, en lugar de chaqueta, con bolsos al biés (los mayorales y terratenientes llevaban chaquetas cortas, ceñidas al cuerpo, sin solapas, utilizando en invierno tabardos o anguarinas, resistentes al agua y al frío). En la cintura, una faja de tela sin adornos, que daba tres vueltas a ésta y terminaba en flecos. Medias gordas de lana, generalmente blancas. Calcetines de lana tejida en casa y encima de éstos medias de peal. Para calzado, las albarcas sujetas con correas. La boina para la cabeza, y en verano el sombrero de paja con pañuelo al cuello.

El atuendo festivo era similar al de diario, aunque con tejidos más finos. La camisa con tirilla estrecha a la caja. La chaquetilla podía ir pespunteada, con brocados en terciopelo, totalmente ajustada al cuerpo. La faja iba bordada en colores, igual que el chaleco, con abalorios en algunos casos y pasamanería en otros. Las medias en este caso eran negras, con dibujo de espiga en los laterales y adornándose con vistosas ligas por debajo de las rodillas. Para el frío, capa o capote; este último con la esclavina más grande y de paño más burdo. En la cabeza o cuello, pañuelo denominado de hierbas, y gorrilla. Para calzar, las botas.

La mujer vestía a diario camisa muy larga, jubona o justillo bien pegado al cuerpo y chambra blanca. La falda plisada, larga hasta los pies, en telas de piqué o muletón. Enagua blanca de lienzo y, debajo de ella, el pelele o pololo abierto, en telas muy finas. Mandil muy largo y grande con faltriquera. Dependiendo de la época, solía llevar un pañuelo o un mantón de merino cruzado al pecho. Medias negras de algodón o lana. Como calzado, zapatillas. En casa usaba la toquilla de lana sobre los hombros, negra y redonda. Para ir al campo se ponía un sombrero de paja muy adornado y un pañuelo que le cubría gran parte del rostro. En la iglesia, con mantilla o mantillina de rocador.

Para las fiestas llevaba el típico traje de charra, de hace ya unos doscientos años, si bien la aldeana vestía una saya roja pintada y pañuelo de Ramos; el traje de las mayores era de color negro. Rojo el manteo de las jóvenes, con abalorios, felpillas o sedas (en las mantitas de "acristianar" a los niños se encuentran idénticos motivos que en los manteos de las jóvenes o zagalas). En el dorso, camisa galana con dengue. Chaleco bordado o jubona. Zapatos cuidadosa y minuciosamente elaborados, bordados en seda o terciopelo, o troquelados con preciosas figuras. Pendientes de anillos o bien de tres gajos, de almendra y aljófar. El pelo siempre recogido. Del moño, llamado de picaporte por su forma y más alto que en el resto de las mujeres de la provincia, colgaban bonitas cintas. El tocado llevaba a veces un pañuelo de telas finas y tules



Las Villas a los pies del Mirador de Las Fuentes

BABILAFUENTE

PATRIMONIO MEDIOAMBIENTAL Y HUMANO

EL PAISAJE Cordovilla es el balcón de esta zona. Desde él se divisan todos los pueblos asentados en una amplia llanura: Villoruela al fondo, a la derecha según miramos a la vega, como recostada en la pequeña depresión de *El Mirador*, que delimita esta parte de la provincia con la de La Armuña. Más a la derecha, al este, Villoria, abierto hacia tierras de Cantalpino y Poveda de las Cintas siguiendo el eje de la carretera comarcal Encinas-Cantalapiedra. A los pies de Cordovilla está Moríñigo, surcado por la vía Salamanca-Ávila-Madrid, huérfano de árboles como la propia Cordovilla. Los términos municipales de ambos pueblos miran hacia la comarca de Peñaranda. Justo de frente, a un kilómetro de Moríñigo, Babilafuente, cruce de carreteras y caminos agrícolas que comunican la zona entre sí, coronado al norte por el montecillo de *Las Fuentes*, donde se asienta entre encinares, pinos y álamos el famoso balneario de aguas medicinales. A la izquierda de Babilafuente, en dirección a las torres altas de la catedral de Salamanca, Encinas: su casco está como crucificado entre el brazo verde y frondoso del río Tormes y el gris oscuro de la carretera nacional Madrid-Salamanca. Siguiendo el costurón verde del Tormes, en el mismo recodo que el río hace para girar hacia el oeste, camino del mar, se asienta Huerta, cuyas casas se bañan temerariamente en sus orillas. Más abajo, a la izquierda, San Morales nos acerca hacia tierras de la comarca de Salamanca. Al fondo del todo, al norte de la zona, como escondida en las faldas del pequeño cerro que viene de Gomecello, se encuentra Aldearrubia, pueblo abierto hacia La Armuña por la carretera de Hornillos.

El paisaje de la zona, visto desde este mirador de Cordovilla, está básicamente conformado por tierras de labrantío, antaño de secano, cuyos colores seguían el ciclo de los cereales y las legumbres. Hoy los canales de regadío dividen cromáticamente el año en dos: colores pardos, rojizos y grises en invierno, cuando las tierras y los árboles descansan; verdes y amarillos en distintas gradaciones a lo largo de las otras tres estaciones. Paisaje áspero, suavizado ahora por la permanencia de la lluvia del regadío, pero de extraordinaria calidad cromática por la intensidad de la luz.

En las tierras altas de Babilafuente y Villoria hay pequeños manchones de monte de encinas y sobre todo de pinares, restos de las grandes extensiones arbóreas de la época medieval que unía estas tierras, por Cantalpino y Cantalapiedra, con Medina del Campo, Madrigal de las Altas Torres y Arévalo. Las arboledas del cauce del Tormes y sus alrededores, frondosas o desnudas, verdes o grises, señalan también en la zona el ritmo de las estaciones.

A las espaldas de Cordovilla, al otro lado de la carretera de Madrid, se extiende la llanura del sureste salmantino y tierras de Ávila que son coronadas por la cordillera del Macizo Central y la sierra de Gredos, altas montañas perfectamente visibles y cercanas en días claros que presiden desde la lejanía con sus pinceladas de nieve el paisaje plano de esta zona de Las Villas



El río Tormes, padre y protector de Las Villas

HUERTA

EL RÍO TORMES El Tormes es el gran padre de Las Villas. Todos los pueblos, en mayor o menor grado, han estado y están relacionados e influidos por él. Antes, porque todos se acercaban a la *Aceña* o molino –situado entre Encinas y Huerta, hoy rehabilitado– a moler trigo para el pan y cebada para los piensos. Incluso de Villoria y Cordovilla, que son los pueblos más distantes; lo mismo que a lavar las ropas y a bañarse las pandas de mozalbetes en el buen tiempo. Sin olvidarnos del menester de pescar. Hoy, porque los dos canales de riego que fecundan la zona y la hacen próspera nacen de él y a él vuelven en un retorno agradecido. Ecológicamente el río aporta una gran variedad de especies, tanto de flora como de fauna (peces y aves), además de dulcificar un tanto con sus arboledas la aridez y sequedad de las llanuras castellanas de esta vega.

Lógicamente el pueblo que más ha sentido la influencia del Tormes ha sido Huerta, asentado, al igual que varias villas romanas en la antigüedad, a los pies del río para beneficiarse de sus aguas y sufrir también las embestidas de sus inundaciones. Hasta la construcción del pantano de Santa Teresa que ha regulado las aguas, era frecuente la estampa del río inundando las calles y los sacos terreros defendiendo las puertas de las casas para frenar la entrada del agua. En antiguos documentos sobre el pueblo se habla en varias ocasiones de catastróficas crecidas, destacando la de San Policarpo, que arrasó el pueblo entero. Las personas mayores actuales recuerdan con estremecimiento sucesivas crecidas en los años 1936, 1944 y 1962, en algunas de las cuales el agua –en su altura– llegaba hasta la maza de los carros, aunque otras de menor intensidad.

Pero no sólo daba sustos el Tormes: era y es fuente de riqueza. Las tierras de su vega son ricas y feraces. El regadío en Huerta viene de tiempo inmemorial. Hasta la llegada de los motores, se regaron las huertas, muy numerosas, con el método de las viejas norias movidas por caballerías. Luego, en la década de los sesenta, se usó el sistema de las torretas de cemento, del cual aún quedan varias reliquias sin uso: el motor sacaba el agua y la elevaba a una torreta. De ella, por el efecto de los vasos comunicantes, se extendía a las tierras cercanas. Hoy, gracias a los dos canales, todas las tierras del municipio son de regadío.

El río ha sido también fuente de otras actividades complementarias para el pueblo: la pesca de truchas, barbos, gallegos, tencas, cangrejos, etc., ha dado tradicionalmente comida para todas las familias y trabajo permanente a algunas de ellas. El agua para beber se cogía del mismo río o de las fuentes que nacían a su vera. La primera electricidad que tuvo el pueblo se generaba en un pequeño salto que hubo hasta los años sesenta en la *Aceña*.

El puente actual que une una margen con otra es relativamente reciente: del año 1970. Antes todo el transporte de personas, animales para el laboreo, cargas y mercancías se hacía con barcos sin motor conducidos por varales y la fuerza de los brazos. Así que todas las familias tienen recuerdos y anécdotas que se han ido transmitiendo oralmente sobre naufragios, cargas que se iban al fondo, animales y yuntas arrastrados por la corriente, incluso desgracias personales



La Fuente del Caño (Siglo XVI)

VILLORUELA

LAS FUENTES Toda la zona es rica en manantiales. Y muchos de saludable calidad. En ellos, antaño, saciaban la sed hombres y animales durante las largas horas de trabajo en el campo. Cada uno de los pueblos de Las Villas tiene numerosas fuentes repartidas por distintos pagos. Las familias tenían cada una sus preferencias por una u otra fuente. Y si era cercana al pueblo, allá se iban, normalmente las mujeres, con sus cántaros de barro a la cadera o sobre la cabeza para el acarreo. Si estaba lejos, se utilizaban burros con serones de esparto, alforjas de tela o aguaderas de mimbre.

La tradición ha ido estableciendo en cada pueblo una escala o jerarquía de calidad entre sus distintas fuentes que se sigue respetando en la actualidad, allí donde han persistido las tradicionales –Aldearrubia, Fuente *Tiedra*; Villoria, Fuente de *Alba*–, porque en otros pueblos han desaparecido, bien por abandono –Fuente *Fray Junel*, de Villoruela–, bien porque las excavaciones del canal nuevo han desviado o enterrado las aguas –como la de *La Quinta*, en Cordovilla–.

Pero sin duda la fuente por antonomasia de la zona, por su fama, es la de *El Caño* de Babilafuente, situada en el montecito conocido precisamente como *Las Fuentes*. Ya Torres Villarroel, en 1752, escribió un librito titulado *Sobre las virtudes medicinales de las aguas minerales de la Fuente del Caño de Babilafuente*. En esos años tenían fama por los alrededores de ser aguas que curaban o al menos aliviaban "las hipocondrias, opilaciones, males de piedra y de orina". El mismo Diego Torres Villarroel hizo analizar las aguas en la Cátedra de Medicina de la Universidad de Salamanca y sistematizó sus propiedades, enfermedades a curar y algunas instrucciones para pacientes.

Parece ser que fue a finales del siglo pasado cuando tras nuevos análisis sobre su composición y propiedades curativas, se estableció el pequeño balneario que tras sucesivas remodelaciones conocemos hoy y sigue abriendo sus puertas en el verano a cuantos *agüeros* –término con el que conocían los vecinos de Babilafuente a quienes acudían a tomar las aguas– se quieran acercar a él.

En la actualidad la original *Fuente del Caño* ha sido enriquecida con otros manantiales próximos que son los que surten al actual balneario y su planta embotelladora. El agua de estas fuentes se sirve como agua de mesa en tiendas, bares y restaurantes de nuestra provincia y limítrofes. De los mismos manantiales del paraje de *Las Fuentes* el Ayuntamiento bajó hasta el pueblo el agua que gratuitamente es acarreada por vecinos y numerosísimos visitantes que se acercan a Babilafuente precisamente por sus aguas medicinales



La desnudez del invierno vestida de nieve

ALDEARRUBIA

EL INVIERNO En estas tierras castellanas de inviernos duros y duraderos la imagen de esa época del año que más recuerdan los mayores es la escena familiar nocturna alrededor de la lumbre de leña, paja o garrobaza en las viejas cocinas de campana. Era el gran sacramento familiar, el momento en que padres y abuelos contaban las viejas historias y trasmitían a las generaciones jóvenes tradiciones y costumbres. Solían hacerlo, muchas noches, mientras se limpiaban sobre la mesa de la cocina las alubias, lentejas o garbanzos que se iban a comer al día siguiente; o mientras los muchachos hacían los deberes escolares guiados normalmente por el padre que enseñaba a manejar la cartilla de las primeras letras y a realizar las primeras cuentas. Los días eran cortos y muy largas las noches, que daban mucho de sí.

En el invierno las labores del campo casi se paralizaban, tanto si helaba –la mayoría de los días–, como si llovía. Las horas del día se dedicaban a otros menesteres: acarrear leña del monte o de los pinares, los que tenían partes en ellos, y los que no, a recoger retamas o gamarzas por el campo. El relativo descanso se empleaba también en realizar reformas o arreglos en cuadras y tenadas, en reparar los aperos y herramientas utilizados durante el año, bien en casa o en la fragua, lugar de animadas tertulias porque allí solían herrarse los bueyes.

Una fecha sagrada en el calendario invernal era la de la matanza. Solía comenzar en torno a San Martín (11 de noviembre), según ha quedado esculpido en el viejo refranero –*A todo cerdo le llega su San Martín*–. Se hacía en invierno para que el frío ayudara a la conservación de las carnes y la curación del chorizo y los farinatos. El largo ritual de la matanza ya quedó descrito en páginas anteriores, por lo que aquí simplemente recordamos que ocupaba varias fechas del invierno, así como su carácter de fiesta familiar donde se compartían trabajos, jolgorios, mondongos y probaduras.

Otra escena invernal que recuerdan con mucha intensidad las mujeres de Huerta, Encinas, San Morales, incluso las de Babilafuente, era la de las laboriosas tareas de lavar la ropa en el Tormes, muchos días helado. Tenían que comenzar rompiendo el hielo de las orillas. Trabajo duro porque debían transportar al río además de la ropa los bártulos de lavar: la tajuela, el lavadero y el estrado, una como estera de mimbre sobre la que se arrodillaban las mujeres para defenderse de las humedades. Quienes iban de los otros pueblos a lavar a Huerta solían hacerlo en grupo y dulcificaban las horas con jolgorios y chanzas, habitualmente sobre los maridos.

También se recuerdan como distintivo de los inviernos de antes las grandes nevadas que caían. Paralizaban totalmente la vida de los pueblos durante varios días. Luego, a mano, se iban haciendo estrechos pasadizos en las calles para que los animales pudieran salir a beber agua, y los críos a la escuela, y las señoras a las tiendas, hasta que se recobraba la normalidad



Estalla de colores la primavera

BABILAFUENTE

LA PRIMAVERA A finales de febrero las flores tempranas del almendro en las laderas de *Las Fuentes* eran como un grito que ponía en movimiento plantas, animales y personas. La naturaleza despertaba con ellas del largo invierno. Así era en aquellas culturas agrarias absolutamente gobernadas por las estaciones. Nuestros pueblos giraban exclusivamente en torno a la agricultura, por eso sus ritmos de vida dependían de la naturaleza. Hoy la diversificación de trabajos y ocupaciones –albañiles, servicios, estudiantes, trabajos en la ciudad– han hecho cambiar el estilo de vida de nuestros pueblos. Hasta en el sector agrícola: la moderna mecanización y la presencia de nuevas semillas y cultivos permiten ritmos de trabajo diferentes.

Antes, la primavera era el momento de sembrar los garbanzos, los guisantes, la avena, de preparar los pocos huertos que había. Los huertos familiares han cumplido en estos pueblos, sobre todo al terminar la guerra civil, una finalidad de subsistencia: ajos, cebollas, judías verdes, tomates, lechugas, escarolas, patatas, etc., junto con las legumbres, permitían a las familias pobres la comida de muchos días del año.

Con la primavera, los cereales que habían estado retenidos por los hielos del invierno pegaban un estirón "con las lluvias de abril y el sol de mayo" y había que escardar y limpiar malezas a mano. Aumentaban los trabajos. La zona entera cambiaba la cara: la columna zigzagueante del Tormes se vestía de los verdes suaves de los chopos y de los alisos; las tierras de labor, praderas, lindes y cuestas se llenaban de rojas amapolas, de magarzas y manzanilla. Comenzaba el apareamiento de las aves. Y el canto del cuco. Y el croar de las ranas en las charcas (muy numerosas, quizás por la proximidad del río), y las persistentes sinfonías de los grillos.

Por primavera alta (15 de mayo), la fiesta de San Isidro Labrador marcaba un hito en aquella cultura agraria de antaño. Todo el pueblo hacía fiesta con una misa solemne y procesión del santo entre cantos y bailes. Al terminar, perronillas y concursos de arada. En muchos pueblos solía ir unida a otra ceremonia religiosa: la bendición de campos. Se sacaba al santo en andas, a hombros de agricultores, hasta las primeras tierras de labor y allí el sacerdote rociaba con agua bendita los cuatro puntos cardinales como gesto de acción de gracias por los dones de la tierra y plegaria por una buena cosecha. Hoy en estos pueblos siguen haciendo la tradicional fiesta de San Isidro únicamente los agricultores, que ya no es sector mayoritario de la población, como entonces



Llega la hora de la siega

CORDOVILLA

EL VERANO Hasta los niños trabajaban durante el verano en las tareas de la recolección. De *trilliques* (horas y más horas subidos en los trillos tirados por bueyes dando vueltas y vueltas a la trilla) y de *rapaces*, para llevar la comida a los segadores o a los de la era, y para agavillar o espigar lo segado. Les tocaba también –incluidas las niñas– realizar labores de guarda y vigilancia en las viñas y melonares. Y en Villoria y Huerta regar los huertos familiares.

Eran tantas las faenas y tan duras que había para todos, mayores y pequeños, hombres y mujeres. Y se trabajaba incluso en domingo, con los debidos permisos eclesiásticos, para proteger cuanto antes las cosechas de los temporales de agua y de los pedriscos. Sólo eran días de descanso las fechas de las fiestas patronales que caían en pleno verano: Santiago en Cordovilla, el 25 de julio; Nuestra Señora de la Asunción en Aldearrubia, el 15 de agosto; San Roque en Babilafuente, el 16 de agosto; San Bartolomé en Huerta y San Morales, el 24 de agosto.

Solían comenzar las labores de la recolección por San Antonio (13 de junio) con el arrancado de la lenteja y la siega de las algarrobas. Luego se segaba la cebada, el trigo, el centeno y los garbanzos. La época de siega –segar, agavillar, atar– duraba entre treinta y cincuenta días. Y era tarea exclusiva de las cuadrillas de segadores. Algunas de estas cuadrillas estaban formadas por obreros del pueblo, otras venían de fuera, de la Sierra, de Extremadura o de Galicia. De algunos de nuestros pueblos –Villoruela– salían también cuadrillas para segar fuera de la zona. Trabajaban de sol a sol, doblados sobre los surcos de mieses, con un sombrero de paja en la cabeza, camisa de manga larga, pantalones de pana, albarcas, la hoz en la mano derecha y unos dediles de cuero para defender la izquierda. Comían y dormían en las tierras. Un *rapaz* o *pigorro* les llevaba la comida desde el pueblo a lomos de burros.

Después de la siega las mieses se acarreaban con aquellos lentos carros de bueyes hasta la era. Allí se extendían en una amplia parva y se trillaban al ritmo cachazudo de los bueyes; más tarde de las mulas. Una vez trillada la parva, se recogía con la cambiza y posteriormente se beldaba. Durante siglos se ha beldado a mano: con los bieldos y la ayuda del aire se separaba el grano de la paja. Luego aparecieron las máquinas para segar, para trillar, para limpiar. En estos pueblos esa primera mecanización de las faenas de la recolección se produjo sobre el año 1958; los primeros tractores en torno a 1962-1963.

Durante el verano todos los obreros encontraban ocupación. De segadores o temporeros (para las tareas de la era). Y trabajaban a soldada. La temporada del verano solía durar, según años, entre cincuenta y sesenta días. Y lo que venía a ganar un obrero en ella, como cantidad indicativa puesto que había variaciones según casas y diferentes contratos que incluían o no las comidas, podía rondar las dos mil o tres mil pesetas en los años del cuarenta al cincuenta. Después del verano, el trabajo se terminaba para muchos y tenían que emigrar bastantes de ellos



Los árboles prenden de amarillo los otoños

HUERTA

EL OTOÑO Con el final del verano la vida volvía a su normalidad: los niños a la escuela y los mayores a cambiar de tareas. Si llovía en septiembre, enseguida se empezaban a arar las tierras para prepararlas a la siembra de los cereales mientras las arboledas del Tormes se pintaban de oros y amarillos.

Por San Miguel llegaba la vendimia. Estos pueblos han tenido importantes extensiones de viñedo. Los viejos agricultores hablan de 500 hectáreas en Babilafuente, toda la parte alta del término, subiendo hacia *Las Fuentes*. En el resto de los pueblos de Las Villas proporcionalmente igual. Rara era la casa de agricultores que no tenían su viña. Para el consumo de uvas –que extendidas en el piso o colgadas en los sobraos duraban hasta las Navidades– y para el gasto familiar de vino durante el año.

La vendimia era también tarea en la que participaban, entre bromas, cantos y jolgorios comunales (los famosos lagarejos de mozos a mozas: restregar un racimo de uvas en la cara de la moza que quedaba obligada a dar un beso al mozo), todos los miembros de la familia. Incluso se juntaban varias familias. Llegadas las fechas de la maduración de la uva –finales de septiembre o principios de octubre– las cuadrillas de vendimiadores iban cortando vid a vid los racimos y echándolos en los cuévanos de mimbre que los mozos llevaban a hombro hasta los cestos, también de mimbre, que estaban sujetos en los carros de bueyes o de mulas. Luego se transportaban hasta el pueblo y se vaciaban en los lagares de las bodegas. Incluso en burros, con dos cestos en los lomos, se traía la uva desde los majuelos.

El proceso de elaboración del vino era común en todos estos pueblos: la uva se pisaba o prensaba para lograr el mosto que iba a parar a los pilones del lagar. Desde allí se trasegaba en pellejos de cuero a las tinajas o cubas convenientemente lavadas con sosa y preparadas cada temporada. En ellas el mosto sufría el proceso de fermentación durante el cual no se podía entrar en las bodegas por el peligro de asfixia. Hoy, apenas han quedado como reliquias dos o tres viñas por pueblo, en algunos ninguna. Pero son varias las personas que añoran el viejo proceso artesanal de la elaboración del vino y compran uvas en zonas vinateras de Valladolid o Zamora, la traen, la pisan y realizan todo el viejo proceso que ellos mismos realizaron antaño, o lo vieron hacer a sus padres y abuelos.

El otoño era también la época de la sementera. Primero las lentejas, luego las algarrobas, el centeno, el trigo y la cebada. Por estos pagos existía la costumbre de sembrar la mejor tierra de trigo el día de Santa Teresa (15 de octubre), y las de cebada en la semana de las ánimas (en torno al uno de noviembre). Decían los antiguos que luego tenían las espigas una carrera más de granos. Toda la siembra se hacía a mano, *a voleo o chorrillo*. A finales del otoño y principios del invierno se hacía la tarea de *aricar*, que consistía en pasar un arado suave, de poca profundidad, por las tierras sembradas y recién nacidas para quitar malas hierbas. "El que arica en adviento, arica y escarda al mismo tiempo", se decía



Los girasoles multiplican el sol en las tierras

BABILAFUENTE

CULTIVOS Estas tierras de Las Villas han sido tradicionalmente tierras de cereales, leguminosas y unas pocas patatas, viñas y hortalizas para el consumo familiar. Hasta que llegó el regadío: primero con el canal llamado de Babilafuente, canal antiguo, de hace unos treinta años, que comenzó a regar parte del término de Encinas, Cordovilla, Moríñigo, Babilafuente, Huerta, Aldearrubia y San Morales. Posteriormente (años 1987-1988) comenzó a funcionar el nuevo canal de Villoria, moderno y con mucha mayor capacidad, que riega tierras de todos los términos de los pueblos de Las Villas. El riego produjo un cambio cualitativo en los cultivos de la zona.

Antes del primer canal los cultivos fundamentales eran el trigo (el más sembrado hasta los años 1966-1967) y la cebada, que venían a suponer hasta un 80% de lo que se sembraba. El resto de las producciones eran para las leguminosas –lentejas, garbanzos, algarroba–, la avena y el centeno. Sin olvidar la vid, que en todos estos pueblos tenía una implantación suficiente para el consumo familiar de uvas y vino. Otra pequeña parte había que dejarla de barbecho (un año de descanso tras dos, tres o cuatro de producción). Habría que añadir otros pequeñísimos cultivos de hortalizas en los llamados huertos familiares, extendidos en casi todos estos pueblos, que después de la guerra tuvieron una función importante y hoy ha quedado como pequeño complemento, capricho o entretenimiento, sobre todo de personas mayores.

Con la entrada en funcionamiento de los canales, la mayoría de las tierras, las mejores, las de la vega, se reconvirtieron en regadío y demandaron otros cultivos que resultaban más rentables, aunque se siguen manteniendo los cereales en las zonas de secano, más un cultivo nuevo, el girasol, cuyo volumen de siembra ha ido variando con los años según sus precios en el mercado o las subvenciones asignadas.

El cultivo de regadío más estable y que más ha caracterizado a esta zona en los últimos treinta años ha sido el de la remolacha. Su extensión ha llegado a ser del 70% de las tierras regadas. La imposición de cupos restrictivos por parte de las industrias azucareras ha reducido en los últimos tiempos la plantación de remolacha en beneficio de la patata –con los peligros de la irregularidad de sus precios según campañas– y del maíz.

Un factor decisivo en la evolución de la agricultura de la zona y en el rendimiento de los cultivos es el de la mecanización. De las manos del agricultor esparciendo a voleo la semilla se pasó a la máquina de sembrar, y de cosechar, y de recoger remolacha o patatas. De la mole de carne de aquellos bueyes de arrastre, o posteriormente de las mulas, al tractor. Las máquinas han multiplicado las producciones, han hecho menos duras las tareas del campo. Pero también son responsables de la salida de nuestros pueblos de un buen número de trabajadores, obreros o pequeños propietarios que buscaron cobijo en zonas industriales o en la emigración hacia otros países



Hermosa flor que llama la atención de los viandantes

PLANTAS SILVESTRES Antes, el permanente contacto con la naturaleza hacía de los habitantes de nuestros pueblos verdaderos conocedores de la enorme riqueza de plantas silvestres a las que daban usos varios, tanto en la cocina (como alimento o como condimento), como con finalidad medicinal. El libro *La Villa de Babilafuente* recoge en un apéndice final de cinco páginas un largo listado de plantas medicinales recolectadas en estos pueblos, descritas con un lenguaje entre científico y popular. El listado fue realizado en su día por D. Francisco López García, antiguo farmacéutico de Babilafuente. Termina con este párrafo verdaderamente ilustrativo de aquella vieja cultura agraria:

> En la antigua farmacia de este pueblo existen Recetarios con variadas y curiosas fórmulas elaboradas a base de las citadas plantas, recolectadas a tal fin en este término municipal y en el huerto particular de los propios boticarios dedicados al cultivo de las más esenciales, pues cada Oficina de farmacia era un verdadero laboratorio en el que se extraían los principios fundamentales de la planta con fines curativos.

Y era tradición en estos pueblos la recogida y venta de la manzanilla. Al principio del verano mujeres y niños salían al campo a recogerla. Luego la desecaban al sol sobre esteras a las puertas de la calle. Y posteriormente era vendida a recogedores de fuera. El pueblo entero olía a manzanilla y algunas familias se lucraban con pequeños ingresos.

Todavía hoy hay en cada pueblo –pocas ya, la verdad– personas conocedoras y entusiastas de estas plantas, herederas de aquella sabiduría sobre la naturaleza y el uso práctico de la gran mayoría de sus plantas. Como una muestra de esta sabiduría popular conservada entresacamos algunas plantas de un largo elenco realizado por Antonio García Sierra, de Villoria: tomillo silvestre, amapola, manzanilla, avena loca, cardillos, maruja, berros, quitameriendas, arzolla, barreplatos, espadaña, escaramonjos, escobas de chuchillo, hojas de higuera, juncos, moras de zarza, picos gateros, té silvestre, cardos borriqueros, mastranzos, habas, abogallas, vallicos, sangre de Cristo, pan de Dios o zapatitos del Niño Jesús, anís silvestre, saúco, mierga, grama, raíz de regaliza, acederas, cardo, juncias, centenas, níscalos y corvillo. Describe cada una de ellas y va señalando sus características correspondientes, que en buena medida coinciden con las recogidas en el listado de D. Francisco López García, anteriormente aludido. Es curioso señalar que, a veces, a pesar de la proximidad, el nombre con que se designan no coincide de unos pueblos a otros.

Sigue habiendo familias que usan algunas de estas plantas silvestres recogidas del campo como condimento para guisos, ensaladas, infusiones o ungüentos curativos. Sobre todo la manzanilla. Una afición en alza, traída de otras regiones por quienes emigraron en su día y han regresado, es la de las setas, especialmente los níscalos o nícalos, muy numerosos en los pinares de Babilafuente y Villoria



Avutardas

CORDOVILLA

ANIMALES En la vieja cultura rural había una estrecha convivencia entre el hombre de los pueblos y los animales domésticos, y un equilibrio entre los animales salvajes que poblaban en una gran cantidad de especies nuestra zona y el medio natural.

Con la mecanización del campo, prácticamente desaparecieron los animales domésticos: bueyes, mulas, caballos, burros... que fueron fieles y sufridos colaboradores del hombre. Lo mismo hay que decir, por razones económicas e higiénicas, de las cabras que cada familia tenía –una o dos– para abastecimiento de leche; y del cerdo que se criaba cada año con esmero y que ofrecía una fuente alimenticia de primer orden. Al igual que gallinas y conejos, habitantes asiduos de los viejos corrales, que solucionaban a las familias con sus huevos y carnes gran parte del comer diario y festivo. Quizás las gallinas aún subsisten en algunos corrales, en números muy reducidos, por aquello de comer "huevos y pollos de corral". Sí hay en la zona –es la otra cara del cambio producido– varias instalaciones para la producción industrial tanto de conejos como de gallinas y cerdos. Así mismo se han mantenido y potenciado en número de cabezas los rebaños de ovejas.

Respecto de los animales salvajes –aves y peces incluidos– hay una alarmante disminución en los últimos tiempos. Es una conversación que ahora se escucha con frecuencia en los pueblos: ya no hay los pájaros que había antes, ni las ranas en las charcas, ni los peces, ni las codornices... ¿Por qué razones? Los expertos en medio ambiente señalan como factores más importantes el empleo masivo de pesticidas, la sobreexplotación de acuíferos, la introducción de especies foráneas en el Tormes (lucios y cangrejos rojos), la caza y pesca abusiva (enorme incremento en los últimos años de cazadores y pescadores, empleo de venenos), los vertidos incontrolados en charcas, canales y río, y cambios metereológicos a consecuencia de la contaminación.

De las 412 especies de vertebrados que hay consignadas en Castilla y León, 278 aparecen en el Catálogo Nacional de Especies Amenazadas. Y de estas últimas más de un centenar habitan en nuestros pueblos de Las Villas. Quienes tengan curiosidad por conocer nombres y especies encontrarán una amplia enumeración en el libro *Villoria, una villa en el corazón de una vega*, del Doctor Ramón Grande del Brío.

Una especie emblemática de la zona, cuyos ejemplares se pueden ver con asiduidad en la parte alta de los términos de Villoria, Moríñigo y Cordovilla, es la avutarda, ave de grandes dimensiones –la de mayor peso entre las voladoras de Europa– y precioso plumaje, asustadiza, que a pesar de ser un lujo ecológico de nuestra zona está sufriendo una drástica disminución como consecuencia de los daños que ocasiona a ciertos cultivos. Lo mismo se puede decir de zorros, perros asilvestrados y un buen número de rapaces que al ocasionar daños a rebaños y especies de caza, caen en gran número víctimas de los disparos y cebos envenenados. Es una lucha de intereses, con la Administración de por medio que no ofrece contrapartidas suficientes a los damnificados. Hoy es más difícil guardar el equilibrio natural que se daba antes en la fauna de la zona. Y muchas pérdidas de especies son irreparables. Otras están en proceso de serlo



Ojos niños que descubren el mundo

VILLORIA

EL NIÑO Cuando los mayores recuerdan su infancia, tan lejana, les brillan los ojos y dicen eso de ¡cómo han cambiado los tiempos! Empezando por el número de niños. Antes y después de la guerra las familias tenían en estos pueblos seis, ocho hijos. Y lógicamente los pueblos estaban llenos de niños: en la escuela, en la iglesia, en las calles y plazas. Niños que iban y venían, malvestidos y malnutridos muchos de ellos, pero que llenaban con sus gritos y sus juegos el pueblo entero.

Se empezaba a ir a la escuela a los seis años y se terminaba a los catorce. La obligatoriedad no era como ahora: había niños y niñas de familias necesitadas que apenas podían ir algún curso a la escuela. Pronto les sacaban para ponerlos a trabajar, si eran niños, o echar una mano en casa si se trataba de las niñas. El material escolar de entonces era en los primeros cursos la pizarra, el pizarrín y la cartilla para aprender a leer, a escribir y algo de cuentas. En los cursos siguientes se disponía de cuadernos (uno para cada materia), una enciclopedia y el catecismo, que se iban heredando de unos hermanos a otros. Por aquella enciclopedia se aprendían todas las materias: multiplicaciones, divisiones, ríos, cordilleras, océanos, reyes godos, reglas de urbanidad y buen comportamiento, etc. Todos los pueblos tenían su escuela y su maestro, que solía durar muchos años y que vivía en el mismo pueblo.

A muchos de los niños, al salir de la escuela, les tocaba echar una mano en casa en tareas agrícolas, a hacer los recados (ir a comprar a las tiendas) o atender al cuidado y alimentación de los animales domésticos. Luego a jugar y a correr por el pueblo y alrededores. Los juegos más extendidos en esta zona eran, entre los chicos, la peonza, el aro, el tángano, la chirumba, la pelota a mano en los frontones o paredes de la iglesia, las chapas de las gaseosas, los santos y cartones de las cajas de cerillas, al guá, a pillar, a civiles y ladrones, a cazar pájaros con tiragomas, a buscar nidos... y tantos otros que se inventaban en cada pueblo, porque como no había televisión eran muchas las horas que los críos se pasaban en la calle. También se jugaba al fútbol, con pelotas malas, de goma, pero mucho menos que ahora. Entre las chicas los juegos más comunes eran al corro o rueda, a la comba, a las casitas o muñecas, a las chinas o canicas, al castro, a la gallina ciega, a los alfileritos, al escondite y otros.

La virtud que más destacan los mayores de hoy respecto a los niños de entonces es el trato de respeto que había con abuelos, padres, maestros, curas y personas mayores en general. Respeto y miedo, porque entonces el palo estaba a la orden del día.

Al acabar la escuela –algunos antes– los mozuelos se empleaban en el campo, las jovencitas de rollas y criadas para otras familias, o ayudando en su casa a las madres en espera de casarse



En los brazos de los adultos

VILLORUELA

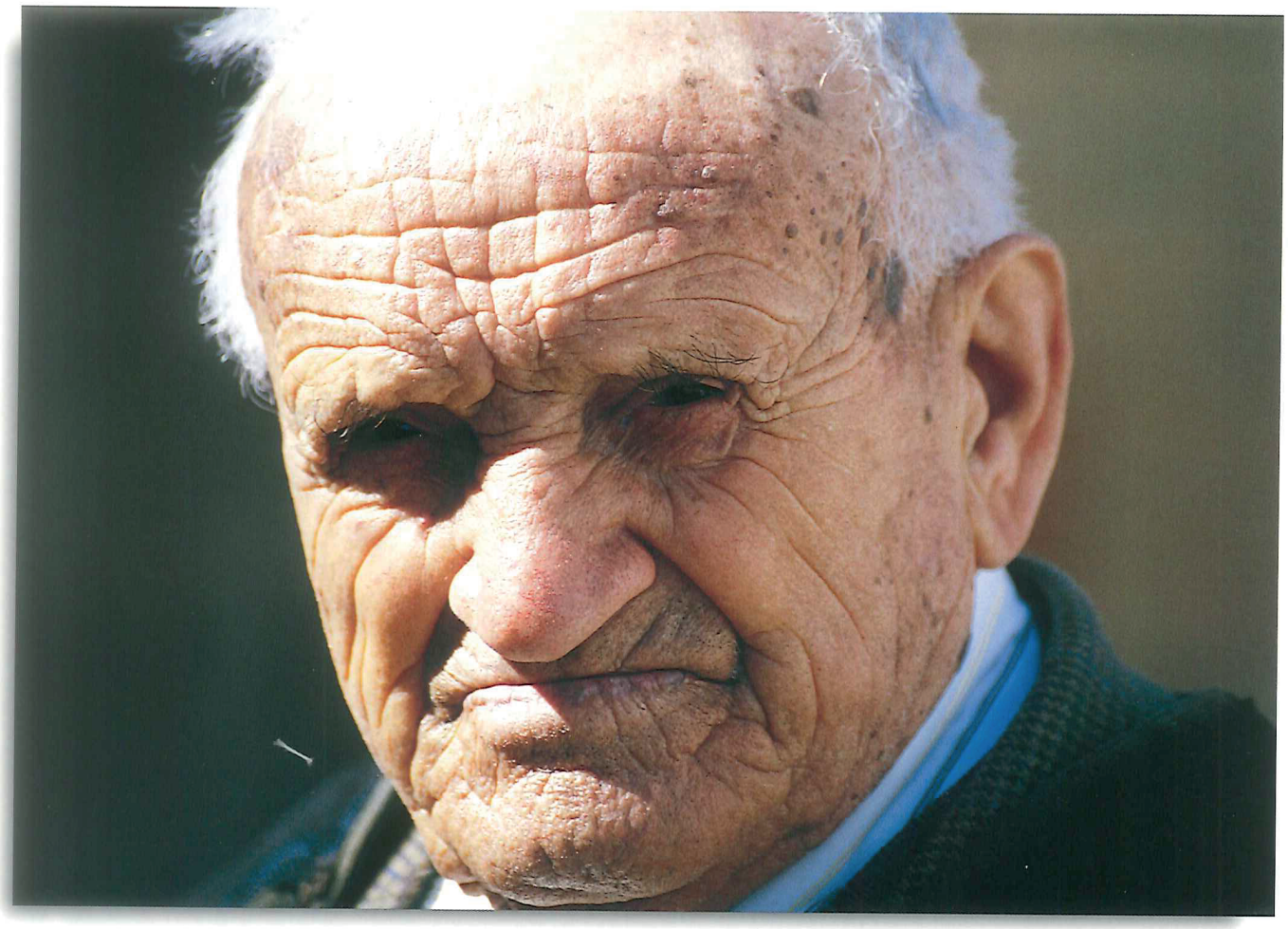
EL ADULTO El matrimonio era la puerta de entrada en el mundo de los adultos. Con la boda se dejaba de ser mozo o moza, que era una categoría social reconocida dentro de los pueblos. En general se casaban mucho más jóvenes que ahora ("la dama que a los veinte no tenga novio, ya puede echar las llaves al escritorio"). Toda la etapa del noviazgo seguía un minucioso protocolo de costumbres fuertemente arraigas en la cultura rural: nunca la mujer podía declarar sus sentimientos la primera, era el chico el que debía tomar la iniciativa. Y para ello aprovechaban los bailes. Algunos, más tímidos, lo hacían por carta, valiéndose de versos o coplillas que había para ello. Mariana Sánchez ha recogido varios, contados por Petra Pinto, en la revista *Aldaba*. Valga un ejemplo: "Usted sola extinguiría/ de mi corazón la llama./ Por piedad, hermosa niña,/ ¿me ama usted o no me ama?". Y como modelo de contestación de la moza: "No me atrevo a contestar/ a su pregunta, mocito,/ para yo poderle amar/ muchas pruebas necesito".

Si llegaban a entenderse, salían juntos después del paseo y del baile, con las amigas de la chica. Y posteriormente intercambiaban sus fotografías. Pasado un tiempo de relaciones, el novio pedía la entrada en casa de los padres de ella. Decididos a casarse, se celebraba previamente la pedida de mano, ceremonia en la que las familias acordaban la fecha e intercambiaban regalos. Posteriormente venían los tres domingos de amonestaciones públicas en la iglesia. Al segundo se recibían las felicitaciones en casa de ambos novios con dulces de todo tipo.

Las bodas se celebraban también siguiendo un minucioso ritual. Hasta los años cuarenta duraban varios días, celebrándose en el pueblo. Después, los rituales se fueron aminorando y fue introduciéndose la costumbre de ir a celebrar la boda a Salamanca o Peñaranda.

Una vez casados, el matrimonio se iba a vivir a casa distinta de sus respectivas familias. Y procuraban independizarse económicamente. Cuando podían, porque el régimen de herencias (hasta que no morían los padres, no heredaban los hijos) hacía que muchos casados dependieran durante años de la soldada que sus padres les pasaban por el trabajo en las tierras familiares.

La vida, a diario, giraba en torno a las tareas habituales: ellos al trabajo del campo; de labradores propietarios o de criados. Y ellas a las labores domésticas: acarrear el agua con cántaros de barro soportados sobre la cabeza, a la cadera o en burro, con aquellas aguaderas de cuatro senos; lavar a mano, en lavaderos municipales o en el Tormes; cocinar a fuego lento en las lumbres bajas de paja o garrobaza; amasar y hacer la hornada (hasta mediados de siglo), que luego se cocía en el horno del pueblo; limpiar la casa, enjalbegar las paredes. Y entre los dos a criar los hijos que tuvieran y sacarles adelante en aquellas condiciones difíciles



Rostros gastados de soles y vientos

VILLORUELA

LOS ANCIANOS Antes, con 65 años las personas eran ya viejas, tenían la espalda encorvada, temblorosas las piernas, la cara arrugada de los aires y el sol del campo. Y normalmente con serios achaques de salud. Se morían antes, porque se desgastaban mucho más con aquellos trabajos duros, los fríos del invierno, las humedades de las casas, la poca alimentación (aunque fuera más sana, que dicen ellos mismos), la falta de condiciones higiénicas, el estado de la medicina de entonces.

Nuestros mayores, en la actualidad, viven más años y parece que en mejores condiciones: hay jubilaciones que antes no había; como no existían las pensiones tenían que trabajar hasta última hora; la mayoría tienen independencia económica respecto de los hijos; la medicina les permite a muchos un estado de salud satisfactorio. Se come mejor, se viste mejor, las casas están mucho mejor acomodadas. En casi todos los pueblos (excepto los muy pequeños) hay Hogares de tercera edad donde hombres y mujeres pueden ir a pasar unas horas y sentirse acompañados mientras charlan o juegan unas partidas de cartas. Viajan de excursión varias veces al año, cosa inaudita para los ancianos de antaño que a su edad ya no salían para nada del pueblo.

Sin embargo, cuando a los mayores de hoy se les pregunta por los mayores de antaño se dibuja en su rostro un gesto de añoranza: "¡Qué distinto! Ahora las cosas son de otra manera. Ahora no te hace caso nadie".

Viven mejor, mucho mejor. Pero no les hace caso nadie. Ésa es la queja. Antes, dicen, eran mejor acogidos por hijos y nietos: "Anda, levántate –le decía la madre al hijo– que ése es el asiento del abuelo, junto al fuego". El abuelo o la abuela contaban cuentos, o la historia de la familia, o viejos acontecimientos del pueblo o de la nación. Se les escuchaba con respeto y hasta con reverencia. Hoy se sienten poco valorados en la familia y en la sociedad ("Cállese, que ahora las cosas son de otra manera"). Piensan que ya no pintan nada, ni en el trabajo ni en el gobierno de la familia. Que su opinión no se tiene en cuenta.

A muchos les toca vivir al final de sus días situaciones realmente muy duras: como cuando ya no se valen físicamente por sí mismos o resulta imposible soportar la soledad y tienen que dejar su casa de siempre e irse con los hijos a meses, normalmente cuando ya son viudos. A veces tienen que abandonar el pueblo e irse a la ciudad, donde viven los hijos, en condiciones muy extrañas para ellos. Otros son ingresados en residencias. Y hay quienes se hacen a éstas y quienes no.

En nuestros pueblos antes había pocos ancianos. Hoy ha aumentado el número considerablemente; quizás empiece a ser pronto un tercio de la población

¿QUÉ HACER CON NUESTRO PATRIMONIO CULTURAL?

reposada mirada al patrimonio cultural de la comarca de Las Villas con ocasión de las exposiciones *La huella que somos* nos ha permitido comprobar lo extenso y variado de sus contenidos. Ese patrimonio histórico-artístico, muy ligado a la tradición religiosa, ha quedado plasmado en la arquitectura de sus templos, en una numerosa imaginería, en pinturas y valiosas piezas de orfebrería. Obras en su mayor parte pertenecientes a los siglos XV, XVI y XVII. Un notable patrimonio etnográfico pervive todavía en los arcones y sobraos, en algunos talleres artesanales, en el colorido de las fiestas y en la memoria de las personas mayores. Su patrimonio medioambiental –paisaje, clima, flora y fauna– está ahí envolviéndonos y ofreciendo sus riquezas, pero peligrosamente amenazado por el contagio de una forma de vida productivista que no respeta suficientemente el paisaje, las fuentes, las plantas y animales. Al final de las tres exposiciones fotográficas sobre nuestro patrimonio, más el presente libro recopilatorio, nos sentimos urgidos a hacernos la siguiente pregunta: ¿qué debemos y podemos hacer por nuestro patrimonio cultural?

DETENGAMOS SU DESTRUCCIÓN El proceso de deterioro y destrucción del patrimonio de Las Villas viene de lejos y parece cada día más acelerado. En los tres últimos siglos el patrimonio histórico artístico ha quedado reducido a su mínima expresión. Han desaparecido conventos y hospitales; palacios, iglesias y ermitas; retablos, pinturas y joyas, casas de nobleza, fachadas de piedra, blasones... Precisamente en este siglo nos hemos quedado sin dos de nuestras iglesias parroquiales: la de Encinas de Abajo y Cordovilla; sin el mejor de nuestros retablos: el de la Iglesia de Villoruela; sin numerosas esculturas, pinturas y obras de orfebrería, retablos. No obstante todavía nos queda un rico patrimonio. ¿Qué hacer para que este *resto* no termine desapareciendo?; ¿volveremos a dejar desmoronarse alguno de nuestros templos?; ¿tendremos que volver a vender algún retablo, imágenes o pinturas para conservar otros?; ¿se llevarán en el futuro los ladrones alguna de nuestras joyas?...

La destrucción amenaza también al patrimonio etnográfico. Están desapareciendo los últimos artesanos de la zona y en los anticuarios de la región –y hasta en los basureros públicos– se amontonan instrumentos y enseres que en otros tiempos hicieron posible la vida de los habitantes de Las Villas. Han sido objeto de ventas indiscriminadas o del simple y llano abandono. ¿Qué se conservará de este patrimonio dentro de 50 años? Lo que nosotros salvemos.

No menos amenazadas se encuentran las riquezas medioambientales. Estamos contaminando el río Tormes, nuestros arroyos y nuestras fuentes. Los insecticidas matan mariposas y saltamontes y los pesticidas dejan sin ranas las charcas y sin pájaros los campos, en los que han desaparecido muchas de las flores. ¿A cuenta de qué? ¿No merece la pena resucitar mariposas, dejar que se multipliquen las flores y volver a escuchar con prodigalidad el canto del ruiseñor?

¡Habría que detener tanta destrucción! Para ello son precisas campañas permanentes de información y sensibilización. Algo se ha hecho en estos años, desde los centros y asociaciones culturales,

Grupos de folklore, aulas de adultos, y centros de tercera edad, con semanas de cultura tradicional, exposiciones o pequeñas muestras sobre alguno de los aspectos del patrimonio. También las revistas *Besana*, de Villoria; *Agora o nunca*, de Villoruela; *Aldaba*, de Babilafuente; *Salmuero*, de San Morales; y *La fanega*, de Aldearrubia, han recogido en sus páginas los testimonios y preocupaciones de personas interesadas en el patrimonio.

Ante el peligro de ese progresivo deterioro del patrimonio, Alfredo Encinas tuvo la idea de fijar fotográficamente, al momento presente, el patrimonio tal y como se encontraba. Era, sin duda, una intervención posible y muy útil. Fotografió nuestras iglesias y paisajes naturales, nuestras fiestas y viejos vestidos sacados de nuestros arcones, la flora y la fauna, el rostro cansado de los mayores. Con esas fotografías y sus correspondientes diapositivas, el Centro Rural de Educación Permanente de Adultos "Las Villas" ha iniciado un archivo fotográfico sobre el patrimonio cultural de la comarca. Trabajo permanentemente abierto a las incorporaciones de nuevas fotografías, libros básicos y documentos relacionados con el patromonio. Ese archivo tiene su sede en el CREPA y estará disponible para las demandas de instituciones y particulares que quieran hacer un uso cultural de sus contenidos. Una copia de este mismo archivo fotográfico está depositada en el Centro de Cultura Tradicional de la Diputación de Salamanca y en la Filmoteca de Castilla y León.

Y dado que el archivo está concebido como instrumento de conocimiento del patrimonio, más que como mero depósito, le iremos dotando de guiones audiovisuales, montajes, etc., y desde él se podrán organizar muestras y publicaciones de carácter general o monográfico por pueblos –cada uno de los de la zona– o por aspectos temáticos: arquitectura, pintura, vestidos tradionales, utensilios artesanales, etc.

RECUPERAR NUESTRO PATRIMONIO No sería poco si consiguiéramos detener la destrucción de nuestro patrimonio. Pero mejor si fuéramos capaces de recuperarlo en la medida de lo posible.

Nuestras iglesias están a la espera de muchos retoques para restablecer su primitiva belleza. Muchas de las imágenes, pinturas, libros, etc., están ennegrecidos por el tiempo y el abandono. Para restauraciones de cierta embergadura hacen falta medios técnicos y económicos que nos desbordan y que son responsabilidad de instituciones; pero hay determinadas tareas de limpieza que sí están a nuestro alcance. Únicamente se necesita disponibilidad, interés y paciencia.

Todavía en nuestros sobraos y arcones, y en las viejas cuadras y corrales, están guardados o arrinconados numerosos instrumentos, enseres, vestidos que hablan por sí mismos de las formas de vida de nuestros antepasados. ¿No seremos capaces de recuperar su voz? Hay quien los guarda con los cuidados que necesitan. Hay quien los tira porque estorban en las sucesivas reformas de las dependencias de la casa. Hay quien los ha vendido o está dispuesto a venderlos. Hay quien los malguarda sin la protección suficiente. En fin, es responsabilidad de las personas, de las familias. Pero el interés por estas cosas debería ser más contagioso de unos a otros.

Nuestros campos no son sólo un lugar para producir más y más. Son también un lugar para el disfrute. Volver a recuperar espacios para el recreo y el descanso, respetar los ciclos naturales de pájaros, peces y animales que ahora están encontrando dificultades para sobrevivir en nuestro medio ambiente –que también es suyo–, no contaminar con productos químicos las charcas, canales y el río; o permitir que en los linderos de los sembrados crezcan la magarza, la amapola o la manzanilla, nos ayudaría a los habitantes de los pueblos a mejorar nuestra calidad de vida.

PROMOVAMOS EL DESARROLLO La cultura que no camina se muere. La cultura de nuestros pueblos necesita ser renovada para que en ellos sigan creándose nuevos espacios y expresiones artísticas, nuevas formas de ver, de cantar y de gozar el mundo, estilos nuevos de trabajo también y de aprovechamiento de nuestras riquezas naturales.

Una cosa es conservar memoria de nuestra vieja cultura rural, conocerla, escucharla, y otra quedarse anquilosados en ella, presos de una añoranza estéril. Los que conocimos el viejo estilo de vida recordamos con agrado cosas de antes, otras muchas no. Por ejemplo: sentimos añoranza de aquellas legumbres hechas en los pucheros de barro al ritmo lento de la lumbre. Pero ¿y el tiempo que se empleaba, y el trabajo, la incomodidad y la suciedad? Ciertamente no podemos seguir cocinando como antaño. Pero tampoco tenemos por qué imitar lo que otros de fuera hacen. El ideal sería poder seguir inventando nuestra cocina, nuestra repostería, nuestro modo de vestir y nuestra manera de festejarnos, como hicieron los mayores en su tiempo, pero utilizando junto a las tradiciones los elementos que la cultura moderna a la que pertenecemos nos proporciona.

Ojalá que manos de artistas nuevos supieran llenar con sus obras nuestros espacios. Y que jóvenes de las nuevas generaciones y mayores aprendiéramos a respetar en un equilibrio humanizador los cultivos exigidos por el mercado, los regadíos y fertilizantes para la agricultura, con arboledas, plantas silvestres y animales salvajes. En nuestras manos está.

Un ejemplo práctico de renovación y desarrollo del patrimonio cultural heredado lo tenemos en Huerta con el proyecto de un parque fluvial en el Tormes para la cultura y la ecología, promovido por el Ayuntamiento y la Asociación cultural *Transkultur*. El proyecto contempla varias intervenciones: un paseo fluvial; la adecuación de zonas recreativas y deportivas en las márgenes del río; la creación de un centro o albergue de cultura y ecología rural; y el diseño de un parque de arte y naturaleza.

Estas intervenciones absolutamente novedosas en la zona de Las Villas reforzarán la base económica del municipio con tareas y empleos nuevos e incrementarán su patrimonio cultural

INVENTARIO DEL PATRIMONIO CULTURAL

PATRIMONIO HISTÓRICO ARTÍSTICO

ALDEARRUBIA

Arquitectura

Iglesia renancentista (s. XVII).
Torre, construida en 1741.
Retablo Mayor, construido en piedra (s. XVI).
Retablos laterales, también en piedra. Construidos en 1577.

Escultura

Cristo procesional (s. XVII).
Nazareno (s. XVIII).
Virgen del Rosario (s. XVIII).
San José (s. XVIII).
San Antonio (s. XIX).

Artes menores

Documentación
- 10 libros de bautismos.
- 5 libros de matrimonios.
- 7 libros de defunciones.
- 1 Libro de la Cofradía de la Vera Cruz.

Campanas: 4.
Pila bautismal: 1.

BABILAFUENTE

Arquitectura

Iglesia (s. XVI). Portada norte plateresca.
Retablo mayor. Reconvertido con elementos diversos del s. XVII.
Retablos que coronan las naves laterales: platerescos (s. XVII).
Retablo lateral en la nave del evangelio, parte trasera. Valioso por sus pinturas (s. XVI).
Ermitas. En el siglo XVII existían:
- Nuestra Señora de la Asunción.
- Nuestra Señora de la Anunciación.
- San Andrés.
- Santiago.
- San Cristóbal.

(De todas ellas hoy no existe ningún resto).
Hospital de Santa Catalina. Existía en el siglo XVI.
Palacio del Duque de Alba. Hoy queda el arco que lo unía a la iglesia.
Convento de religiosos (s. XVI), ubicado en la c/. Camino de Alba, nº 2. Se conserva parte de la fachada y un gran escudo.
Casa del s. XVI, ubicada en la c/. Dr. Rocandio, nº 22.

Escultura

2 Cristos de acompañamiento (s. XVI).
Cristo Resucitado (s. XVII).
Virgen Inmaculada (s. XVII).
Santa Águeda (s. XVII).
San Blas (s. XVII).
San Benito (s. XVI).
San Juan Bautista (finales s. XV).
Santa Catalina (s. XVIII).
San Gregorio (s. XVIII).
Santiago Peregrino (s. XVIII).
San Roque (s. XVIII).
San Antón (s. XVII).
Santa Bárbara (s. XVII).

Pinturas

Santa Ana enseña a leer a la Virgen. Retablo mayor (s. XVII).
San Buenaventura. Retablo mayor (s. XVII).
Santa Lucía. Capilla mayor (s. XVII).
Anunciación. s. XVI. Retablo lateral de la nave del evangelio (s. XVI).
Presentación en el templo. Retablo lateral de la nave del evangelio (s. XVI).
Calvario. Retablo lateral de la nave del evangelio (s. XVI).
La flagelación. Mural nave del evangelio (s. XVI).
Calvario. Mural nave de la epístola (s. XVI).

Artes menores

Documentación:
- 14 libros de bautismos. Apertura del 1º el 15 de junio de 1573.
- 1 libro índice de bautizados de 1792 a 1981. Los tres primeros libros tienen índice propio.
- 8 libros de matrimonios. Apertura en 1618.
- 7 libros de defunciones. Apertura en 1651.
- 3 libros de fábrica. Apertura en 1814.
- 2 libros de censos. Apertura en 1712.
- 1 libro de catastro eclesiástico. Apertura en 1682.
- 1 libro de cuentas. Apertura en 1732.
- 1 libro de reparto de bienes. Apertura en 1832.
- 1 libro de Hermandad de Ánimas. Apertura en 1660.
- 1 libro de cuentas de las ermitas de la Encarnación y Asunción. Apertura en 1685.

- 1 libro de cuentas de la cofradía de la Vera Cruz. Apertura en 1709.
- 1 libro de cuentas para casas de huérfanos. Apertura en 1678.
- 1 libro padrón de almas.

Orfebrería:

- Cruz procesional de plata (s. XVIII).
- Corona, luna y rostrillo de plata de la Virgen Dolorosa.
- Vinajeras.

Campanas: 2 grandes y 2 pequeñas.
Mobiliario: cajonería de nogal. En la sacristía (1780).

CORDOVILLA

Arquitectura

Iglesia. Neoclásica, construida en 1766, derruida en los años setenta del siglo XX.

Escultura

Santiago Matamoros (s. XVII).

Artes menores

Documentación:

- 6 libros de bautismos.
- 4 libros de matrimonios.
- 5 libros de defunciones.
- 1 libro de régimen parroquial.

Orfebrería:

- Custodia de plata (s. XVIII).
- Incensario y naveta de plata (1732).

ENCINAS DE ABAJO

Arquitectura

Iglesia, construida entre 1898-1902. La antigua fue derruida en los últimos años del siglo XIX.

Escultura

Cristo de acompañamiento (s. XVII).
Niño Jesús (s. XIX).

Artes menores

Documentación:

- 7 libros de bautismos.

Orfebrería:

- Naveta e incensario de plata (s. XVIII).

Campanas: 6.

HUERTA

Arquitectura

Iglesia (s. XVI).
Retablo mayor barroco (1749).

Escultura

Cristo procesional (finales s. XVI).
San Bartolomé (s. XIX).

Artes menores

Documentación:

- 7 libros de bautismos.
- 6 libros de defunciones.
- 3 libros de matrimonios.
- 1 libro de la cofradía de la Vera Cruz.

MORÍÑIGO

Arquitectura

Iglesia del s. XVI. Restaurada en 1992.
Retablo mayor (s. XVIII).
Retablos laterales rococós. Construidos en torno a 1765.

Escultura

Cristo de acompañamiento (s. XVII).
Cristo Resucitado, neoclásico (1757).
Virgen con el niño (finales del s. XVI).
Santa Ana (s. XVIII.
San Pedro (s. XVI).
Santa Águeda (s. XVII).
Santa Bárbara (finales del s. XVI).

Pintura

Calvario. En el retablo mayor (s. XVIII).
Virgen Dolorosa. Marco rococó (s. XVIII).

Artes menores

Documentación:

- 6 libros de bautismos. Apertura en diciembre de 1647.
- 3 libros de matrimonios. Apertura en diciembre de 1647.
- 3 libros de defunciones. Apertura en diciembre de 1647.
- 4 libros de fábrica. Apertura en 1732.

- 1 libro de pósito. Apertura en 1676.
- 1 libro de cumplimientos. Apertura en 1766.
- 1 libro de catastro eclesiástico. Apertura en 1757.
- 1 libro de diezmos. Apertura en 1815.
- 1 libro de visitas. Apertura en 1876.
- 1 libro de cuentas de la cofradía de la Vera Cruz. Apertura en 1956.
- 1 libro de actas de la Junta Diocesana de edificación y reparación de templos. Apertura en 1875.

Orfebrería:

- Cruz procesional de plata (1751).
- Custodia de plata (1749).
- Cáliz de plata "Virgen de Pedrarias" (1782).
- Copón de plata (s. XVIII).

Campanas: 2.
Púlpito en hierro (s. XVI).

SAN MORALES

Arquitectura

Iglesia (s. XVII).
Artesonado (s. XVII).
Retablo mayor, barroco (s. XVII).
Retablos laterales, barrocos (s. XVII).

Escultura

San Bartolomé, románico (s. XIV).
Virgen del Rosario (s. XVII).
San Bartolomé (s. XVIII).
San Antonio (s. XIX).

Pintura

Nazareno. En el retablo de la nave de la epístola (s. XVII).
Martirio de San Bartolomé. En el retablo de la nave del evangelio (s. XVII).

Artes menores

Documentación:

- 6 libros de bautismos.
- 3 libros de matrimonios.
- 3 libros de defunciones.
- 1 libro de fábrica.
- 1 libro de régimen de la parroquia.

Campanas: 2.
Puerta y cancela. Esta última, meritoria.

VILLORIA

Arquitectura

Iglesia. Declarada de interés cultural por decreto 158/1993.
Torre y ábside románico mudéjar (s. XIII).
Arco de triunfo con cardinas (s. XVI).
Artesonado (1570).
Nave septentrional plateresca (s. XVI).
Nave meridional (s. XVIII).
Retablo mayor. De piedra y con numerosos adornos rococós. Sustituyó en 1796 a otro que en 1605 era considerado como bueno y antiguo.
Retablo lateral de la nave del evangelio. Barroco (s. XVIII).
Retablo lateral nave de la epístola (finales del s. XVI).
Iglesia parroquia de San Martín. Demolida en 1863. Enajenaron sus bienes.
Ermitas. En 1605 existían las siguientes ermitas, de las que en la actualidad no quedan restos:

- Nuestra Señora de la Vega.
- San Benito.
- San Sebastián.

Escultura

Cristo procesional (s. XVII).
Cristo de acompañamiento (s. XVIII).
Virgen con el Niño (s. XVI).
San Antón (s. XVII).
Santa Bárbara. Barroca (s. XVIII).
2 imágenes de San Antonio (s. XIX).

Pintura

En el retablo lateral de la nave de la epístola. Pinturas del s. XVI:

- Arriba, en el centro: Santa Ana, La Virgen y el Niño Jesús, acompañados por Santo Domingo y Santo Tomás Aquino.
- En las calles laterales: María Magdalena lava los pies a Jesús y tres cuadros con la resurrección de Lázaro.
- En la parte baja del retablo: San Francisco, Santa Lucía, María Magdalena y San Blas.

En el retablo lateral de la nave del evangelio:

- Pequeño cuadro en remate (s. XVIII).

Artes menores

Documentación:

- 19 libros de bautismos. Apertura el 2 de febrero de 1674.
- 7 libros de matrimonios. Apertura el 18 de julio de 1701.

- 8 libros de defunciones. Apertura el 24 de agosto de 1756.
- 1 libro de difuntos 1606-1627.
- 1 libro de casados y velados (16 de mayo 1611).
- 1 libro de fábrica de San Martín de Villoria (11 de junio de 1774).
- 1 libro de cuentas de la cofradía de Ánimas (14 abril de 1702).
- 1 libro de diezmos. Apertura en 1760.
- 1 libro de cuentas de la cofradía del Rosario (16 de julio de 1701).
- 1 libro de estatutos de la cofradía de Ánimas (Abril 1848).
- 1 libro de entradas y salidas de la iglesia de Villoria (31 de Diciembre de 1792).
- 1 libro de la cofradía de la Vera Cruz (12 de marzo 1678).
- 1 libro de cuentas (4 de septiembre de 1639).
- 1 libro de fábrica de la parroquia de San Pedro (2 de junio de 1814).
- 1 libro de rentas, censos y bienes (11 diciembre de 1784).

Orfebrería:

- Cruz procesional de plata (s. XVII).
- Custodia rococó de plata (s. XVIII).
- Incensario y naveta de plata (s. XVIII).
- Relicario de plata (s. XVIII).
- Crismeras de plata (s. XVIII).

Campanas: 6.
Púlpito construido en 1755.
Puertas y cancelas, especialmente interesantes por sus singulares herrajes.

VILLORUELA

Arquitectura

Iglesia (s. XVI).
Fachada de entrada sotocoro. Plateresca (s. XVII).
Artesonado mudéjar en las dos tribunas laterales (s. XVI).
Retablo mayor. Barroco, construido en 1743. Incluía tablas renacentistas de un retablo de 1555. Desapareció al derrumbarse el ábside de la iglesia el 18 de diciembre de 1975.
Retablo lateral, nave del evangelio: dedicado a San Miguel, barroco (s. XVIII).
Retablo central, nave del evangelio: dedicado a la Virgen del Rosario, barroco (1736).
Retablo lateral, nave de la epístola: dedicado a San Antón (1650).
Retablo central, nave de la epístola: dedicado al Cristo de la Esperanza (s. XVIII).
Ermitas. En 1605 existían:

- La ermita de los Mártires.
- La ermita de la Cruz.

Hoy desaparecidas.
Hospital. En 1630 existía un hospital.
Palacio del cardenal Juan Tavera (s. XVII). Queda parte de la fachada y las bodegas.

Escultura

Cristo procesional, Cristo de la Esperanza (s. XVII).
Cristo de acompañamiento, Cristo de la Vera Cruz (s. XVI).
Virgen con el Niño, Virgen de la Vega (s. XVI).
San Pedro (s. XVI).
San Antón (s. XVII).
San Sebastián (s. XVI).
San Miguel Arcángel (s. XVIII).

Pintura

Retablo mayor (desaparecido). Pinturas de Juan de Montejo, fallecido en 1559:

- Pinturas restauradas y en destino desconocido: Asunción de María. Circuncisión, Huida a Egipto, Transfiguración, Resurrección del Señor. Conversión de Saulo, Aparición del Resucitado a Pedro, Anuncio de la pasión a Pedro, Pedro en la cárcel, y martirio de Pedro. Y dos cuadros más pequeños de la predela: San Marcos y San Ambrosio.
- Pinturas recuperadas: San Lucas y San Agustín (dos de las tablas de la predela).

Retablo de San Antón. Pinturas de 1650:

- La Virgen entregando el rosario a Santo Domingo de Guzmán.
- Santa Teresa.
- La Anunciación.
- San Fernando.

Artes menores

Documentación:

- 12 libros de bautismos. Apertura en 1509.
- 8 libros de matrimonios. Apertura en 1589.
- 5 libros de defunciones. Apertura en 1813.
- 3 libros de fábrica. Apertura en 1805.
- 1 libro de la cofradía de San Antonio Abad. Apertura en 1739.
- 1 libro de la cofradía de Nuestra Señora Antigua. Apertura en 1744.
- 1 libro de la cofradía del Santo Ángel. Apertura en 1756.

- 1 libro de la cofradía de San Sebastián. Apertura en 1793.
- 1 libro de becerro. Apertura en 1731.
- 1 libro de Fundaciones piadosas. Apertura en 1881.
- 1 libro de inquilinatos de casas rectorales del Arciprestazgo deValdevilloria. Apertura en 1886.
- 1 libro de régimen. Apertura en 1875.

Orfebrería:

- Custodia de plata (1714).
- Cáliz (s. XVIII).

Campanas: 5.
Mobiliario: Cajonera de nogal (s. XVIII).
Púlpito, construido en piedra (1779).

VILLORUELA: MONASTERIO DE LAS MM. TRINITARIAS

Arquitectura

Construido en 1510.
Claustro pequeño e iglesia de 1510, con reformas.
Retablo mayor (s. XVIII).
Retablo lateral de la epístola (1633).
Retablo lateral del evangelio (s. XVIII).

Escultura

Cristo procesional (s. XVII).

Pintura

En el remate del retablo mayor: Revelación de la Orden a San Juan de Mata. (s. XVII).
Retablo lateral de la epístola: Calvario y otras escenas de la pasión (1633).
Retablo lateral del evangelio: Santa María Magdalena (s. XVII).

Artes menores

Orfebrería:

- Cruz procesional de plata (s. XVIII).
- Cáliz (1615).

Mobiliario:

- Sillería del coro en nogal, renacentista (s. XVI).
- Rejas (s. XVI).

Campanas: 2.

PATRIMONIO ETNOGRÁFICO

FIESTAS PATRONALES

Aldearrubia: La Asunción, Cristo de la Esperanza.
Babilafuente: San Roque, San Blas.
Cordovilla: Santiago Apóstol.
Encinas de Abajo: Santo Domingo de Guzmán.
Huerta: San Bartolomé.
Moríñigo: San Antonio de Padua, Santa Bárbara.
San Morales: San Bartolomé, Corpus Christi.
Villoria: La Virgen de la Vega y La fiesta del Voto (Lunes de aguas).
Villoruela: El Cristo de la Esperanza, San Sebastián, Virgen del Carmen.

FIESTAS MENORES

Santa Águeda: en todos los pueblos.
San Isidro: Aldearrubia, Babilafuente, San Morales, Villoria, Villoruela.
Los Quintos: Babilafuente, Villoria y Villoruela.
Santa Bárbara: San Morales.
San Miguel: Aldearrubia.
El Santo Ángel de la Guarda: Villoruela.
Santa Teresa: Villoria, Villoruela.

COFRADÍAS

La Vera Cruz: Aldearrubia, Babilafuente, Huerta, San Morales.
El Santísimo: San Morales, Villoria.
Nuestra Señora del Rosario: San Morales.
El Santo Ángel: Villoruela.

ARTESANÍA

Mimbre y otras fibras vegetales: Villoruela, Babilafuente.
Enea: Moríñigo, Villoria.
Fragua: Villoria, Villoruela.

JUEGOS

Frontón: todos los pueblos.
Petanca: todos los pueblos.

GASTRONOMÍA

Embutidos: Aldearrubia, Babilafuente, Villoria...
Repostería:
Perronillas: San Morales.
Mantecados, magdalenas, bollo maimón, hojaldres, nevaditos, limoneras, roscas bañadas, roscas de frutas, pan de horno de leña: panaderías de Babilafuente, Villoria, Villoruela.

PATRIMONIO MEDIOAMBIENTAL*

ALDEARRUBIA

Las Canteras (sacaban piedra para edificios de Salamanca).
San Pedro (antiguo poblado y tejares).
Alameda de los Toreros (río).
Fuente Tiedra.

BABILAFUENTE

El Balneario (Fuente del Caño).
La Fuente Nueva.
El Pinar.
El prado bajo.

CORDOVILLA

La Quinta Florentina (antigua fuente y lavaderos).
Los Carcabones.
La Ermita (pueblo antiguo).
Los Llanos y la Fuente Gudina (zona de avutardas).

ENCINAS DE ABAJO

La Piñuela (restos romanos).
La Pesquera (río).
El Barcial.
Matagalindo (antigua fuente).

HUERTA

Aceña y Soto (molino antiguo).
Sitio de los Barcos (antiguo embarcadero).
Prado de las Vacas.
El Río Viejo.

MORÍÑIGO

El Trampadal (La Torreta).
Santa Bárbara.
Fuente la Reguera.
Fuente Camino de Villoria.

SAN MORALES

Nuestra Señora del Río (La Aceña).
La Ruiza.
Santo Domingo.
Coto la Zorra.

VILLORIA

Fuente de Alba (Carretera de Cantalapiedra).
Los pinares.
El monte.
Fuente El Moral.

VILLORUELA

El Mirador (zona de recreo).
Fuente Fray Junel.
Fuente Camino Cantalpino (lavadero antiguo).
El Prado.

** Los diferentes lugares referidos han sido seleccionados como parajes significativos*

ÍNDICE

7 PRESENTACIÓN

9 LA COMARCA DE LAS VILLAS

11 Aproximación histórica ⁂ 11 Los tiempos antiguos ⁂ 12 Los árabes y la repoblación
12 Época moderna y contemporánea ⁂ 13 La población de Las Villas

15 PATRIMONIO CULTURAL DE LAS VILLAS

17 PATRIMONIO HISTÓRICO ARTÍSTICO

17 Piedras con historia ⁂ 19 Arquitectura de los siglos XVI y XVII ⁂ 21 Patrimonio perdido
23 En la intimidad del templo ⁂ 25 Mirando a Oriente ⁂ 27 Palacios, monasterios y viviendas
29 Los Cristos de Las Villas ⁂ 31 Imaginería mariana ⁂ 33 La multitud de los santos
35 El Santo Ángel de la Guarda ⁂ 37 Imágenes más que palabras ⁂ 39 Historia de la Salvación
41 Vidas ejemplares ⁂ 43 La memoria de nuestros antepasados ⁂ 45 Personajes de nuestra historia
47 Orfebrería en Las Villas ⁂ 49 Mobiliario, púlpitos y puertas ⁂ 51 Al toque de campana

53 PATRIMONIO ETNOGRÁFICO

53 La casa ⁂ 55 Dependencias ⁂ 57 El secano, cultivo tradicional ⁂ 59 Regadío
61 El pastoreo ⁂ 63 El herrero ⁂ 65 Artesanos del mimbre ⁂ 67 Otros oficios
69 Cocina de antaño ⁂ 71 Matanza ⁂ 73 Mobiliario y enseres de la casa
75 Calendario agrícola y festivo ⁂ 77 Fiestas populares ⁂ 79 Indumentaria tradicional

81 PATRIMONIO MEDIOAMBIENTAL Y HUMANO

81 El paisaje ⁂ 83 El río Tormes ⁂ 85 Las fuentes ⁂ 87 El invierno ⁂ 89 La primavera
91 El verano ⁂ 93 El otoño ⁂ 95 Cultivos ⁂ 97 Plantas silvestres ⁂ 99 Animales
101 El niño ⁂ 103 El adulto ⁂ 105 Los ancianos

107 ¿QUÉ HACER CON NUESTRO PATRIMONIO CULTURAL?

109 Detengamos su destrucción ⁂ 110 Recuperar nuestro patrimonio
111 Promovamos el desarrollo

113 INVENTARIO DEL PATRIMONIO CULTURAL

115 PATRIMONIO HISTÓRICO ARTÍSTICO

115 Aldearrubia ⁂ 115 Babilafuente ⁂ 116 Cordovilla ⁂ 116 Encinas de Abajo
116 Huerta ⁂ 116 Moríñigo ⁂ 117 San Morales ⁂ 117 Villoria
118 Villoruela ⁂ 119 Monasterio de las MM. Trinitarias (Villoruela)

120 PATRIMONIO ETNOGRÁFICO

120 Fiestas ⁂ 120 Cofradías ⁂ 120 Artesanías ⁂ 120 Bailes ⁂ 120 Juegos ⁂ 120 Gastronomía

121 PATRIMONIO MEDIOAMBIENTAL

121 Alderarrubia ⁂ 121 Babilafuente ⁂ 121 Cordovilla ⁂ 121 Encinas de Abajo
121 Huerta ⁂ 121 Moríñigo ⁂ 121 San Morales ⁂ 121 Villoria ⁂ 121 Villoruela

123 ÍNDICE

125 COLOFÓN

El día 2 de julio
del santo año 2000,
festividad de san Adiosdado,
que por su nombre hizo libro
lo que ya parecía *CRISTO*,
terminóse de estampar
La huella que somos
en los talleres
de Gráficas Varona
después de haber sido compuesto,
depuesto y repuesto
en los ordenadores de Animac (y otros...)
tras un rosario de exposiciones,
ilusiones y peticiones que duró
tres años, tres.
Laus Deo et alii



A «Nemo» y A.M.A. para y por estar









CON ESTE LIBRO CONCLUYE UN PROYECTO
QUE NACIÓ PARA DESCUBRIR EL PATRIMONIO CULTURAL
EN LA SALMANTINA COMARCA DE "LAS VILLAS",
MOSTRANDO SUS CONTENIDOS Y REALIDAD
-A TRAVÉS DE EXPOSICIONES FOTOGRÁFICAS ITINERANTES-
A SUS GENTES Y A CUANTOS DE ÉL
QUIERAN SENTIRSE PARTÍCIPES.

COMENZAMOS LA ANDADURA
ABRIENDO LOS OJOS A NUESTROS PUEBLOS
PARA MIRAR Y ADMIRAR
LA HERENCIA DE LA HISTORIA Y EL ARTE.

EN NUESTRO TRÁNSITO NOS ACERCAMOS
AL YA CASI IGNOTO Y SIN EMBARGO INMENSO
ACERVO DE LA TRADICIÓN.

EN EL ÚLTIMO TRAMO DE ESTE DEAMBULAR,
INTIMAMOS CON LA VIDA MÁS CERCANA,
CON EL PAISAJE Y EL PAISANAJE,
COMPRENDIÉNDONOS COMO GRUPO HUMANO
ACOGIDO POR LA GENEROSA NATURALEZA
PARA CELEBRAR, FINALMENTE
-CON LA EDICIÓN DE ESTA OBRA-
QUE "LA HUELLA QUE SOMOS" ESTÁ IDENTIFICADA,
EN ELLA NOS RECONOCEMOS Y A ELLA NOS DEBEMOS.

C.R.E.P.A. Las Villas

DIPUTACIÓN DE SALAMANCA
DEPARTAMENTO DE CULTURA
Centro de Cultura Tradicional